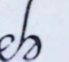
GERVASIO LUIS GARCIA

armar la HISTORIA

La tesis en la región menos transparente y otros ensayos



Decanato de Asuntos Académicos, Recinto de Río Piedras, Universidad de Puerto Rico



Colección Huracán Academia

armar la HISTORIA

La tesis en la región menos transparente y otros ensayos

GERVASIO LUIS GARCIA

1989



Primera edición: 1989

Diseño de portada: Yolanda Pastrana Fuentes
Tipografía: Mary Jo Smith
Cuidado de la edición
y diagramación: Carmen Rivera Izcoa

La publicación de este volumen se ha hecho posible gracias a una aportación del Fondo Institucional para la Investigación del Decanato de Asuntos Académicos del Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico.

Ave. González 1002
Río Piedras, Puerto Rico

Impreso y hecho en los Estados Unidos de América/
Printed and made in the United States of America

Número de catálogo de la Biblioteca del Congreso/
Library of Congress Catalog Card Number: 89-80368
ISBN: 0-940238-99-3

A la memoria de Luis y Rosa María García Casanova, por las primeras lecciones de historia y generosidad.

INDICE

AGRADECIMIENTO

Gabriel García Márquez cree que los novelistas escriben para divertir a los amigos. Los historiadores también pero acostumbran cobrar caro el entretenimiento. Entre los amigos y colegas que torturé con la petición de criticar la primera parte de este librito figura Francisco Moscoso quien puso en perspectiva el carácter multidimensional del análisis histórico, sugirió la supresión de algunos ejemplos endebles y la adición de otros más consistentes, y me obligó a releer varios textos clásicos olvidados. Fernando Picó ofreció ideas frescas sobre la problematización y la conversión de algo en un tema digno de investigarse. Astrid Cubano sugirió modificaciones en las partes de la redacción y el título de la tesis e insistió en que el historiador debe fijarse tanto en la institución del trabajo como en los seres humanos que se organizan para producir y sobrevivir. María Dolores Luque de Sánchez revisó cuidadosamente el borrador y planteó cambios en la estructura del ensayo, particularmente en el apéndice dedicado a la reseña de libros. Pedro San Miguel subrayó el nexo entre la metodología y la estrategia, y el vínculo entre la teoría y la investigación. Las estudiantes graduadas María Margarita Flores y Laura Náter defendieron la ejecución de varias modificaciones fundamentales en la introducción y la precisión de varios conceptos.

Aprecio mucho igualmente el apoyo de la Facultad de Humanidades, Recinto de Río Piedras (UPR) que alargó mi tiempo libre destinado a la redacción mediante un descargue parcial de las tareas académicas, y la ayuda del equipo de trabajo del Centro de Investigaciones Históricas que facilitó la tarea con grandes dosis de paciencia y eficiencia.

Los más abrumados por mis dudas y limitaciones y los que me hicieron volver repetidas veces sobre las penumbras y las insuficiencias del manuscrito original fueron Georg Fromm y María de los Angeles Castro. El resumen de las aportaciones del amigo Georg no cabe en este espacio limitado pero destacan su aclaración en torno a la jerarquía de los factores que explican la conducta humana y la relación entre la hipótesis, la teoría y el modelo. Los que lo conocen olfatearán sus huellas en muchas otras páginas.

Mas si esta meladura ha logrado su punto se debe en mayor medida a mi mujer María de los Angeles Castro. Ella diseñó varias partes de la estructura del ensayo y armó en la computadora el texto y el formato final. Su visión crítica de la historia en general y de la historiografía puertorriqueña, y su concepción de la enseñanza de la historia me obligaron a pulir o a descartar de plano varias de mis premisas toscas. Si este texto resulta certero y útil ella será la responsable principal.

A todos los que convoqué a esta empresa les expreso el agradecimiento más hondo pero temo que tal vez no digerí sus críticas como les hubiera gustado. A Carmen Rivera Izcoa, partera de tantos hijos temidos y rechazados por otras editoriales, le agradezco su atrevimiento y generosidad.

INTRODUCCION

Ante la adversidad personal y la manía de rumiarla Satchel Paige recomendaba: "Nunca mires atrás" mientras que Ingrid Bergman, que sabía de errores y sinsabores, recetaba una mezcla de buen humor y mala memoria. Estos consejos son saludables para aliviar las tensiones de la vida cotidiana pero muy pobres para orientar la vida de los individuos en sociedad. Nos guste o no, el pasado pesa sobre el presente y aunque sea desgraciado y triste lo mejor no es olvidarlo sino entenderlo.

La costumbre de volver la vista al pasado no ha sido practicada en nuestro país únicamente por los historiadores profesionales: José Julián Acosta estudió ciencias y vivió de una imprenta; Salvador Brau fue tenedor de libros y cajero de la Tesorería de Hacienda Pública; Cayetano Coll y Toste y Tomás Blanco eran médicos; Lidio Cruz Monclova y Bolívar Pagán cursaron la carrera de leyes; Antonio S. Pedreira enseñaba literatura, etc. Sin títulos de historiadores pero con sólidas conciencias y formaciones históricas, típicas del ambiente intelectual de la época, y sumergidos la mayor parte de ellos en la historia viva de las luchas políticas del país, contribuyeron significativamente al conocimiento de nuestro pasado.

En Cuba, donde ocurrió algo parecido, Manuel Moreno Fraginals sostiene que "quizás por eso gran parte de los escritos históricos más interesantes ... no se deban a historiadores, sino a periodistas, médicos, químicos e ingenieros".[1] El ejemplo del mismo Moreno Fraginals, formado en la Universidad de La Habana y El Colegio de México, exige matizar sus palabras pero son válidas en la medida en que recogen la naturaleza de la práctica histórica en momentos en que la historia no solía ser estudiada en programas autónomos en las universidades caribeñas.

El aficionado a la historia puede producir obras de calidad y el homeópata diagnosticar ocasionalmente lo que el médico ignora. Pero

[1] Manuel Moreno Fraginals, *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones*. 2da ed., Barcelona, Editorial Crítica, 1983, p. 16.

eso no significa que el estudio profesional de la historia y la medicina sean superfluos. De la misma forma, es más probable que la cura del SIDA sea el resultado de las investigaciones de los científicos en los laboratorios que de los historiadores que practican la biología y la química en los fines de semana. ¿Por qué pensar que es menos difícil que un químico, un ingeniero o un abogado expliquen adecuadamente, en sus ratos libres, los orígenes y las complicadas mutaciones de las sociedades humanas?

La añoranza de una época, los chispazos del talento natural, el afán de dejar huella o la pasión por una causa son factores azarosos capaces de estimular obras originales. Sin embargo, la casualidad y la suerte no bastan para asegurar el desarrollo sostenido de la ciencia, particularmente de la historia. Por el contrario, la búsqueda del conocimiento con ayuda de un plano de estudios, recursos archivísticos y bibliográficos organizados y bien preservados, y el apoyo económico institucional a estudiantes e investigadores, prometen más y no excluyen los arranques geniales y las intuiciones virginales fortuitas.

Esto no quiere decir que la carrera de historia es inmune a serios contratiempos. Es real, por ejemplo, el temor de que los estudios formales maten el pensamiento heterodoxo y corten el vuelo a la imaginación. La falsa objetividad de profesores inopinantes, la repetición de datos polvosos y los programas inflexibles de clases suelen atrofiar las iniciativas creadoras de los estudiantes. No es un accidente que muchas tesis sean intrascendentes colecciones de información que nada prueban, enfundadas en esquemas áridos y escritas en prosas flácidas y grumosas. El deseo de salvar estos escollos orienta las consideraciones que siguen sobre la tesis de historia.

La redacción de la tesis es la culminación de los estudios graduados en historia y otras disciplinas. Sus exigencias fundamentales —pan, tiempo, trabajo, disciplina y entusiasmo— exasperan a más de un estudiante que se rinde en el proceso o la carga por lustros como un virus incurable. En vista de que es la tesis, y no únicamente los cursos aprobados, lo que da derecho al bendito "papel", al título de Maestría o de Doctorado, algunos escudan su desaliento con un "hay demasiados doctores por ahí".

En este manual no escondo que el precio de la tesis es alto pero insisto en que es alcanzable y disfrutable si tenemos:

a. un problema relevante; una hipótesis rectora; una teoría poderosa;

b. fuentes apropiadas, abundantes y asequibles;
c. pasión por el tema.

Para perderle el miedo a la tesis y no eternizar su investigación y redacción sugiero unos principios básicos, una manera de abordarla y hacerla útil. En vista de que la tesis es la oportunidad de dominar y aplicar el análisis crítico, ofrecer contestaciones a problemas no resueltos o sugerir reinterpretaciones con nuevas preguntas y documentos, se impone intentarla a partir de unas premisas claras.

En nuestro país la historia está en auge, señal de la gran sed de explicaciones de una sociedad perturbada. La larga agenda del Puerto Rico desconocido, de Puerto Rico como problema pasado y presente, propicia el ejercicio de la originalidad, la oportunidad de contribuir a desvelar procesos ignorados y de precisar el perfil de las fuerzas que moldean la actualidad y nos empujan hacia el futuro.

Los interesados en descifrar el rostro de la patria y proyectar sus caminos ulteriores están obligados a exigir más de la disciplina histórica y de los que la practican, con o sin título. Al respecto, el viejo temor de Pierre Vilar no ha perdido validez:

> El comercio de la historia tiene en común con el comercio de los detergentes que fácilmente se hace pasar por una innovación. Pero se diferencia en que en el de la historia las marcas están mal protegidas. Cualquiera puede llamarse historiador.
>
> Y sin embargo, nada más difícil y raro que ser historiador... Pues esta palabra tendría que implicar la estricta aplicación de un modo de análisis teóricamente elaborado a la más compleja de las materias de ciencia: las relaciones sociales entre los hombres, y las modalidades de sus cambios.[2]

Si para esquivar las trampas y las dificultades de la historia fuese posible seguir un decálogo, sugiero el siguiente:

1. No pruebes lo probado pero no rehuyas la revisión de lo "sagrado".
2. No muestres lo imposible (*e.g.* Albizu Campos socialista) pero no descartes ciegamente lo sorprendente porque te resulta inesperado (*e.g.* Betances anunciante de la Emulsión de Scott).

---

[2] Pierre Vilar, "Historia marxista, historia en construcción", en Jacques Le Goff y Pierre Nora (eds.), *Hacer la historia*. Trad. de Jem Cabanes, Barcelona, Editorial Laia, 1978-1980, 3 vols., I, p. 179.

3. No insistas en que la historia de un barrio, un pueblo o una clase es la historia del país pero intégralos al todo nacional.
4. No aceptes los documentos acríticamente pero tampoco seas hipercrítico.
5. No escribas sólo para los del gremio: lo complejo no tiene que ser complicado.
6. No te recuestes de las "autoridades" pero aprovecha y reconoce sus aportaciones.
7. No le reproches a los individuos sus orígenes sociales (nadie escoge a sus padres y a su clase) pero no los pases por alto a la hora de explicar sus actos y sus pensamientos.
8. No le dictes órdenes al pasado pero tampoco lo aceptes sumisamente: entabla más bien un diálogo fraternal con él.
9. No redactes tesis sin hipótesis.
10. No acalles la imaginación.

El estudio de la historia de esa "manchita apenas perceptible, casi microscópica, en forma de bastoncillo o de bacilo",[3] como Betances describía con cariño e ironía a Puerto Rico, reclama además una mezcla de humildad e inconformidad. Tenemos que reconocer que no podemos resolver todos los problemas ni decir la palabra final en cada ensayo. Tampoco es legítimo demandar de los demás que agoten los temas en los trabajos publicados. La solución parcial de los problemas no desmerece la calidad de las investigaciones, sobre todo si alertan e indican direcciones y pistas para concebir nuevas interrogantes.

Tan inquietante es un historiador ostentoso como un historiador satisfecho y remolón, remiso a explorar distintas perspectivas. Contra este mal el trompetista Miles Davis propone un antídoto: "No toco baladas porque me gustan". Así expresa la insatisfacción vital del artista que no se contenta con lo hecho ni se regodea en lo que le complace sino que persigue constantemente desafíos frescos. El historiador es igualmente el eterno inconforme, siempre intranquilo ante sus propios métodos y conclusiones y también frente a las ajenas. Es el que no evade las exigencias del examen riguroso y la búsqueda incesante de nuevos caminos sin hundirse en el perfeccionismo.

[3] Luis Bonafoux, *Betances*. San Juan de Puerto Rico, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1970, p. XX.

El corazón de este manual es la tesis de historia, uno de los requisitos de la formación del historiador profesional.[4] No es un estudio de la teoría de la historia aunque transmite algunas definiciones primarias de los postulados principales de la disciplina. A los historiadores titulados no les comunicará nada nuevo mas confío en que diga algo a los que se inician en la carrera, a los "prehistóricos", a los principiantes que carecen en nuestro país de una guía básica para proyectar un ensayo histórico.

Las páginas que siguen hablan más de la forma que del fondo. Espero que no den la impresión de que existen extrañados la una del otro. En verdad es difícil separarlos pues cada manera de vislumbrar el pasado exigirá o impondrá las líneas peculiares de su propia silueta. Aquí no encontrarán un recetario para cada caso particular pero sí la insistencia en que la tesis no se hace caprichosamente, de cualquier manera.

[4] La segunda parte del libro aborda algunos aspectos de la historia obrera y política de Puerto Rico e ilustra varios problemas centrales de la teoría y el análisis históricos expuestos en la primera parte.

primera parte

LA TESIS EN LA REGION MENOS TRANSPARENTE

CAPITULO 1

¿Qué es y para qué sirve la historia?

I. ¿Qué es la historia?

La pregunta ha sido enfrentada en innumerables tratados —pomposa y complicadamente la mar de veces— pero la contestación más llana es: la historia es el conocimiento de los seres humanos en sociedad, en el tiempo y en el espacio, a partir de preocupaciones e inquietudes presentes. Descansa sobre dos premisas elementales:

a. al historiador no le interesa investigar el ermitaño de nacimiento porque el individuo aislado sería un "niño salvaje" incapaz de hablar, articular y transmitir certezas y, por consiguiente, de progresar.

b. la existencia humana la definen las relaciones que los seres establecen entre sí y la naturaleza con el propósito de satisfacer sus necesidades materiales, emocionales y culturales.

La historia es el empeño de rescatar del olvido y entender las aspiraciones, las frustraciones y los logros humanos en el pasado lejano y cercano. El historiador estudia las acciones y las figuraciones, lo que hacen y lo que creen hacer los individuos en contextos sociales; las conductas y sus móviles junto a las múltiples versiones de los actos propios y ajenos.

La demarcación de este territorio no ha suscitado tan gruesos problemas como los despertados por la búsqueda de la mejor manera de entenderlos. Hay grandes, inevitables y saludables diferencias entre los historiadores sobre cómo abordar la realidad histórica en su conjunto. Entre las diversas formas legítimas de intentarlo considero que la más poderosa y coherente es la del materialismo histórico, larga tradición intelectual que desde Karl Marx hasta los historiadores contemporáneos como Pierre Vilar, Eric Hobsbawm, Christopher Hill, Josep Fontana, Ciro F.S. Cardoso, Manuel Moreno Fraginals y otros respetados estudiosos, ha enriquecido la comprensión del de-

sarrollo temporal del ser humano en sociedad.[5]

A partir del hecho obvio de que el vasto y complejo universo humano no puede aprehenderse a primera vista, esta corriente de pensamiento propone que el punto de arranque sea el trabajo y sus consecuencias. El trabajo es, a fin de cuentas:

1. la mezcla de ingenio, talento y fuerza responsable de la sobrevivencia de la humanidad;
2. la actividad que consume la mayor parte de la vida útil;
3. el medio de transformar el entorno y construir una segunda naturaleza;
4. el causante de la riqueza material que sostiene el acervo cultural y los adelantos científicos y técnicos que nos rodean;
5. el rasgo principal que nos define frente al resto de los animales y las cosas.

En vista de que el trabajo es un acto social, su comprensión implica precisar cómo se organizan los humanos para producir y cómo distribuyen lo producido. Así veremos que en el proceso productivo y distributivo los hombres y las mujeres juegan papeles distintos —no siempre dependientes de la fisiología— y reciben beneficios desiguales. Es decir, forman parte de grupos sociales con intereses y funciones diferentes, a veces solidarias, a veces antagónicas.

Esos esfuerzos conjuntos asumen modos y formas varias y son la materia prima de los grupos trashumantes, las sociedades tribales, la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo. En su interior, el trabajo, la riqueza y la pobreza se definen de diferentes maneras a partir de la interrelación de las clases pero la mayoría no dicta siempre los tonos del paisaje dominante. El trabajo de los más (esclavos, siervos y asalariados) destaca en un primer plano pero no existe independiente de los que blasonan el poder social y económico. Así, el estudio de unos es el estudio de todos.

El historiador no examina únicamente la vida práctica de los individuos en sociedad sino también las múltiples representaciones de sus conductas y las de los demás. Las ideas, las imágenes y las metáforas que orientan y justifican la existencia inmediata y las metas lejanas

[5] *Cf.* Eric Hobsbawm, "La contribución de Karl Marx a la historiografía", en Robin Blackburn *et al.*, *Ideología de las ciencias sociales*. Trad. de Enrique Ruiz Capillas, Barcelona, Grijalbo, 1977, pp. 299-319.

importan tanto como el costo de la vida, los sobresaltos de la bolsa de valores, la vulnerabilidad de las economías agrícolas y otros factores elementales de la vida material.

Ahora bien, estas facetas no pesan siempre de la misma manera ni existen en perfecto equilibrio; además, tienen una autonomía relativa y su alcance es limitado. Si se aborda un aspecto de la historia de las ideas lo más probable es que la explicación tenga su centro de gravedad en lo intelectual mientras lo económico exhiba una importancia secundaria aunque no despreciable. En cambio, si se trata de entender un sistema social en su conjunto es imprescindible otorgarle primacía explicativa a la dimensión del proceso social de producción sin obviar las demás dimensiones de la existencia. Por ejemplo, Salvador Brau, al buscar la razón de ser de la sociedad puertorriqueña de fines del siglo XIX detectó, sin pestañear, la supremacía de lo económico (la factoría azucarera y la esclavitud) sobre lo moral y lo ideológico:

> Sin escuelas, sin libros cuya introducción se entorpecía en las Aduanas, sin periódicos de la metrópoli cuya circulación se interceptaba; sin representación, sin municipios, sin pensamiento ni conciencia, sólo un objeto debía absorber las funciones físicas y psicológicas de nuestro pueblo: fabricar azúcar; ¡mucho azúcar! para venderlo a los Estados Unidos y a Inglaterra. La factoría en plena explotación. Mucho oro para los grandes plantadores, que tras del azúcar enviaban a sus hijos al extranjero en solicitud de títulos académicos que no podían obtener en el país, y que después de largos años de residencia en naciones libres y cultas regresaban a la tierra natal a participar de aquellas riñas galleriles reglamentadas por los Capitanes Generales, cuando no a avergonzarse de aquellos cultos [fiestas del Santo Patrono] en que la ruleta, el monte y los desórdenes coreográficos se ofrecían como holocausto religioso de un pueblo cuya riqueza se fundaba en el envilecimiento del trabajo por la esclavitud, cuya voluntad se esterilizaba por la atrofia del espíritu y cuyas costumbres se corrompían con festivales monstruosos en que el ritmo de la zambra y el chasquido del inhumano foete se confundían en un solo eco, bajo la placidez de una atmósfera serena y entre los perfumes de una vegetación exuberante.[6]

A veces las ideas encarnan en instituciones de poder o en cuerpos de presión que contribuyen a perpetuar valores o a perseguir nuevos mundos posibles. De ahí que el estudio de las estructuras políticas,

[6] Citado por Eugenio Fernández Méndez, *Salvador Brau y su tiempo. Drama y paradoja de una sociedad*. San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1956, pp. 31-32.

administrativas y culturales sea otro medio para comprender mejor los condicionamientos y los límites de la libertad humana. De la misma manera, si el ser humano es el único organismo que expresa ideas con ayuda de la palabra no es extraño que el estudio de las construcciones letradas de escritores, ideólogos, políticos, historiadores, etc. arroje luz sobre el comportamiento y el desarrollo de la sociedad.[7]

Dado que los acontecimientos políticos, económicos y culturales no ocurren con la misma intensidad ni tienen idéntico alcance ¿qué investigamos: las altas tensiones y las crisis, las victorias o las derrotas sonadas, los pronunciamientos dramáticos que anuncian futuros luminosos o los procesos que conducen a estos acontecimientos y los rebasan? Si estudiamos los sucesos únicamente —lo singular, lo incandescente— olvidamos los antecedentes, las presiones subterráneas acumuladas (lentas e imperceptibles) que las producen. Si miramos los acontecimientos en el momento que suceden, magnificamos el papel de los líderes de primera plana y olvidamos el de los demás. Ese es uno de los orígenes de la historia de los héroes, los patriotas y los traidores que actúan a espaldas del resto de la sociedad.

Esto no quiere decir que el heroísmo tradicional debe ser pasado por alto o devaluado sino que está mal definido porque existe con igual o mayor autenticidad más allá de los hemiciclos legislativos, las poltronas ejecutivas y las tribunas trepidantes. ¿No es profundamente heroico sobrevivir hoy con $3.35 por hora de trabajo (o por cincuenta centavos diarios, como intentaron hacer miles de cortadores de caña en épocas anteriores); atender un hogar y a la vez trabajar cuarenta horas semanales en una fábrica o detrás de un mostrador; ser arrancado de Africa para vivir esclavo en América o emigrar y existir desarraigado en Nueva York haciendo las tareas más despreciables? En pocas palabras, la vida cotidiana y sus héroes anónimos también son historia.

Por otra parte, tampoco es saludable dispararnos al otro extremo: si sólo nos fijamos en los procesos de larga duración olvidamos que fueron desatados por seres con nombres y apellidos. Lo mejor es ver

---

[7] Los trabajos de Arcadio Diaz Quiñones son un excelente punto de partida para explorar esta cara de la historia. Ver "Recordando el futuro imaginario: la escritura histórica en la decada del treinta", *Sin Nombre*. San Juan de Puerto Rico, vol. XIV, núm. 3, abril-junio 1984, pp. 1-35; *El almuerzo en la hierba (Llorens Torres, Palés Matos, René Marqués)*. Rio Piedras, Ediciones Huracán, 1982; Estudio preliminar al libro de Tomas Blanco, *El prejuicio racial en Puerto Rico*. 3ra ed., Rio Piedras, Ediciones Huracán, 1985.

los sucesos momentáneos como partes de procesos extensos que los provocan y los permiten, donde los individuos juegan papeles decisivos y les imprimen sellos singulares.

Dependiendo de la naturaleza específica del problema histórico, el centro de la explicación se desplaza de la coyuntura (articulación o confluencia de los niveles del funcionamiento social) a la estructura (osamenta de la sociedad). Al historiador le toca señalar hacia dónde se inclina el balance de la explicción, sin olvidar que ninguno de los dos extremos se excluyen. En la biografía de un individuo, lo particular (rasgos de carácter, percepciones y reacciones emocionales, etc.) contará tal vez más, pero si se refiere a un problema social (el analfabetismo, la consumición insaciable de mercancías, la criminalidad, etc.) entonces predominarán los rasgos sociales y económicos generales.

En balance, el análisis histórico es multifocal y su propósito es mostrar los diferentes planos donde la conducta humana adquiere cuerpo, nombre y movimiento, tales como:

1. las estructuras económicas y las relaciones sociales (producción y apropiación de capitales y vínculos entre propietarios y productores);
2. la política (búsqueda, organización y ejercicio del poder);
3. la cultura (cúmulo de tradiciones, valores estéticos, obras imaginativas, cantos, ritmos y glosas cotidianas, estilos de vida, aspiraciones religiosas);
4. la ideología (visión de mundo, "el sistema de creencias, valores, temores, prejuicios... y compromisos de un grupo social"[8]).

Estos factores no tienen el mismo peso específico por lo que la primacía explicativa varía en algunos casos. Por ejemplo, los devaneos o la jaqueca de Napoleón en la víspera de Waterloo no se explican con las mismas razones que el Código Napoleónico. El modo de producción y las relaciones clasistas ayudan poco a explicar lo primero pero son decisivos para entender lo segundo. El historiador evita caer tanto en el eclecticismo (ensalada de factores con igual peso) como en el reduccionismo (explicación unicausal).

---

[8] Eric Foner, *Free Soil, Free Men. The Ideology of the Republican Party Before the Civil War*. London, Oxford University Press, 1971, p. 4. La traducción es mía.

En su afán de conocer a los seres humanos el historiador vincula la vida privada y la vida pública, lo social y lo económico con lo político y lo ideológico. En vez de muchas historias y visiones divorciadas, aspira a una concepción integral, unitaria, a una vieja meta seductora y elusiva: la historia con sustantivos y sin adjetivos.[9]

II. ¿Para qué es la historia?

> *...siempre nos parecerá que una ciencia tiene algo de incompleto si no nos ayuda, tarde o temprano, a vivir mejor.*
>
> Marc Bloch

En momentos difíciles —nada menos que en medio del fragor de la Segunda Guerra Mundial y de la ocupación de su patria por los nazis— Marc Bloch comenzó su famoso ensayo sobre el oficio del historiador recordando la pregunta que hizo su hijo: "Papá, explícame para qué sirve la historia".[10] Hoy nuestra situación no es tan extrema pero la interrogante no ha perdido urgencia y pertinencia. Sobre todo, porque en medio de la inflación incontrolable, el testarudo desempleo y el incremento de las conductas antisociales la historia parece algo inútil. A pesar de ésto sigue vigente el anuncio que varios años atrás figuró en el tablón de edictos de la Asociación de Estudiantes de Historia donde se proclamaba el amplio y optimista abanico de oportunidades que la historia prometía: estudia historia y sigue las siguientes carreras: abogacía, diplomacia, periodismo, relaciones públicas, turismo y decoración de interiores.

Este enfoque práctico reconocía que la historia era un trampolín seguro y certero para afrontar retos mayores. No había dudas: la historia serviría para ganar el impostergable pan diario. Claro está, la preocupación de Bloch no se refería al incierto mercado de trabajo sino a la utilidad de la historia para entender todos los tiempos, particularmente los borrascosos. Pero para muchos historiadores la historia era un oficio pasivo y elegante con unas metas respetables

[9] Ver "¡Por una historia integral!", *Op. Cit. Boletín del Centro de Investigaciones Históricas.* Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, núm. 2, 1986-1987, pp. 7-8.

[10] Marc Bloch, *Introducción a la historia.* 2da ed., Trad. de Pablo González Casanova y Max Aub, México, Fondo de Cultura Económica, 1957, p. 9.

recogidas en una frase de origen antiguo: "La historia es maestra de vida". Era el eco de voces lejanas, como la de Mariano Abril que en 1929 creía que la historia debía ser una sucesión de biografías que sirvieran de "...cátedra en la que nuestra juventud estudiará lecciones de carácter y de civismo, cualidades que van desapareciendo en nuestro país".[11]

En otras palabras, la historia servía propósitos morales loables y el historiador pretendía cumplirlos imparcialmente. Aspiraba a la mayor ecuanimidad y veracidad y para lograrlas practicaba frecuentemente la ventriloquía y dejaba que los documentos hablaran por él. Algunos historiadores rigurosamente invisibles cumplieron sus solemnes intenciones y produjeron relatos prolijos en severo orden cronológico, recargados de una aterradora sucesión de citas directas. Del resto se encargaron los maestros de historia que convirtieron sus cursos en torneos de memorización de fechas, dinastías, tratados y batallas a derramarse en exámenes torturantes. De esta manera la historia competía con las matemáticas a la hora de nutrir las peores pesadillas estudiantiles. No en balde muchos creyeron en su ineficacia e inutilidad.

Si la simple evocación de vidas y acontecimientos emulables o reprochables, clavados al almanaque, nos semeja un esfuerzo decorativo y ocioso, entonces ¿para qué sirve la historia? En primer lugar, para "leer el periódico", para "...situar cosas detrás de las palabras".[12] En la vida cotidiana se agolpan escenas vertiginosas y borrosas, y cuadros estáticos e indescifrables. Es difícil saber por qué ocurren las cosas a pesar de que no las deseamos. Así, la humanidad aborrece las guerras pero los gobernantes las declaran en nombre de la paz. Nadie invoca la depresión económica y el desempleo pero éstas golpean regular y contundentemente, enmudeciendo las computadoras refinadas y ridiculizando los modelos econométricos de los pronosticadores más renombrados. Cuesta trabajo imaginar que hay pobres porque hay ricos pero en 1984, en el país más próspero del planeta, treinta y cinco millones trescientos mil norteamericanos —uno de cada siete ciudadanos— fueron tildados de "pobres" por la Oficina del Censo.[13]

[11] Mariano Abril, *Antonio Valero. Un héroe de la independencia de España y de América.* San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1971, p. 3.

[12] Pierre Vilar, *Iniciación al vocabulario del análisis histórico. Trad. de M. Dolores Folch,* Barcelona, Editorial Crítica, 1980, p. 12.

[13] *The San Juan Star,* 3 de agosto de 1984, p. 7.

En el intento de comprender mejor a nuestro país no es raro toparnos a menudo con perplejidades de igual calibre. Por ejemplo, en 1902, a raíz de la aprobación de la Ley Foraker, se discutía aquí y en Washington si los puertorriqueños éramos "ciudadanos o súbditos" por razón de vivir en un territorio no incorporado de los Estados Unidos, sin ciudadanía con validez internacional. Esta incongruencia llevó a José Julio Henna a concluir que el puertorriqueño era "Don Nadie de ninguna parte".[14] Ochenta y cinco años después —como si la historia se hubiese congelado— el ex-gobernador Luis A. Ferré cree que "Nosotros no somos nada en estos momentos... no somos un estado, ni una república independiente y ese sentimiento de que no hemos llegado, de que estamos en el aire, en una especie de limbo, es lo que está creando en Puerto Rico un ambiente de gran insatisfacción".[15] La visión de una historia sin transformaciones en la que el debate político se ha detenido durante cerca de un siglo en una isla que es "propiedad de pero no parte de" los Estados Unidos, alimenta el espejismo de que la ley del cambio ha sido derrotada en el archipiélago caribeño.

El desprevenido lector de periódicos, opiado por el trajín de la lucha por la existencia y por la desinformación cotidiana, podría llegar a la conclusión de que vivimos en el país de los no sé, los no se puede y los sapos conchos educables. Así, cuando el gobernador Rafael Hernández Colón fue interrogado sobre por qué el Departamento de Estado norteamericano denegó en 1986 el permiso para concertar un tratado económico con el Japón, contestó: "A pesar de que para el pasado mes se esperaba que se aprobara el acuerdo tramitado como parte de un viaje a aquel país, no sé qué pasó, porque vino esta carta en sentido contrario".[16] La incertidumbre oficial persistía al año siguiente. Al discutirse en la Cámara de Representantes el posible depósito de armas nucleares en la base de Roosevelt Roads, el representante Presbiterio Santiago admitió que "...no se va a poder determinar la existencia de armamento nuclear en Puerto Rico porque Estados Unidos no está dispuesto a revelarle a nadie esa información".[17] En 1980 el entonces gobernador Carlos Romero Barceló

[14] Ana Sagardía de Alvarado, "Impacto del cambio de soberanía sobre la condición civil de los puertorriqueños". Tesis de maestría, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, Departamento de Historia, 1967, p. 106.

[15] *El Nuevo Día*, 18 de febrero de 1987, p. 15.

[16] *El Mundo*, 28 de diciembre de 1986, p. 4.

[17] *El Mundo*, 23 de febrero de 1987, p. 58.

tampoco sabía mucho sobre las maniobras de la Marina norteamericana en las aguas de Puerto Rico.

> Yo sólo sé que la Marina tenía algunas prácticas anteriores. No sé si eran éstas u otras anteriores. Las fechas no las recuerdo. No puedo determinar ahora mismo si tenía conocimiento previo de ellas, aunque ahora mismo no recuerdo haber tenido conocimiento específico previo.[18]

La prueba de que no vivimos en una isla traslucente surgió en medio de la controversia sobre el establecimiento del Club Med en Guánica. En vista de que la construcción de caminos conducentes a la famosa hospedería aceleraría el final del sapo concho, variedad criolla en vías de extinción, Justo Méndez, Secretario de Recursos Naturales, propuso exigirle a los empresarios "...hacer un túnel por debajo de la carretera porque el sapo concho lo mataría el automóvil cuando trata de cruzar la carretera".[19] Es obvio que un país con batracios que aprenden a tomar el camino subterráneo en vez del elevado, sin lecciones previas, no es un peñón cualquiera y merece estudiarse a fondo.

III. Puerto Rico como problema

Desde afuera alguien podría decir que somos un "luminoso y sensual protectorado". Desde más cerca lo menos que podemos afirmar es que Puerto Rico es un problema sin explicaciones cómodas y gratuitas. Recordemos, para empezar, que bajo el cielo en que viven más de 5,000 millonarios hay 300,000 puertorriqueños sin ingresos monetarios (el 10 por ciento de la población total) y 1,500,000 (el 50 por ciento de la población) reciben cheques de alimentos. La esperanza de los menesterosos de salir de ese bache no es grande porque entre 1960 y 1984 el nivel de pobreza persistió casi inalterado entre el 58 y el 60 por ciento.[20] Si nos comparamos con el resto de América Latina disfrutamos de niveles de vida superiores pero si nos apareamos a los Estados Unidos descubrimos que, según el censo de 1980, el 62 por

[18] *El Mundo*, 3 de agosto de 1980, p. 15-D.

[19] *El Mundo*, 26 de julio de 1987, p. 8. La gramática torcida es del original.

[20] *The San Juan Star, Sunday Magazine*, 3 de agosto de 1986, p. 8 y 11 de noviembre de 1987, p. 1.

ciento de las familias puertorriqueñas vivieron por debajo del nivel de pobreza.[21] José Ramón González, presidente del Banco Gubernamental, asegura que "Puerto Rico no sólo tiene el ingreso per cápita más bajo entre todos los estados... sino que la tasa de crecimiento anual registrada desde 1975 está muy por debajo de la tasa promedio observada para todos los Estados".[22]

La patria endeudada

Paradójicamente, el puertorriqueño "tiene los hábitos de consumo típicos de ciudadanos de un país rico aunque la Isla es una sociedad subdesarrollada".[23] Esta contradicción descansa sobre una laxa y preocupante estructura crediticia en la que sobresale el hecho de que mientras en 1975 veintitrés centavos de cada dólar eran adeudados por el consumidor, en 1986 éste debía cuarenta y cinco centavos del mismo billete. A la altura de 1987 los puertorriqueños gastaron más ($15.5 billones) de lo que ganaron ($13.9 billones), a la par que se sostuvo en el país la tendencia a invertir más en préstamos de consumo que en préstamos destinados a la inversión en actividades productivas. Así fue posible que las deudas personales montaran tres veces más que el producto nacional bruto.[24]

Como es difícil separar lo personal de lo público, no es raro que el desenfreno "consumista" repercuta en la capacidad financiera del estado puertorriqueño. El presidente del Banco Gubernamental lo resumió desalentado: "Llevamos diez años trabajando contra viento y marea para controlar el crecimiento de la deuda pública. Pero estamos estancados porque el ingreso personal no está creciendo".[25]

Así que vivimos en una sociedad desahorradora y vulnerable. Germán Díaz, economista de la Junta de Planificación, juzga esta realidad con palabras poco esperanzadoras: "Una economía que no genera ahorros siempre será una economía dependiente". Si las estadísticas del Banco Mundial son ciertas, los países "pobres" poseen una

[21] *El Nuevo Día*, 24 de agosto de 1986, p. 5.

[22] *El Nuevo Día*, 21 de agosto de 1986, p. 5.

[23] La conclusión es de Augusto Amato, economista del Banco Popular. *The San Juan Star, Sunday Magazine*, 17 de agosto de 1986, p. 2. La traducción es mía.

[24] Ver las declaraciones de Angel Luis Rosas, Comisionado de Instituciones Financieras, en *El Nuevo Día*, 5 de noviembre de 1986, p. 2.

[25] Las declaraciones de José Ramón González aparecen en *El Nuevo Día*, 21 de agosto de 1986, p. 5.

tasa de inversión del 25 por ciento mientras Puerto Rico, clasificado como país de "ingresos medianos", sólo invierte del 12 al 13 por ciento.[26]

Cualquier análisis futuro de los orígenes de esta anomalía tendrá que tomar en cuenta el peso negativo del impresionante aumento de la población que consume pero no produce, del llamado "sector terciario" del país encabezado por los batallones de la burocracia gubernamental. En 1987 existían 834,000 puertorriqueños empleados de los que 249,000 se cobijaron bajo la nómina oficial, es decir, cerca de uno de cada cuatro asalariados trabajaba para el Estado.[27]

En la última década el sector privado perdió empuje en la creación de empleos y se calcula que cerca del 31 por ciento de los 99,000 empleos creados entre 1976 y 1986 provinieron del sector público.[28] El cuadro cobra tonos más subidos si sumamos los desempleados (que en los últimos años han oscilado entre el 16 y el 23 por ciento de la población en edad de trabajo) y los que han decidido no trabajar ni buscar trabajo (el 57 por ciento de la población activa mayor de 16 años) porque están convencidos de que nunca aparecerá la oportunidad. En 1986 el Secretario del Trabajo informó que 43 de cada 100 varones (entre los 20 y los 24 años) fracasaron en sus gestiones de conseguir empleos mientras 32 de cada 100 mujeres entre las mismas edades tampoco encontraron trabajo.[29]

La patria fugitiva

Hoy como ayer los azares del mercado de trabajo y la política oficial expulsan a los autóctonos o invitan a los fuereños. Somos, en verdad, una sociedad de inmigrantes y emigrados. A partir de los '40, cientos de miles de puertorriqueños arrancaron hacia los Estados Unidos con el estímulo y la complacencia de los gobiernos de la época, a participar en una de las aventuras más desgarradoras de la historia contemporánea.

Actualmente el éxodo continúa. Ahora no se trata únicamente de tomateros y recogedores de manzanas y cítricos sino de los sectores

[26] *El Nuevo Día*, 14 de diciembre de 1986, pp. 4-5.

[27] *El Nuevo Día*, 15 de noviembre de 1987, pp. 4-5. En marzo de 1986, Mohinder Bhatia calculó la nomina del Gobierno en 262,400 empleados. *The San Juan Star*, 6 de agosto de 1986, pp. 8-9.

[28] *El Nuevo Día*, 25 de agosto de 1986, p. 8.

[29] *El Nuevo Día*, 1 de septiembre de 1986, pp. 4-5.

más preparados con "...un nivel educativo superior al promedio del resto de la población de la Isla", equivalente a 12.1 años de escuela.[30] Desde 1982 esta fuga de talentos, según expresa un estudio reciente, compara con la ocurrida en los '50 y los '60. Por ejemplo, en 1986, 46,000 personas abandonaron el país. La cifra es contundente si recordamos que en toda la década del '40 emigraron a los Estados Unidos unos 150,000 y otros 400,000 salieron en los '50.[31]

Hoy en vez de analfabetos desempleados o mal empleados nuestro país exporta grandes números de puertorriqueños educados, profesionales muchos de ellos, convencidos de que viven bien aquí pero desean estar mejor allá. Los resortes del fenómeno todavía no han sido desmontados coherentemente; cuando llegue el momento habrá que considerar el alcance del profundo deterioro de la vida social y el impacto de las desmesuradas esperanzas de adoptar estilos culturales y de consumo "superiores".[32]

A la hora de repensar la patria fugitiva tampoco podemos pasar por alto el escape de capitales que sugiere que somos subdesarrollados no por falta de recursos para la inversión sino por su desbocada carrera hacia el exterior. En 1976 se depositaron fuera del país 2.9 billones de dólares. Esta fuga creció a 12.27 billones en 1984. Durante esos mismos años la inversión en "maquinaria y equipo" aumentó únicamente de 2.3 billones a 3 billones de dólares. No es chocante entonces toparnos con un desempleo nacional cerrero en el que sobresale que el 65 por ciento de los jóvenes de 18 años están desocupados. Ante esta realidad ¿por qué los acomodados ciudadanos exportan sus dineros excedentes? De acuerdo con Elías Gutiérrez:

> No es que aquí no haya cómo y dónde invertirlos. Lo que pasa es que el que va a invertir razona sobre cómo lo va a hacer, y es obvio que buscará invertir donde encuentre los menores riesgos, donde consiga mayor liquidez y le paguen mayores intereses, donde el costo contributivo sea menor, donde menos individuos se enteren de su inversión, y esos factores se dan mucho mejor fuera de aquí.[33]

---

[30] *El Nuevo Día*, 6 de diciembre de 1987, p. 8.

[31] *The San Juan Star*, 24 de abril de 1987, p. 3 y Ricardo Campos, "Las migraciones en la historia de Puerto Rico", mecanografiado, s.l., s.f., p. 16.

[32] *The San Juan Star*, 1 de septiembre de 1986, p. 3.

[33] *El Nuevo Día*, 14 de septiembre de 1986, pp. 4-5. La consulta de los periódicos no es suficiente para conocer los complicados problemas de nuestra economía. Su estudio exige acudir

Mientras el Estado invierte grandes esfuerzos y recursos en tentar a los inversionistas extranjeros, los discretos individualistas del patio despachan sus riquezas a otras latitudes.

Para recobrar la memoria

Enfrentados a éstos y otros factores que delinean el rostro líquido de la vida material del país el lector podría suscribir el optimismo sin riberas del ex-gobernador Carlos Romero Barceló quien cree que "...la verdad es como una manzana en un barril de agua"[34] o el pesimismo ilustrado del profesor Gerald Guiness: "En el Puerto Rico de hoy parece que todo es posible. El pasado y el presente tropiezan en medio de la multitud, como si no se conocieran".[35]

O podría optar por recobrar la memoria, por oponerle al "presentismo" actual la perspectiva histórica. Esto conlleva, entre otras cosas:

1. *Reconocer que los problemas existen;* admitir que la patria no es cristalina pero puede ser desembrollada y comprendida.

2. *Quitarle la autonomía al presente;* verlo como la imagen incompleta de un proceso anterior. Si ignoramos lo que hay detrás de lo inmediato, los acontecimientos parecen arbitrarios, siempre dependientes del capricho inimaginable de los ejecutantes. Por ejemplo, el nazismo ha sido visto como el exabrupto de un desquiciado que hipnotizó con su oratoria a una nación inteligente. En la misma vena, el antisemitismo de Hitler se achaca al resentimiento provocado por el amor clandestino de su madre con el carnicero de la esquina, de origen judío, ¡no faltaba más! Es obvio que tanto el nazismo como el antisemitismo son fenómenos más complejos que entierran sus raíces en la larga historia de los siglos anteriores. Pero si nos acostumbramos a pensar que éstos y otros sucesos obedecen a factores fortuitos, azarosos —impredecibles como los locos, los amantes y los líderes clarividentes— la resignación y el fatalismo tentarán más que la explicación histórica coherente.

---

a otras fuentes e investigaciones más especializadas y rigurosas. Al recurrir exclusivamente a la prensa en esta sección no deseo privilegiarla frente a otras evidencias sino mostrar que el presente plantea graves interrogantes ante las que no debemos ser indiferentes.

[34] *El Mundo*, 24 de agosto de 1980, p. 16-A.

[35] *The San Juan Star, Sunday Magazine*, 2 de noviembre de 1986, p. 8. La traducción es mía.

Cara al Puerto Rico problemático de nuestros días es frecuente escuchar más lamentaciones que explicaciones. Aun estas últimas remiten demasiado a menudo a razones personales, zodiacales u otromundistas. Pocos reconocen que la estructura creciente de una sociedad dependiente, con base industrial y agrícola estrecha y vulnerable, y un tope ancho de desempleados, sub-empleados o empleados en ocupaciones que no producen bienes de consumo, es el resultado de largos procesos que rebasan la vida de los equipos gobernantes. Sin negar la responsabilidad de los que hoy inauguran o continúan visiones transformadoras o estáticas, la historia pone el presente en perspectiva y busca sus raíces lejanas, con la precaución de no toparse con Caín y Abel.

En primer lugar, el historiador destierra la idea de que rompimos el molde y no tenemos parangón. Es decir, ve los problemas del país en el contexto de otras experiencias y concluye que compartimos muchos problemas comunes de las regiones sometidas al dominio externo multisecular: ayer, la obligación de cultivar lo que Europa no producía; hoy, la constricción de proveer mano de obra barata y mercados sumisos.

A la vez, el historiador busca lo singular en lo semejante y se pregunta cómo es posible que este país preñado de desajustes y tensiones no se desencole y sea uno de los miembros menos subdesarrollados del club de la pobreza. Las razones son muchas pero destacan las siguientes:

a. Puerto Rico es parte de la economía norteamericana, la más próspera del mundo, y una de las esferas preferidas de los inversionistas que colocan y multiplican su capital sin pagar impuestos.
b. Puerto Rico es una base militar, garante de esas inversiones (necesitadas de estabilidad social y política) y de los intereses afines en América Latina, así como pieza insustituible del sistema defensivo global de los Estados Unidos.
c. Puerto Rico es un país subsidiado que recibe más de mil dólares anuales por cabeza en ayudas económicas directas, capaces de desmochar muchas insatisfacciones y de hinchar las arcas del subsidiador.

Es decir, no somos el típico país sub-desarrollado pero arrastramos todavía la pobreza y la desigualdad. En vista de que la miseria y la

prosperidad tienen nombre y apellido, es tarea del historiador identificar a los que con sus ideas y acciones encabezan gestiones de cambio o de continuidad y precisar sobre qué clases o capas sociales cabalgan. Sólo así comprenderemos que el presente no se sostiene por sus propios pies porque es, en gran medida, la agenda inconclusa del pasado y la oportunidad de enmendarla para el futuro.

3. *Asumir una actitud crítica.* Es difícil sonreír complacidamente cuando alguien todavía describe a la mujer como "ese maniquí de la desazón sentimental" o cuando el presidente del Comité Olímpico de Puerto Rico concluye que la solución al homosexualismo de los atletas acuartelados podría ser el uso de puertas de cristal en los dormitorios.[36] El historiador, como todo crítico social, no se refocila en una sola visión de la realidad sino que pone a prueba hasta sus propias aparentes verdades y considera seriamente las contrarias, orientado por el deseo de superar lo existente con ayuda de teorías explicativas. Pero no cualquier teoría. Según Jon Elster

> Una teoría que cubre el mundo actual y sólo el mundo actual no es una teoría sino una descripción. Una teoría debe tener implicaciones de posibles mundos mediante la especificación de valores realizables de las variables relevantes.[37]

El historiador no se circunscribe a la opción que triunfa; también examina el abanico de posibilidades derrotadas y las posibles implicaciones para la historia pasada y presente si se hubiese escogido otra vía. En consecuencia, además de registrar y explicar lo que pasó, examina las contestaciones posibles a las coyunturas de cada época. Así trasciende la crónica, la mera descripción de acontecimientos y hace del pasado un problema sin soluciones rápidas; una cuestión que exige el ejercicio y la puesta a prueba de teorías diferentes. En vez de una historia abocada a una sola salida, lidia con la historia más abierta, portadora de visiones y procesos en conflicto.

En fin, el descubrimiento de las "regularidades de la vida social pasada" no sirve únicamente para conocer el presente sino también para adelantarnos al futuro e intentar el conocimiento de las últimas

---

[36] *El Nuevo Día*, 12 de marzo de 1988, p. 2 y 2 de agosto de 1987, p. 136.
[37] Citado por Maurice Zeitlin, *The Civil Wars in Chile (or the Bourgeois Revolutions That Never Were)*. Princeton, Princeton University Press, 1984, p. 20. La traducción es mía.

consecuencias de los actos humanos. Si es legítimo encapsular el propósito de la historia —con ayuda de Bloch, Carr, Vilar, Topolski, Florescano y Fontana— diría que es: imaginar y comprender el pasado; entender y dominar el presente; proyectar y recordar el futuro.

* * *

PROBLEMAS

(para discutir y poner a prueba las consideraciones sobre la teoría y la práctica de la historia).

1. En su *Historia de los partidos políticos puertorriqueños, 1898-1956* (San Juan, Librería Campos, 1959, 2 vols., I, p. 9), Bolívar Pagán advierte que su obra "...no es un tratado político para enjuiciar credos y doctrinas, ni obra de propaganda, ni conlleva el propósito de exaltar o combatir a hombres o ideas. Es biografía de los partidos; no contiene biografías de los hombres que se han señalado en la gestión política del país. Es riguroso relato histórico, en orden cronológico, del nacimiento y movimiento general de los partidos puertorriqueños".

¿Concuerda esta intención con tu definición de la historia?

2. Sir Lewis Namier cree que la única historia que vale la pena estudiar es la historia política. Esta, según el historiador británico, le concierne únicamente a una élite masculina y la voluntad popular no cuenta para nada. Los partidos no tienen ideales y principios y sólo los motiva el interés y la ganancia personal. Además, los conflictos políticos no ocurren entre partidos con principios sino entre facciones rivales que forcejean por la posesión del poder, el dinero y el privilegio que da el acceso a la autoridad y los recursos del Estado. (Citado en *The New York Review of Books,* March 29, 1984, V. 31, No. 5, p. 42).

¿Qué interrogantes suscita una historia exclusivamente política sustentada por estos principios?

3. El 5 de marzo de 1946 Winston Churchill exhortó a reconocer que "Dios ha querido que los Estados Unidos, y no algún estado comunista o neo-facista" tengan la bomba atómica. (Walter La Feber, *America, Russia and the Cold War, 1945-1975.* 3rd ed., New York, John Wiley and Sons, Inc., 1976, p. 39.) Pero varios años después la Unión Soviética también fabricó la terrible bomba.

¿Qué dificultades sugiere el enfoque de Churchill?

4. El candidato ideal para ingresar a la orden de los cartujos (fundada por San Bruno en el 1084) debe reunir las siguientes cualidades: temperamento equilibrado, buen juicio, carácter sobrio y moderado libre de singularidades y excentricidades, voluntad firme y disposición alegre. En sus monasterios los cartujos no ven televisión ni escuchan la radio ni leen los periódicos porque no les interesan "las sombras fugaces de este mundo".

En estas circunstancias, ¿podrán ser buenos historiadores?

5. *Si alguien alegara que la historia es inútil porque estudia lo que pasó, lo irrepetible, ¿qué contestarías?*

6. La historia imparcial, sin prejuicio, es la meta de muchos historiadores. Para alcanzarla Lidio Cruz Monclova prefiere "dejar, aun a riesgo de pecar por exceso, que los documentos y los hechos hablen por sí" (*Historia de Puerto Rico. (Siglo XIX).* Río Piedras, Editorial Universitaria, 1952-1964, 5 vols., I, prefacio, s.p.).

¿Hablan los documentos? ¿Cómo hablan?

7. Según Ernest Labrousse "las transformaciones políticas se realizan a pesar de los hombres políticos". Si su afirmación es cierta, *¿a dónde va a parar la libertad del individuo en la historia?* Al discutir el planteamiento de Labrousse consulta su ensayo "1848, 1830 y 1789: tres fechas en la historia de la Francia moderna" en *Fluctuaciones económicas e historia social.* Madrid, Editorial Tecnos, 1962, pp. 463-478.

8. Según Mariano Abril, "la historia de un país no se escribe a base de estadísticas ni de cosechas de cereales. Son los hombres representati-

vos los que realizan los hechos que en su desarrollo cronológico forman la historia. Y es en la vida de esos hombres donde debe estudiarse la psicología de los pueblos. Un hombre como Napoleón, Washington o Bolívar representa por sí solo toda una época. La Revolución Francesa no es el asalto a las Tullerías, ni las matanzas de septiembre; es Mirabeau, Danton y Robespierre. Por eso la historia, desde Plutarco a Carlyle, se escribe a base de biografías".

¿Qué virtudes y defectos tiene la historia escrita a base de héroes y villanos?

9. *¿Son contradictorias la concepción de la historia como ciencia y la creencia de Benedetto Croce de que la historia es un "acto espiritual"?*

10. Los historiadores que se oponen al uso de juicios morales en la historia argumentan que:

a. no debemos juzgar porque conocemos poco las razones íntimas que mueven a los seres humanos a actuar, y
b. para que los juicios morales tengan sentido el ser humano debe ser absolutamente libre.

Los opositores contestan que hay que juzgar porque sería una irresponsabilidad no evaluar las conductas de Nerón, Hitler o Stalin.

¿Qué opinas de estos planteamientos?

BIBLIOGRAFIA MINIMA

(pistas para lecturas más profundas y abarcadoras).

I. ¿Qué es la historia?

Una explicación digerible y amena de los complicados aspectos de la teoría y el análisis históricos es de E.H. Carr, *¿Qué es la historia?* Trad. de Joaquín Romeu Maura, Barcelona, Editorial Seix Barral, 1961. Conviene también consultar las reflexiones de Pierre Vilar en *Iniciación al vocabulario del análisis histórico.* Trad. de M. Dolors Folch, Barcelona, Editorial Crítica, 1980, pp. 17-47. La colección de trabajos reunidos por Jacques Le Goff y Pierre Nora en *Hacer la historia* (Trad. de Jem Cabanes, Barcelona, Editorial Laia, 1978-1980, 3 vols.) explora el tema más detalladamente. Un replanteamiento con humor y escepticismo es de Luis González, *El oficio de historiar.* Zamora, El Colegio de Michoacán, 1988.

Como en el resto de las cosas, no hay unanimidad en la manera de definir y practicar la disciplina histórica. Varias antologías recogen las múltiples discrepancias: Fritz Stern (ed.), *The Varieties of History.* New York, Vintage Books, 1973; Patrick Gardiner (ed.), *Theories of History.* Glencoe, The Free Press of Glencoe, 1959 y Hans Meyerhoff (ed.), *The Philosophy of History in our Time.* New York, Doubleday Anchor Books, 1959. Una síntesis estimulante, polémica y militante de la teoría de la historia es de Josep Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social.* Barcelona, Editorial Crítica, 1982. La bibliografía consultada por Fontana es impresionante y muy útil para rastrear las líneas principales del debate histórico contemporáneo. Lamentablemente el autor no reconoce las aportaciones de los historiadores criticados.

II. ¿Para qué es la historia?

Un admirable intento de hacer de la historia una práctica deliberada y consciente es el de Carlos Pereyra *et al., Historia ¿para qué?* México, Siglo Veintiuno Editores, 1980. Ver principalmente el ensayo de Enrique Florescano, "De la memoria del poder a la historia como explicación", pp. 91-127 y de Adolfo Gilly, "La historia como crítica o como discurso del poder", pp. 195-225. La estampa del historiador

indiferente a los ruidos del presente es cuestionada por Manuel Moreno Fraginals en *La historia como arma y otros estudios sobre esclavos, ingenios y plantaciones.* Barcelona, Editorial Crítica, 1983, pp. 11-23. El papel del intelectual como crítico social es analizado por Paul A. Baran en "The Commitment of the Intellectual", *Monthly Review*, Vol. 16, No. 11, March 1965, pp. 1-11.

CAPITULO 2

Las etapas de la investigación histórica

1. La selección del tema

...los problemas no 'surgen', no son impersonalmente 'dados' al investigador: sino que el científico individual, con su acervo de conocimiento, su curiosidad, su visión, sus estímulos y sus tendencias, registra el problema o incluso lo busca.

Mario Bunge

A la hora de precisar lo que queremos indagar en los archivos y las bibliotecas no son evidentes siempre los hilos que conducen la curiosidad y el entusiasmo. Tal vez porque los problemas que investiga el historiador laten mucho antes de vocearlos y concretarlos por primera vez. Surgen, a menudo, de experiencias y emociones familiares, apegos regionales, pasiones sentimentales, topetazos con el poder, forcejeos e insatisfacciones sociales y culturales o de préstamos y apropiaciones de imágenes y aspiraciones forasteras. En otras palabras, brotan de instancias que no suelen llamarse "históricas".

Estos ingredientes se mezclan con los conocimientos históricos formales que aunque muchas veces no transmiten los impulsos vitales de la existencia cotidiana ni suscitan cuestionamientos del futuro, alimentan nuestra primera definición de lo "histórico". Pero el saber académico y la práctica social asentados en la mente y el ánimo no producen, automáticamente, temas de investigación.

De ahí la agonía del estudiante que una vez confesó: "No tengo tema, no sé problematizar. Se debe a cómo me enseñaron la historia". En parte tenía razón. La historia que se enseña para recordar y entretener desarrolla mentes ilustradas y complacientes pero no problematizadoras. La visión indulgente del pasado nutre la concepción satisfecha y acrítica del presente. Anestesiado y sin un propósito claro para hacer las cosas, es difícil buscar y reconocer los problemas históricos que exigen solución.

Una vez le preguntaron a un célebre alpinista por qué se empeñaba en subir el Everest y él contestó enigmáticamente: "Porque está ahí".

Entre los montañeros, seres de singulares idiosincrasias, tal vez la contestación es aceptable pero entre los escaladores de los escabrosos picos del conocimiento histórico esa salida es imperdonable. En verdad, las preguntas qué y por qué investigo son inseparables y sus contestaciones son muy provechosas porque muestran la relevancia del tema y los móviles detrás de su elección. Además, son el antídoto contra las tesis sin hipótesis, fenomenales esfuerzos informativos que imploran por explicaciones no evidentes. Lucien Febvre aludió al problema con más brío:

> Yo les pido que trabajen... con una buena hipótesis en la cabeza. Que no se hagan nunca coleccionistas de hechos, a lo que salga... y que nos proporcionen una historia no automática, sino problemática.
>
> De esta manera operarán sobre su época. Y permitirán a sus contemporáneos, a sus conciudadanos, comprender mejor los dramas de que van a ser, de que ya son, todos juntos, actores y espectadores. Así es como aportarán los más ricos elementos de solución a los problemas que turban a los hombres de su tiempo.[38]

II. Al encuentro del problema

El tema-problema

Si es cierto que el asunto de la investigación no brota, se busca, entonces ¿cómo se procede? Lo primero es señalar un tema-problema. El investigador parte de una cuestión ignorada parcial o completamente, o quizás mal interpretada. Eso implica descubrir un problema, una dificultad que reclama una investigación. Los libros digeridos, los cursos de historia y la vida cotidiana suelen sugerir temas, preocupaciones e inquietudes sobre el pasado. La sociedad actual es una cantera de problemas no resueltos que desafían las capacidades de los historiadores. Algunos de los frentes inmediatos que reclaman contestaciones renovadas son, por ejemplo:

1. las relaciones conflictivas entre los sexos y la insatisfacción femenina ante la sociedad presidida por hombres que dictan compases y reclaman superioridades glandulares;
2. la degradación del valor humano y social del trabajo, sobre todo de los oficios manuales;

[38] Lucien Febvre, *Combates por la historia*. Trad. de Francisco J. Fernández Buey y Enrique Argullol, Barcelona, Ediciones Ariel, 1970, pp. 70-71.

3. las retóricas políticas como máscaras despiadadas de diferencias reconciliables;
4. la música popular como fuente del sentir de las masas, con sus aciertos y enajenaciones;
5. el auge del criollismo en las artes y las letras como afirmación de lo puertorriqueño o como añoranza de un pasado caduco;
6. el incremento de los niveles de consumo en una economía dependiente;
7. el autoritarismo en la familia, la Iglesia y el Estado;
8. la relación entre el papel militar estratégico de Puerto Rico y los procesos de transformación y continuidad política, económica y social.

La incapacidad del Estado y la sociedad para resolver los graves problemas actuales demuestra que la proximidad física no garantiza su comprensión. Por el contrario, obliga a ensayar el análisis histórico a partir de premisas más exigentes, capaces de aquilatar el peso del pasado, de las etapas temporales y materiales de viejos conflictos recalcitrantes y de las correlaciones entre factores de origenes diversos.

Sin duda alguna, es más fácil detectar las áreas generales que concretarlas en un tema-problema. Pero tampoco es una proeza irrealizable si aplicamos varios criterios inescapables, no importa el tema por investigar.

El estado de la cuestión

Para no andar sobre lo andado tenemos que saber qué se ha hecho y qué falta por hacer. Las bibliografías y los ficheros de las bibliotecas ofrecen un balance rápido del trabajo realizado por otros.[39] Esta no es una tarea mecánica pues el repaso de listas de libros, sin criterios críticos, no salvará nuestra ignorancia inicial. Con frecuencia, la lectura de un libro economiza el esfuerzo de consultar varias decenas de otros sobre el mismo tema, si de antemano precisamos la solidez de los autores y la evidencia que manejan. Es deber de todo investigador reconocer el esfuerzo ajeno, asimilar los logros, descartar las conclusiones blandas y lanzar nuevas interpretaciones. Por ejemplo, si nos interesa conocer el sistema esclavista en Puerto Rico y las diferentes

[39] Ver, por ejemplo, María de los Angeles Castro, María Dolores Luque de Sánchez y Gervasio Luis García, *Los primeros pasos. Una bibliografía para empezar a investigar la historia de Puerto Rico*. 2da ed. revisada y aumentada. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1987.

formas en que los esclavos trabajaron y expresaron sus insatisfacciones, el punto de partida es la *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico* de Luis M. Díaz Soler. Así constataremos que el descubrimiento de conspiraciones y rebeliones esclavas no es de fecha reciente sino de 1953, a partir de una obra que puede ser enriquecida y superada en muchos aspectos pero nunca pasada por alto ni desaprovechada.[40]

La problematización

El historiador no debe perderse en el estudio de épocas ni deslumbrarse por los individuos singulares (aunque no soslaya ni lo uno ni lo otro); más bien procura centrarse en el estudio de problemas vivos de la gente en sociedad. Rescata datos olvidados o recompone los conocidos con el fin de resolver una cuestión oscura y resbalosa. A veces pone a prueba viejas contestaciones en contextos distintos. Por ejemplo, la contaminación del ambiente, la cosificación de los sentimientos y de las personas, el derroche de los recursos naturales irremplazables, el tránsito alocado del campo a la ciudad y el caos urbano arrancaron de la revolución industrial inglesa del siglo XVIII. Fueron el resultado del triunfo de la economía orientada por la búsqueda de la ganancia y del rústico individualismo de los capitanes de industria, incompatibles en la mayor parte de los casos con el urbanismo planificado, el uso racional de la naturaleza y la valorización de los demás por sus cualidades humanas y no por sus atractivos crematísticos en el mercado de mercancías.

A fines de 1940 y comienzos de los '50, casi 200 años después, ocurrió en Puerto Rico una transformación similar. ¿Se repitió porque nuestros gobernantes fracasaron en sus cursos de historia y olvidaron las lecciones del pasado o porque entraron en juego las mismas fuerzas con las que colaboraron entusiasmadamente? ¿Se sostienen todavía las explicaciones decimonónicas sobre los orígenes y las consecuencias del auge de la industria y el capitalismo? Estas y otras preguntas sirven para enhebrar el tema y darle el impulso inicial. Lo que importa es que la preocupación rectora no es la recopilación de cifras, nombres, programas, etc. sino la formulación de un problema que le dará sentido y estructura a los datos indispensables, es decir, el investigador transforma temas en problemas y sugiere soluciones expresadas como respuestas tentativas, como hipótesis.

---

[40] Luis M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*. Madrid, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico y la Revista de Occidente, 1953.

La hipótesis

Algunos diccionarios definen hipótesis como una "suposición imaginada" pero otros, con más precisión, insisten en que es una

> explicación razonable de cierta cosa, que se admite provisionalmente como base para llegar a una consecuencia, como punto de partida para una investigación o como arranque de un argumento, aunque su verdad no esté comprobada.[41]

Una hipótesis es salida y llegada, una conclusión preliminar, una contestación que busca la evidencia de su validez. Las hipótesis no estallan espontáneamente; suponen unas lecturas previas que permiten la formulación de preguntas-guías o de soluciones cautelosas.

A veces encontramos hipótesis en historias ajenas. Por ejemplo, Raúl Cepero Bonilla demuestra con gran fuerza el estrecho vínculo entre el azúcar, la esclavitud y la insurrección de 1868 en Cuba y concluye, entre otras cosas, que estalló primero en Oriente y no en las provincias occidentales porque en la primera la esclavitud no era la base de la economía.[42] Los independentistas-esclavistas occidentales querían derrotar a España pero en terreno oriental porque temían que la guerra en patio propio sublevaría sus "negradas" y destruiría sus propiedades. ¿Es posible establecer, por analogía, una hipótesis similar en torno al Grito de Lares? ¿Es válida la sospecha de Betances de que los azucareros puertorriqueños no se sumaron a la lucha independentista por temor a perder "sus negros y sus pailas"? En este caso no buscamos confirmar que la historia se repite sino orientar los primeros esfuerzos investigativos en una dirección. Frente a la inmensidad y la complejidad del tema la hipótesis señala una pista, una relación entre factores, un punto de despegue para rebuscar en los archivos y las bibliotecas.

Claro está, hay hipótesis y hay hipótesis. Una hipótesis aceitosa provocará una investigación empantanada y movediza. El ejemplo clásico de la hipótesis banal es la que aventura precisar el lugar del desembarco de Colón. Pero hay otras con más empaque que resultan huecas, sobre todo las que intentan probar lo probado. Por ejemplo, desde el Imperio Romano se sabe que la esclavitud, como sistema

---

[41] María Moliner, *Diccionario de uso del español*. Madrid, Editorial Gredos, 1984, 2 vols., II, p. 50.

[42] Raúl Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición*. 3ra ed., Barcelona, Editorial Crítica, 1976.

económico, era rentable. Por lo menos desde Adam Smith también se conoce que los trabajadores libres fueron más productivos que los esclavos. El intento de probarlo en Puerto Rico mostraría una diferencia de grados pero no de substancia. Hay, pues, problemas ajenos a las hipótesis más relevantes y urgentes.

Las hipótesis también deben ser alcanzables. Exigen sobre todo unas fuentes asequibles. De nada vale flamear corazonadas inquietantes que nunca encontrarán apoyo documental. Los temas más hermosos y los entusiasmos más ardientes se marchitan en ausencia de la evidencia apropiada. Igualmente importantes son las cronologías realistas. Uno quisiera investigar la tenencia de tierras desde el siglo XVI hasta hoy o la historia de la educación de los últimos dos siglos pero ¿disponemos del tiempo, los recursos económicos y los documentos para navegar las dimensiones oceánicas del tema? Es más plausible estudiar los desiguales repartimientos de tierras baldías en Salinas entre 1810 y 1850 o la educación en San Juan durante la segunda gobernación represiva de José Laureano Sanz. El estudiante no debe eternizar la investigación y redacción de la tesis.

Ejemplos de hipótesis

Las siguientes hipótesis, propias y prestadas, ilustran las consideraciones anteriores.

a. El nacionalismo decimonónico no fue una ideología de masas analfabetas sino de élites. En la Europa central y oriental no cautivó a las multitudes campesinas. En el Puerto Rico agrario del siglo XIX el nacionalismo nació con más fuerza entre los profesionales.

b. Al faltar el Situado a partir de 1810 la posesión de buenas cantidades de moneda facilitó el control del poder económico. Los inmigrantes portadores de capitales, sobre todo los procedentes de Venezuela, se convierten pronto en parte de la capa dominante de la sociedad puertorriqueña.

c. La Ley McKinley de 1890, al no admitir azúcares refinados y obstaculizar la entrada del tabaco elaborado en el mercado norteamericano, hizo de Cuba y Puerto Rico factorías empobrecidas o prósperas según el capricho o los intereses de la nación dominante y transfirió de España a los Estados Unidos el vínculo colonial.

d. Las mujeres han sido víctimas de sus propios cuerpos y por lo tanto vulnerables a la opresión masculina. Las enfermedades ginecológicas, las inescapables maternidades impuestas por los hombres y los

azares de los alumbramientos contribuyeron a la subordinación social de la mujer. Al liberarse de estas ataduras con ayuda de los avances médicos (posibilitadores de mejores cuidados físicos, control de la natalidad y abortos seguros) allanaron el camino del feminismo moderno.

e. El mercado es la primera escuela donde la burguesía aprende el nacionalismo.

f. La tierra es redonda.

Mas no bastan las hipótesis solitarias. Ello se debe a que la realidad es sumamente rica y compleja, compuesta de toda una serie de niveles y dimensiones, cuyos elementos están estructurados en una tupida red de relaciones de interacción e interdependencia. Ningún aspecto, objeto o acontecimiento particular se da aisladamente, sino que remite por fuerza —y de maneras muy diversas— a otros factores o elementos más abarcadores de la realidad en que está inscrito. Las hipótesis individuales, pues, no suelen ser autocontenidas ni autosuficientes, sino que remiten obligadamente a todo un grupo o manojo de hipótesis más o menos relacionadas o emparentadas.

Por razones análogas estos ramilletes de hipótesis afines descansan sobre una serie de presupuestos de fondo y alcance amplios que perfilan el contorno general en que se inscribe el problema investigado. Estos presupuestos fundamentales suelen integrarse articulada y sistemáticamente en una teoría de mayor o menor nivel la cual a su vez puede remitir a otras teorías emparentadas o de mayor generalidad. De esta manera, tenemos toda una jerarquía de planteamientos, todos ellos conjeturales pero no arbitrarios, que van de lo más concreto a lo más abstracto, de la hipótesis individual hasta la teoría más amplia y abarcadora.

Las teorías nos ofrecen "mapas" de una amplia gama de la realidad. Tienen la virtud de propiciar la precisión de las vastas colindancias del problema, la organización de los factores envueltos y la confección de un modelo que permita ir a las fuentes más provechosas. Encauzan los primeros tanteos de la investigación y, si resisten la confrontación con la evidencia, sostendrán el producto final. Pero en su fuerza está su limitación: simplifican la definición del problema mediante la abstracción del entorno pero no nos muestran la proyección particular de las acciones humanas ni substituyen la materia prima con que se amasa la historia.

El modelo

En la comprensión del problema histórico es por ello conveniente la confección de un modelo del problema investigado. Aunque en el lenguaje ordinario los términos "hipótesis", "teoría" y "modelo" suelen usarse intercambiablemente, para efectos de la disciplina historiográfica resulta provechoso distinguirlos —en aras de la claridad y la precisión conceptual— en función de sus respectivos grados de generalidad y abstracción. En este sentido, el modelo viene a ocupar un lugar intermedio entre la máxima concreción (pero mínima amplitud o generalidad) de una hipótesis individual y la máxima abstracción y generalidad (pero mínima precisión) de una teoría de envergadura.

El modelo suele definirse como un "conjunto de hipótesis referente a un sistema de relaciones" o un "esquema simplificado y simbólico destinado a proporcionar un marco de razonamiento riguroso para explicar cualquier género de realidad", según Manuel Tuñón de Lara y Madeleine Gravitz.[43] El ejemplo más común de modelo es el del modo de producción de un sistema económico y social específico. Aplicado al capitalismo en que vivimos, el modelo dice así:

1. Es una sociedad caracterizada por el predominio de la producción de mercancías destinadas a ser intercambiables en el mercado y no meramente al uso inmediato. En ella sobresale la producción industrial.
2. El trabajo asalariado es el molde principal del trabajo social. Su corolario es el control de los medios de producción por una clase particular y la superioridad de las grandes empresas tanto a nivel nacional como transnacional. Esto da lugar a la dominación de unas economías sobre otras y a la creación y la perpetuación del tercer mundo empobrecido y subordinado.
3. La producción y la vida entera están orientadas por la búsqueda y la acumulación de la ganancia.[44]

En este caso el modelo es una abstracción conceptual que explica la operación de la vida material de una sociedad particular. Su utilidad se mide por su alcance general (válido para más de un caso) y su capacidad para precisar realidades concretas. Ni que decir que el capitalismo

[43] Manuel Tuñón de Lara, *Metodología de la historia social de España*. 5ta ed., Madrid, Siglo XXI, 1984, pp. 167-168.

[44] E.J. Hobsbawm, *Industry and Empire*. 2nd ed., England, Penguin Books, 1969, p. 66.

es más complejo que su modelo pero este último facilita el estudio de su esqueleto y sus ligamentos.

Los niveles de abstracción varían de acuerdo a lo estudiado. En la historia, como en el resto de las ciencias, no hay llaves maestras porque la adecuacidad de una teoría está en función del problema específico que pretende iluminar. Lo que es válido para un caso no lo es necesariamente para otro. Al respecto, para definir los fundamentos de la condición humana, como hice al principio de este ensayo, es suficiente aludir al trabajo, a su capacidad de transformar la naturaleza. Mas para explicar la situación de los obreros del siglo XIX o XX no es adecuado porque deja escapar lo específico: el trabajador ya no labora como esclavo o siervo de las haciendas azucareras y cafetaleras sino como un asalariado. Por otra parte, el modelo como representación idealizada de un tipo de realidad o de un proceso, cumple la función de puente o mediación necesaria y útil entre la generalidad característica de las teorías y la particularidad de las hipótesis individuales.

En vista de que las consideraciones de los párrafos anteriores son insoportablemente abstractas, estos principios fundamentales de la investigación pueden concretarse con ayuda de la obra de Andrés A. Ramos Mattei sobre la Hacienda Mercedita.[45]

tema: La hacienda azucarera en el siglo XIX

problema: ¿Por qué sobrevivió la Hacienda Mercedita cuando otras zozobraron?

teoría: En la economía pre-industrial el capital comercial domina la agricultura. Históricamente, los comerciantes no han sido agentes de cambio. En esa circunstancia, cualquier intento de mudar la economía tendrá que lidiar con la estructura crediticia dominada por las capas comerciales. En la medida en que los renovadores puedan reclutar su apoyo o esquivar sus garras será posible efectuar una transformación sensible del sistema productivo imperante. En el contexto colonial estos factores se magnifican.

hipótesis: La Hacienda Mercedita resuella porque en vez de renovarse a corto plazo al precio de grandes deudas, se modernizó gradualmente y no dependió de un solo producto.

modelo: El ingenio azucarero décimonónico operado con una técnica rudimentaria, dependiente del crédito mercantil y de la política

[45] Andrés A. Ramos Mattei, *La hacienda azucarera. Su crecimiento y crisis en Puerto Rico (siglo XIX)*. San Juan de Puerto Rico, CEREP, 1981.

arancelaria española estaba constreñido a modernizarse por la competencia del azúcar de remolacha, el desplome de los precios y la apetencia del consumidor por azúcares más refinados. Esa transformación requería grandes capitales propios o largos préstamos que pesaban como espadas de Damocles. En momentos en que impera una gran incertidumbre en el mercado azucarero internacional y una estructura crediticia de viejo régimen, se potencian los peligros que acarrea la fundación de una central moderna (escasez de mano de obra, necesidad de multiplicar la superficie cultivada y de innovar las pobres comunicaciones, etc.). El fracaso de la primera central moderna fundada en Puerto Rico en 1873 y el éxito del ingenio de Juan Serrallés muestran los problemas de hacer una revolución tecnológica en una economía colonial.

Este esquema, valga la pena decirlo, surge de un trabajo acabado. En la práctica, el punto de partida es más crudo y menos preciso, y es sobre la marcha que a menudo se trazan las hipótesis y los modelos. En vez de un proyecto cuajado solemos arrancar de unos cuestionamientos nutridos de principios sencillos y del conocimiento depurado de los que nos precedieron.

Salta a la vista también que, a diferencia del esquema anterior, más de una teoría está detrás de las hipótesis y los modelos. Destaco sólo una de ellas con la intención primordial de desgajar y explicitar una de las ideas rectoras de la investigación sobre la historia económica decimonónica. En la investigación de Ramos Mattei operan otras teorías igualmente importantes ligadas a la tesis central. En el caso de la mano de obra el principio de que en ausencia de un excedente de mano de obra libre el trabajo esclavo es atractivo por disciplinado y regular, a diferencia del libre que es laxo y anárquico. Respecto al comercio general del azúcar está presente la idea de que las naciones industrializadas imponen los términos del intercambio a los países agrícolas. La emancipación tardía de América Latina y la perpetuación del colonialismo en algunas de sus partes provocó su desventaja en la carrera por la industrialización.

Recordemos que las teorías son principios generales que explican fenómenos análogos pero no lo contienen todo y en la práctica sufren modificaciones. En el caso de las sociedades pre-industriales y precapitalistas del mundo occidental es válido creer que los comerciantes en conjunto (intermediarios entre los productores y los consumidores) no promovieran cambios drásticos progresistas. Sin embargo, ésto no operó siempre así tal vez porque algunos combinaron la distribución

de mercancías (actividad parasitaria, según los fisiócratas del siglo XVIII) con la producción de frutos de la tierra o la creación de pequeñas industrias. Por lo tanto, el caso de Leonardo Igaravídez no es anómalo aunque sí excepcional: el fundador de la primera central puertorriqueña fue comerciante en San Juan y azucarero en Vega Baja.

La concreción de las hipótesis y las teorías se expresa en los modelos materiales que hacemos nosotros mismos o en las obras maduras de otros historiadores. La lectura de los trabajos que analizan problemas similares a los nuestros ayuda a:

1. Rastrear las fuentes más afines a las hipótesis y a medir su rendimiento real.
2. Espantar el miedo que sentimos al enfrentarnos al tema por primera vez porque nos enseña que es agarrable y atacable de diversas maneras.
3. Enriquecer nuestros conceptos mediante la apropiación de los ajenos. Estos préstamos son práctica legítima y acostumbrada en las comunidades intelectuales siempre que se reconozcan las deudas con las aportaciones de otros.[46]

Algunos textos que contienen modelos de trabajo útiles a la investigación de temas claves de nuestra historia son, por ejemplo:

azúcar:
Manuel Moreno Fraginals, *El ingenio: complejo económico social cubano del azúcar.* La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, 3 vols.

café:
William Roseberry, *Coffee and Capitalism in the Venezuelan Andes.* Austin, University of Texas, 1983.

ciudad:
Jorge E. Hardoy y Richard P. Schaedel (comp.), *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia.* Buenos Aires, Ediciones SIAP, 1975.

---

[46] Por ejemplo, esta sección se nutre grandemente de Mario Bunge, *La investigación científica.* Trad. de Manuel Sacristán, Barcelona, Editorial Ariel, 1975.

demografía:
Jean-Louis Flandrin, *Orígenes de la familia moderna. La familia, el parentesco y la sexualidad en la sociedad tradicional.* Trad. de Marco Aurelio Galmarini, Barcelona, Editorial Crítica, 1979.

desarrollo y subdesarrollo:
Paul A. Baran, *La economía política del crecimiento.* Trad. de Nathan Varman, México, Fondo de Cultura Económica, 1973.

esclavitud y emancipación:
Eugene D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll. The World the Slaves Made.* New York, Pantheon Books, 1974.

estado:
Douglas Friedman, *The State and Underdevelopment in Spanish America: The Political Roots of Dependency in Peru and Argentina.* Boulder, Colorado, Westview Press, 1984.

historia global:
Eric R. Wolf, *Europe and the People Without History.* Berkeley, University of California Press, 1982.

ideología:
Christopher Hill, *The World Turned Upside Down. Radical Ideas During the English Revolution.* 8th ed., London, Penguin Books, 1985.

mentalidades:
Jacques Le Goff, *The Birth of Purgatory.* Trad. de Arthur Goldhammer, Chicago, The University of Chicago Press, 1984.

mezclas y conflictos raciales:
Verena Martínez-Alier, *Marriage, Class and Colour in Nineteenth-Century Cuba. A Study of Racial Attitudes and Sexual Values in a Slave Society.* Cambridge, Cambridge University Press, 1974.

microhistoria:
Luis González, *Pueblo en vilo. Microhistoria de San José de Gracia.* México, El Colegio de México, 1968.

mujer:
Asunción Lavrin (ed.), *Las mujeres latinoamericanas. Perspectivas históricas.* Trad. de Mercedes Pizarro de Parlange, México, Fondo de Cultura Económica, 1985.

niñez:
Lloyd de Mause (ed.), *The History of Childhood.* New York, Harper & Row, 1975.

política:
Maurice Zeitlin, *The Civil Wars in Chile (or the Bourgeois Revolutions That Never Were).* Princeton, Princeton University Press, 1984.

precios:
Enrique Florescano, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810).* México, El Colegio de México, 1969.

sexualidad:
Philippe Ariès *et al. Sexualidades occidentales.* Trad. de Carlos García Velasco, Argentina, Paidós, 1987.

sistemas de trabajo:
Eric Foner, *Nothing But Freedom. Emancipation and Its Legacies.* Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1983.

tabaco:
Jean Stubbs, *Tobacco on the Periphery. A Case Study in Cuban Labour History, 1860-1958.* Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

trabajadores:
Eric Hobsbawm, *El mundo del trabajo. Estudios históricos sobre la formación y evolución de la clase obrera.* Trad. de Jordi Beltrán, Barcelona, Editorial Crítica, 1987.

trabajo:
Harry Braverman, *Labor and Monopoly Capital. The Degradation of Work in the Twentieth Century.* New York, Monthly Review Press, 1974.

III. La estrategia de la investigación

La propuesta de tesis

En las escuelas profesionales de historia, las corazonadas, las preocupaciones presentes, las hipótesis y las teorías sobre el comportamiento humano y las fuentes bibliográficas afines a ellas suelen encuadrarse y expresarse en una propuesta de tesis. Esta no es una mera carta de presentación ante los miembros de los programas graduados sino un instrumento útil para darle forma y especificar las premisas, los límites y las posibilidades del tema central de la investigación. Es una toma de conciencia del precio que exige investigar un problema histórico y una guía de trabajo que será modificada sobre la marcha a medida que la evidencia o perspectivas nuevas descarten o maticen los postulados iniciales. La propuesta de tesis contiene lo siguiente:

1. título
2. descripción del tema principal
3. objetivos (hipótesis)
4. bosquejo preliminar
5. justificación del tema (qué se ha hecho y qué falta por hacer; pertinencia del problema)
6. bibliografía
7. plan de trabajo
8. director de tesis

(Ver ejemplo de propuesta en el Apéndice 1).

La táctica

Desde que definimos el problema a investigar y trazamos las hipótesis ya asoma el plano más amplio de la estrategia y la táctica de la investigación. A las preguntas rectoras encerradas en el tema-problema añadimos otros pasos dirigidos a orientar la consulta de las fuentes inmediatas.

a. *Fuentes y plan de ataque*

Pensar un problema a investigar conlleva la precisión y localización de las fuentes más afines. Es una operación simultánea que economiza pasiones frustradas. A veces las fronteras entre los temas no son nítidas: por ejemplo, a la historia política suele llegarse a partir de los documentos que nos ayudan a armar la estructura de las clases sociales y sus capas internas, los episodios económicos cotidianos, los

intercambios de mercancías, la correlación internacional de fuerzas, etc. Es decir, la historia política no se hace únicamente con discursos y programas políticos aunque no podemos prescindir de ellos.

Es vital la selección de las fuentes más próximas a los acontecimientos, preferiblemente las que emiten los participantes, las llamadas *fuentes primarias*. No es lo mismo leer lo que dijeron los sobrevivientes de la masacre de Ponce que depender exclusivamente de la versión de *El Mundo* o *El Imparcial*. Las reseñas de segundas o terceras personas no son mejores ni peores que las demás pero si existen las de primera mano es saludable privilegiarlas y contrastarlas con las *fuentes secundarias* (las que filtran los testimonios originales, las que hablan de lo que otros hicieron).

Entre las fuentes primarias figuran también las evidencias audiovisuales tales como los noticieros y programas de radio y televisión, los documentales, las grabaciones (e.g. discursos de políticos), álbumes de fotos, etc. Las entrevistas a los testigos de los procesos investigados pueden ser ricas fuentes de investigación que el historiador confrontará con datos de otras procedencias y con el mismo rigor crítico que aplica a los documentos escritos.

La mejor manera de mojar la pluma es ir de lo general a lo particular. La lectura de las historias generales ayudan a precisar el elenco de los acontecimientos y a trazar las cronologías básicas. La tentación de comenzar por los periódicos es grande pero debe resistirse y más si no están desglosados, como sucede en la mayor parte de las bibliotecas. Vamos a los periódicos cuando podemos situar los hechos cronológicamente; de lo contrario, el tiempo que se consume en la búsqueda de datos no guarda proporción con los resultados. No todos los periódicos se prestan para agilizar la investigación: por ejemplo, si queremos investigar la historia actual de Arecibo con ayuda de los periódicos, cualquier publicación local traerá más información del pueblo que el *San Juan Star* o *El Mundo*.

Por otro lado, aunque el periódico de noticias generales es imprescindible no es siempre la fuente óptima de algunos temas. Si buscamos explorar la agricultura de fines del siglo XIX la *Revista de Agricultura, Industria y Comercio* es más útil que el *Boletín Mercantil* (aunque éste a veces ofrecerá datos de las transacciones cotidianas que la primera silencia). Hay periódicos y revistas más afines a las áreas investigadas: para estudiar a los obreros organizados *Unión Obrera* es más rendidora que *La Democracia* pero ésta no puede pasarse por alto porque dará el punto de vista de un sector de la clase propietaria. En este caso

mientras *Unión Obrera* se lee totalmente. *La Democracia* será consultada más selectivamente, sobre todo cuando las acciones obreras rompen la monotonía cotidiana (*e.g.* huelgas, fundación de un partido obrero, concertación de una alianza, etc.).

No es posible elaborar una táctica aplicable a todos los temas pero el estudio comparado de otros ensayos históricos sobre problemas comunes es provechoso. Al comparar metodologías y resultados ponemos a prueba —como el científico en el laboratorio— hipótesis y evidencias semejantes a las nuestras. Al conocer los diversos planos de ataque en torno a un mismo tema estructuramos las acciones más seguras.

b. *Extracción y clasificación de la materia prima**

1) la ficha bibliográfica

Las fuentes primarias y secundarias se guardan en ficheros, distintos de los que guardan las fichas temáticas. El título y la procedencia se anotan y se conservan en ficheros organizados por temas o por autores en orden alfabético. A medida que progresa la investigación tenemos a la mano el balance de las fuentes localizadas y consultadas. Para estos fines las *index cards* (3 × 5) son las más convenientes y las cajas de zapatos son los ficheros más baratos, tan útiles como los de plástico o de madera. Con ayuda de este fichero se confeccionarán tanto las notas al calce como la bibliografía final.

---

* En un tiempo tal vez no muy remoto estas consideraciones sobre la recolección y organización de datos en fichas serán superadas por el uso de las computadoras. Esta es un instrumento valioso para almacenar bibliografías, informaciones, estadísticas, etc. y para redactar y reproducir el resultado de las investigaciones. Pero mientras la mayor parte de los estudiantes no tengan los recursos para usar computadoras portátiles en los archivos y bibliotecas, la recolección y ordenación de datos en fichas serán imprescindibles.

Ejemplos de fichas bibliográficas de fuentes manuscritas e impresas:

"Expediente reservado sobre Reclamación hecha por [esta] Intendencia para que se revoque [ilegible] de la Junta Superior Contenciosa de Real Hacienda en la causa de introducción clandestina de esclavos en el puerto de Guayama", A.G.P.R., Real Audiencia, Real Acuerdo, caja 5-A, 1836-1837, no. 4, 6 de marzo de 1837.

Guzmán Rodríguez, Manuel

Epistolario del Dr. Betances. Mayagüez, Tipografía Comercial, 1943.

En las fichas bibliográficas es útil añadir cualquier comentario personal o información adicional que el investigador considere oportuna. Puede ser, por ejemplo, la biblioteca donde se encuentra y su número de catalogación u otra descripción que ayude a recordar algo: si tiene alguna foto sugerente, si incluye apéndices documentales que interesan, si contiene una bibliografía amplia y estimulante, etc.

2) La ficha temática

Es la ficha de trabajo (de tamaño 4 × 6 ó 5 × 8) en la que se desglosa la información extraída de las fuentes. Al principio de la investigación, cuando todavía no dominamos el tema y todo nos parece importante, estamos tentados a copiar literalmente las partes que nos interesan de los manuscritos y los libros consultados. Y aun cuando la pesquisa está avanzada a veces dudamos si debemos reproducir la fuente o resumirla. En ese caso es mejor copiar textualmente y posponer la decisión de digerirla o citarla directamente para el momento de la redacción final. De todas maneras, el historiador es selectivo y evita la tontería de copiar todo el documento. Si lo hace no sólo pospone la inevitable tarea de extraer lo más importante sino también imposibilita la ordenación más racional de la información en vista de que en un documento coexisten datos de diversa naturaleza. Es decir, duplica el trabajo.

La función de la ficha de trabajo no es meramente recoger los datos sino darles una organización primaria tales como la procedencia, el tema general, el tema específico y la fecha. En la esquina superior izquierda se indica el autor, el título del libro y la página citada (no repitas el lugar de publicación y la editorial porque ya los tienes en la ficha bibliográfica); si se trata de un documento manuscrito, anota el título del documento, el archivo de donde procede, el número de la caja, del legajo y de la página o del folio. Para economizar tiempo esta información debe resumirse. El deseo de adelantar la investigación tienta en ocasiones a hacer dos fichas en una: la bibliográfica y la temática, pero esta mezcolanza dificultará la redacción de las notas al calce y del inventario final de las fuentes.

En la esquina superior derecha se indica el tema general a que corresponde el contenido de las fichas que servirá para colocarla en el lugar correspondiente del fichero temático. Además, es imprescindible agregarle el tema específico que facilitará la organización de las fichas en el momento de redactar la tesis; igualmente ayudará a conocer con rapidez el contenido de la ficha.

Ejemplo de ficha temática de cita textual (fuente impresa):

Guzmán, *Epistolario...*, pp. 4-5 Carta de Betances a Hostos: 1. II. '71 Jacmel, Haití	Betances ante liberalismo colonial: condena espejismos reformistas 1871

"Puerto Rico está en una borrachera completa. Allí están borrachos con las reformas que no les han dado. Se han emborrachado por el olfato. Es el espectáculo más raro y triste el de todo un pueblo –chicos y grandes– celebrando las libertades que cree tener y no tiene. Así es que ahora podemos decirnos [illegible]. Ellos se han cansado de llamarnos locos y nosotros [illegible] ahora quienes podemos contemplarlos casi con compasión. Parece aquello una reunión de dementes, bailando sin música. Tal vez el baile no dure mucho tiempo. Es lo único que puede consolar. Desde que [illegible] la vista [illegible] a [illegible], todos ellos tienen que ver que no hay [illegible]."

La cita anterior también puede resumirse. El investigador decidirá cuándo citar textual o indirectamente.

Ejemplo de cita indirecta (resumen de la cita directa anterior):

Guzmán, *Epistolario...*, pp. 4-5 Carta de Betances a Hostos, 1. II. '71 Jacmel, Haití	Betances ante liberalismo colonial: condena espejismos reformistas 1871

Betances expresa su escepticismo frente a las libertades recortadas implantadas por España. Está convencido de que los liberales han perdido contacto con la realidad y [illegible] una decepción.

c. *En la víspera de la redacción: organización de los resultados*

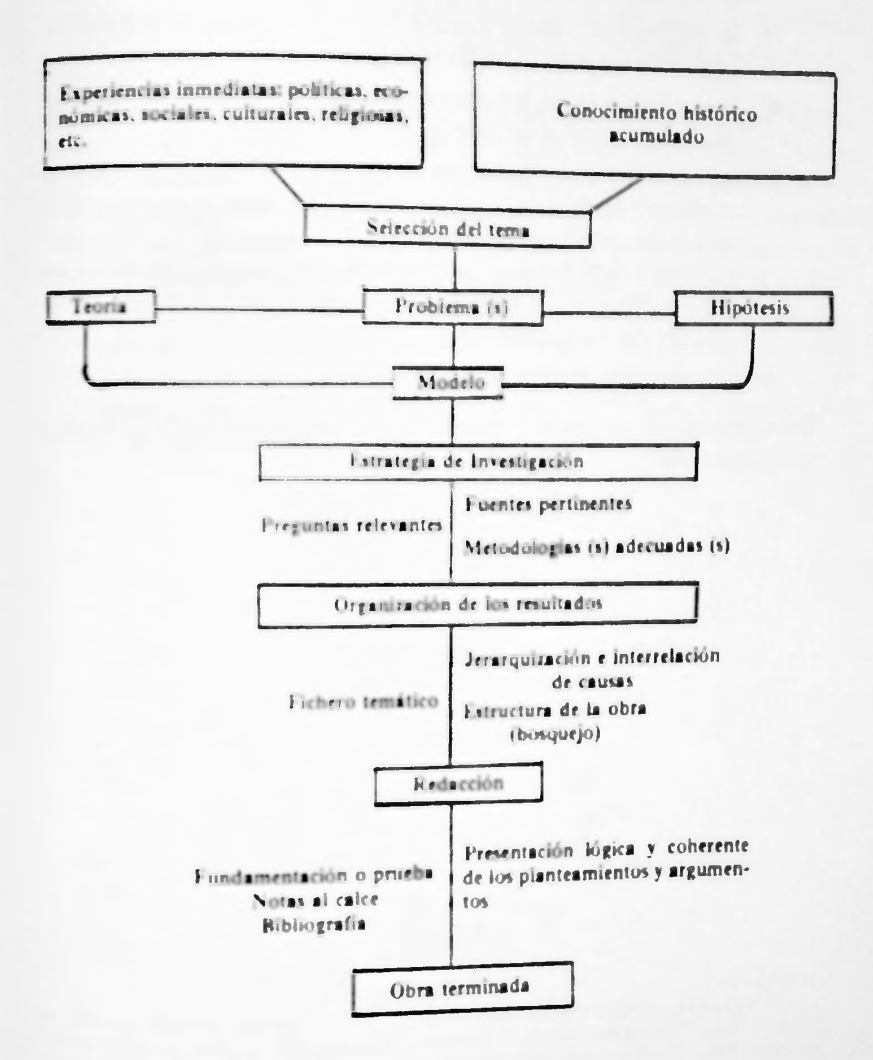
El bosquejo que sirvió originalmente para la propuesta de tesis (a estas alturas inevitablemente modificado) es el esqueleto ideal para encajar los cientos de fichas acumuladas. Usualmente el croquis acostumbrado del orden de la información suele ir de lo general a lo específico y de lo lejano a lo próximo. Sin embargo, la tradición no debe aplastar otros criterios. ¿No es igualmente interesante invertir el tiempo y comenzar por la historia inmediata para llegar a los antecedentes más distantes? Es lo que B.H. Sumner hace en su *Historia de Rusia* con logros interesantes raras veces imitados.[47] Es plausible que el relato de las largas etapas de la experiencia histórica despierte mayor interés si enfocamos primero lo más familiar para luego alcanzar sus comienzos más recónditos.

d. Redacción

Ningún manual o curso académico enseña a redactar de manera amena, didáctica e inteligente. No es lo mismo escribir correctamente (a lo que ayudan mucho las clases de redacción y estilo) que redactar con estilo original, vigoroso e interesante. El estilo del historiador es fruto no sólo de los conocimientos de gramática y sintaxis sino también de largas lecturas, disciplina y trabajo arduo para decir las cosas de manera no trillada y sobre todo del uso constante del diccionario y el zafacón a la hora de revisar los borradores. En otras palabras, es hijo de la práctica y la experiencia críticas.

[47] B.H. Sumner, *Historia de Rusia*. Trad. de Teodoro Ortiz, México, Fondo de Cultura Económica, 1944.

ETAPAS DE LA INVESTIGACION HISTORICA



Pero no hay que envejecer para redactar bien y evitar errores elementales, tales como:

1) los sermones y las condenas estridentes;
2) el uso frecuente y abusivo del subrayado o los signos de exclamación para recalcar un planteamiento;
3) la separación entre la descripción y la explicación o entre los capítulos teóricos y los prácticos;
4) la confusión entre las citas textuales y las citas indirectas o el citar sin remitir a la fuente;
5) redactar como se habla en conversaciones informales sin el cuidado y el rigor de la palabra escrita. No cuesta mucho evitar el uso incorrecto de palabras (*e.g.* "implementar" por implantar); las muletillas (*e.g.* los "o sea" que le crispan la prosa a Luis Rafael Sánchez y otros) y la repetición de palabras sin el auxilio de sus sinónimos;
6) los párrafos de una sola oración.[48]

Recuerda que no se puede explicar lo que no se puede expresar clara y coherentemente.

[48] Véanse las atinadas observaciones sobre "¿A quién se habla?" y "Cómo se habla" en Umberto Eco, *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura.* 6a ed., Trad. de Lucia Baranda y Alberto Clavería Ibáñez, México, Gedisa, 1984, pp. 177-188.

BIBLIOGRAFIA MINIMA

Los lazos inseparables entre la teoría, la metodología y las etapas de la investigación son considerados por Ciro F.S. Cardoso en *Introducción al trabajo de la investigación histórica.* 2da ed., Barcelona, Editorial Crítica, 1982. Sobre los pasos de la investigación histórica véase el capítulo 5 "Etapas y procedimientos del método histórico", pp. 135-194.

La teoría y la práctica de la investigación son explicadas por Mario Bunge, *La investigación científica.* Trad. de Manuel Sacristán, Barcelona, Editorial Crítica, 1976. Va dirigido a los que practican las ciencias naturales pero está al alcance de los historiadores. Una exposición teórica más densa es de Jerzy Topolsky, *Metodología de la historia.* Trad. de María Luisa Rodríguez Tapia, Madrid, Cátedra, 1982. Las "ciencias solidarias" de la historia son explicadas convincentemente por Ciro F.S. Cardoso y H. Pérez Brignoli, *Los métodos de la historia. Introducción a los problemas, métodos y técnicas de la historia demográfica, económica y social.* Barcelona, Editorial Crítica, 1976.

CAPITULO 3

El formato de la tesis

Las metas inescapables de los ensayos de tesis son:

1. mostrar la capacidad para definir, investigar, analizar y resolver un problema desde la perspectiva histórica;
2. aportar información fresca y una visión original de algún aspecto de la historia a partir de fuentes primarias.

La originalidad no es patrimonio de un puñado de escogidos que hacen temblar la tierra con sus obras. En realidad, está al alcance del que investiga con documentos de primera mano —los más cercanos al acontecimiento, los que todavía humean— rincones y panoramas inexplorados o pasadas coyunturas insuficientemente estudiadas. Con la ayuda de una teoría modesta pero sólida, preocupaciones relevantes y un tema inédito es posible enriquecer la historiografía del país y del contorno antillano.

1. El molde mecánico

Las tesis de maestría y doctorado están encorsetadas en unos límites rígidos pero útiles y necesarios. A primera vista parece que ante las normas establecidas todas las tesis son iguales. En la práctica, no obstante, es poderosa la tentación de hacer lo más conveniente: el uso indistinto de papeles con márgenes dibujados o sin ellos, las notas al calce o al final de cada capítulo, menos páginas de las requeridas y otros caprichos más han plagado muchas tesis. En ánimo de esquivar la anarquía tropical, sugiero los siguientes criterios:

a. *El papel:* el más apropiado es el de dimensiones de 8½" × 11" (preferiblemente de 20 libras y un 25% de fibra de algodón), sin márgenes coloreados, típicos del papel legal. Anteriormente las copias se hacían en papel cebolla pero las fotocopiadoras han facilitado el trabajo e imponen un papel más pesado.

b. *Los márgenes:* el márgen izquierdo (2") es más ancho que el derecho (½") con el fin de dejar espacio suficiente para que la carpeta o la encuadernación agarre las páginas sin ocultar parte del texto. Los márgenes superior e inferior serán de un mínimo de 1½" o de diez líneas a un solo espacio.

c. *Número de líneas por página:* para no recargar las páginas y facilitar la lectura las hojas llevan un máximo de 28 líneas, incluyendo las notas al calce. Estas últimas se escriben a un espacio pero el cuerpo del trabajo se presenta a dos espacios.

d. *Las notas al calce:* aparecen al pie de la página y, como ilustra el ejemplo que sigue, una línea de por lo menos una pulgada las separa del cuerpo del trabajo; además, se sangran. Su numeración comienza y termina en cada capítulo.

Ejemplo:

---

[25] Isabel Gutiérrez del Arroyo, *El reformismo ilustrado en Puerto Rico*. México, Asomante, El Colegio de México, 1953, p. 23.

II. La estructura general

a. *La página titular:* contiene el título de la tesis, el nombre del autor y el año. Además, incluye el nombre de la universidad, la facultad y el departamento en que se presenta la tesis. (Véase el Apéndice 2). El título corresponde al contenido y debe cumplir lo que promete. Evita los títulos demasiado largos, rebuscados o misteriosos. Conviene que sean imaginativos con el poder de transmitir la idea central de la tesis. "Un buen título —según Umberto Eco— es ya un proyecto".

b. *El índice:* recoge los títulos y sub-títulos de cada capítulo, acompañados de sus respectivas páginas.

c. *La introducción:* aquí se explican las intenciones del trabajo, el itinerario seguido (con todas sus peripecias y satisfacciones) y el alcance de las fuentes. No es el resumen de la tesis sino el propósito razonado de la investigación, las preocupaciones que la motivaron y la importancia del tema. Busca también poner las cartas sobre la mesa mediante el descubrimiento de los métodos, las fuentes y las hipótesis.

Suele ser el lugar donde revelamos y agradecemos las deudas contraídas con los que nutrieron y facilitaron el trabajo. Lo menos que debe lograr es despertar el apetito por leer las páginas siguientes. Algunos autores, como el que escribe, acostumbran destacar el apoyo recibido de amigos, colegas e instituciones, en una nota aparte. En este caso precede a la introducción.

d. *Los capítulos:* son unidades independientes pero guardan relación estrecha entre sí y están eslabonados de acuerdo a una coherencia lógica y temática. Su lugar en la redacción del ensayo histórico está determinado por su ubicación en la visión total del problema investigado. Es decir, uno no salta sin ton ni son de lo material a lo cultural, de lo general a lo particular.

e. *La conclusión:* no es una apretada síntesis de los capítulos anteriores sino el replanteamiento del nervio central de la investigación, a veces con ayuda de materiales no citados previamente. Es la oportunidad de destacar la relevancia del tema y proyectar las pistas de futuros esfuerzos.

III. Las citas

Citar o no citar es un dilema ajeno a nuestro oficio porque no hay juicio sin evidencia que lo sostenga. Por honestidad, justicia y exigencia científica el historiador reconoce la deuda con las fuentes y los autores y revela sus orígenes en las notas al calce.

El problema real es cómo y cuánto citar. La tentación de dejar que los documentos "hablen", de practicar la historia *xerox*, como gusta decir Arcadio Díaz Quiñones, siempre persigue a los historiadores. A veces responde a una objetividad ilusoria, al deseo de no contaminar los datos con opiniones propias o, en el peor de los casos, a simple haraganería intelectual.

Pero es innegable que cuando enfrentamos un documento con fuerte sabor de época tendemos a darle la palabra, a rendirnos, porque nada mejor que él puede expresar el sentir del momento. En este caso vale al pena sucumbir siempre que resaltemos lo más importante y podemos la hojarasca. Este manual no puede decirles qué es relevante y qué es superfluo, qué citar y qué descartar porque dependen de criterios personales ajustados a la materia consultada. Mas es posible delinear varias guías generales que orienten las diferentes maneras de citar.

a. *Cita textual:* es la reproducción literal de la fuente consultada. Se distingue de la cita indirecta porque aparece entre comillas o se destaca del resto del trabajo. Esto es válido para oraciones, frases o palabras sueltas citadas conforme a la letra del documento. Por lo general, cuando la cita es extensa o amerita destacarse, se sangra y se reproduce a un solo espacio sin las comillas. En raras ocasiones las citas ocupan la mitad de la página, la hoja entera o desbordan a la página siguiente. Un trabajo recargado de largas citas delata una deficiente absorción de las fuentes. Cuando la cita es corta, se pone entre comillas y corre con el resto del texto.

Ejemplo de cita textual:

> ...desgraciadamente es en tiempo de elecciones cuando oímos los trabajadores innumerables halagos, y que se titulan obreros los que nunca tomaron en la clase, ni han querido rozarse con ella por creerse gente que se denigraría su abolengo de finura, cultura, elegancia, inteligencia y pergamino.[48]

b. *Cita indirecta:* es la fuente digerida, el fruto del análisis del historiador. No es, necesariamente, lo mismo que dice el documento pero en otras palabras, sino el producto final de la reflexión, la digestión de los datos a la luz de las premisas y los juicios del historiador. Es un fraude pasar citas textuales por citas indirectas, así como citar a medias para acomodar la evidencia a las concepciones propias.

c. *Numeración de las citas:* los números de las citas aparecen al final de la oración o del párrafo citado. Algunos historiadores numeran a lo largo de la oración cuando se trata de citas indirectas pero ésto interrumpe la lectura. Todas las oraciones del ensayo histórico no tienen que remitir a las notas al calce. Estas se indican sólo cuando la fuente varía o al cabo de varias oraciones apoyadas en la misma fuente.

d. *Criterios de transcripción:* por lo general, los textos citados se reproducen en su ortografía original aunque algunos autores prefieren modernizarla cuando es anacrónica con el fin de facilitar la lectura. En este caso se indica en una nota al calce. Si falta una palabra en el original —por rotura o borradura— pero podemos inferirla por el contenido del documento entonces se pone entre corchetes. Pero si no podemos precisarla se indica la ausencia con [roto], [borrado], [ilegible], etc. A diferencia de los paréntesis, los corchetes en las citas textuales siempre indican que lo que aparece entre ellos ha sido añadido por el autor.

Cuando una oración, frase o palabra está subrayada en el original, así se transcribe; además, se indica en la nota al calce que el subrayado aparece en la fuente. A veces el autor se toma la libertad de subrayar palabras o frases con el fin de destacarlas y también lo señala en la nota al calce. (*e.g.* El subrayado es mío.)

IV. Las notas al calce

En la redacción del ensayo histórico lo más engorroso son las notas al calce. Algunos historiadores serios y renombrados las redactan caprichosamente, como una costumbre fastidiosa que se sigue a regañadientes. Sin embargo, en épocas más lejanas, otros, como Voltaire o Juan Bautista Muñoz, no acostumbraban indicar al pie de la página las fuentes consultadas. Por el contrario, hay historiadores que recargan sus libros de notas con fines más ornamentales que fundamentales: para alardear puerilmente de las largas lecturas que consumió la investigación o para proclamar que son los primeros en dar con el uso inicial de la máquina de vapor o del inodoro silente.

Para los historiadores de generaciones más recientes las notas al calce fueron parte importante del "aparato erudito" de las tesis y las publicaciones. El término quizás suena demasiado solemne pero designaba la forma de destacar las bases bibliográficas y documentales que sostenían sus informaciones. El investigador actual no es tan formal al hablar de ellas pero tampoco cree que son cosas de juego.

Desde el nacimiento de la historia científica los historiadores recurren a las notas al calce para remitir al lector a las fuentes consultadas. Conscientes de que la fe y el respeto a la autoridad del autor no son criterios para aceptar sus planteamientos, revelan sus fuentes y las pistas necesarias para que los interesados corroboren la evidencia presentada.

Hoy las notas al calce son partes inseparables de los trabajos históricos pero no hay unanimidad entre los historiadores respecto a su redacción.[49] No pretendo dar modelos universales sino insistir en la necesidad de encontrar un lenguaje común, por lo menos sobre los aspectos mecánicos del producto final de la investigación histórica. En ese ánimo sugiero los siguientes criterios como punto de partida.

---

[49] En las universidades norteamericanas las notas al calce suelen redactarse de acuerdo a las pautas sugeridas por Kate L. Turabian, *A Manual for Writers of Term Papers, Theses and Dissertations*. 3rd ed. rev., Chicago and London, The University of Chicago Press, 1967.

1. *Una vez adoptado el modelo de nota al calce debe aplicarse uniformemente en el resto del trabajo.* Confunde, por ejemplo, indicar la casa editora en algunas notas y omitirla en otras; todas las obras con casa editora deben citarse de la misma manera y en el mismo orden.

2. *El calce de la página no es el lugar para lanzar largas parrafadas.* Fernand Braudel aconseja que si lo dicho en la nota es importante entonces debe ser parte del cuerpo del trabajo. De lo contrario, se omite o se abrevia radicalmente, salvo que sea preciso elaborar un asunto de gran importancia intrínseca cuya incorporación interrumpiría el fluir del texto principal.

3. *Las notas al calce van al pie de la página y no al final del capítulo o del trabajo.* Al colocar las notas al calce el mecanógrafo trabaja más lentamente porque tiene que calcular de antemano el espacio que ocuparán en la página. Los mecanógrafos especializados solían copiar aparte las notas con el fin de precisar las líneas que consumían pero las computadoras actuales resuelven el problema sin grandes complicaciones. El propósito de incluirlas al calce es facilitar su consulta y saborearlas con el fluir del trabajo. Si no, el ejercicio de ir y venir, de principio a fin, le roba el placer a la lectura.

4. *Las notas garantizan la procedencia de las fuentes pero no la validez de las explicaciones.* El análisis es válido no sólo porque remite a hechos comprobables sino porque también descansa sobre juicios coherentes que le dan sentido a los datos. El mejor trabajo no es el que despliega más notas al calce sino el de mayor fuerza explicativa apoyada en evidencia sólida.

A. Fuentes impresas

Libros

El modelo más común de nota al calce de un libro incluye la siguiente información en este orden:

1. autor (nombre y apellidos); editor, compilador, coordinador
2. título
3. traductor
4. número de la edición
5. lugar de publicación
6. casa editora
7. año de publicación
8. total de volúmenes
9. volumen y páginas citadas

Precauciones:

a. Los títulos en español van en minúsculas a partir de la primera palabra pero en las citas de libros en inglés aparecen en mayúsculas:

e.g. Raymond Carr, *Puerto Rico: A Colonial Experiment.* New York, Vintage Books, 1984, p. 59.

b. La fecha de edición de un libro es importante porque su ubicación temporal a veces dice mucho, aun sin leer sus páginas. Por ejemplo, el que en 1890 se publicara en Mayagüez el ensayo *Federalismo y socialismo,* del anarquista ruso Miguel Bakounine muestra que algunos trabajadores puertorriqueños no eran tan provincianos. La casa editora es igualmente significativa porque ayuda a situar el libro en su contexto cultural. La aparición de un libro no es un acontecimiento solitario y aislado sino la culminación de unos esfuerzos de orígenes diversos, más allá del trabajo y el chispazo intelectual del autor. Por ejemplo, es difícil explicar la puesta en escena de la "nueva" historia puertorriqueña sin referirnos a la Editorial Huracán, auspiciadora de las primeras obras de algunos de sus representantes, cuando las editoriales tradicionales y universitarias no veían claramente su futuro en el mercado o temían la "audacia" de sus propuestas.

c. El número de la edición se indica de la segunda en adelante; igualmente el de los volúmenes si la obra consta de dos o más.

d. Todos los títulos de libros se subrayan. Pero si el texto se transcribe en una computadora con impresora entonces se reproducen en negritas.

Libros citados en notas al calce

1. primera edición:

Georg H. Fromm, *César Andreu Iglesias. Aproximación a su vida y obra.* Río Piedras, Ediciones Huracán, 1977.

2. segunda edición:

Fernando Picó, *Historia general de Puerto Rico.* 2da ed. revisada y aumentada, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1986, pp. 123-132.

Precaución:

A veces las ediciones posteriores de un libro aparecen como reimpresiones cuando el autor no altera el texto y el formato original.

Pero en este caso se trata de una segunda edición enriquecida y ampliada.

3. varios volúmenes con dos casas editoriales:

Luis M. Díaz Soler, *Rosendo Matienzo Cintrón: orientador y guardián de una cultura.* Río Piedras, Instituto de Literatura Puertorriqueña y Universidad de Puerto Rico, 1960, 2 vols., I, p. 171.

4. documento editado y publicado posteriormente como libro:

Segundo Ruiz Belvis, José Julián Acosta y Francisco Mariano Quiñones, *Proyecto para la abolición de la esclavitud en Puerto Rico presentado a la Junta de Información reunida en Madrid, el 10 de abril de 1867.* Editado por Luis M. Díaz Soler, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969, p. 20.

5. traducción:

Karel Kosik, *Dialéctica de lo concreto.* Trad. de A. Sánchez Vázquez, México, Grijalbo, 1967, pp. 125-168.

6. nueva edición con estudio preliminar:

Fray Iñigo Abbad y Lassierra, *Historia geográfica civil y natural de la isla de San Juan Bautista de Puerto Rico.* 4ta ed. con estudio preliminar por Isabel Gutiérrez del Arroyo, Río Piedras, Editorial Universitaria, 1966, p. XLIX.

7. materiales diversos de un autor:

Elihu Root, *The Military and Colonial Policy of the United States: Addresses and Reports.* Ed. por Robert Bacon y James Brown Scott, Cambridge, Harvard University Press, 1916, p. 71.

8. artículo que forma parte de un libro:

E.J. Hobsbawm, "From Social History to the History of Society", en Felix Gilbert y Stephen R. Grubard (eds.), *Historical Studies Today.* New York, W.W. Norton & Co., 1972, p. 25.

9. libro sin lugar, casa editorial ni año de publicación:

A.G. Quintero Rivera, *Lucha obrera en Puerto Rico.* s.l., s.e., s.f., [San Juan, CEREP, 1971], p. 43.

Precaución:

Cuando el libro no indica lugar, editorial ni año se utilizan las abreviaturas de arriba. Si la información se conoce por otra vía debe incluirse entre corchetes.

10. libro en dos o más volúmenes publicados en fechas distintas:

Un libro en dos o más volúmenes se cita con las fechas de edición del primer y último volumen.

Jacques Le Goff y Pierre Nora (eds.), *Hacer la historia.* Trad. de Jem Cabranes, Barcelona, Editorial Laia, 1978-1980, 3 vols., I, pp. 180-182.

11. dos autores:

C. Flamarión S. Cardoso y H. Pérez Brignoli, *El concepto de clases sociales.* Madrid, Editorial Ayuso, 1977, p. 14.

12. tres autores:

María de los Angeles Castro, María Dolores Luque de Sánchez y Gervasio Luis García, *Los primeros pasos. Una bibliografía para empezar a investigar la historia de Puerto Rico.* 2da ed. revisada y aumentada, Río Piedras, Ediciones Huracán, 1987, p. 21.

13. más de tres autores:

En las notas de libros escritos por más de tres autores se incluye sólo el nombre del primero:

Antonio Ubieto *et al.*, *Introducción a la historia de España.* 7ma ed. rev., Barcelona, Editorial Teide, 1970, p. 47.

14. colección de ensayos con editor:

Francisco A. Scarano (ed.), *Inmigración y clases sociales en el Puerto Rico del siglo XIX.* Río Piedras, Ediciones Huracán, 1981.

15. ensayo incluido en colección o serie dirigida por uno o varios historiadores:

Luis Pericot, "España prehistórica", en *Historia social y económica de España y América.* Dirigida por J. Vicens Vives. 2da ed. revisada y ampliada, Barcelona, Editorial Vicens Vives, 1971-1982, 5 vols., I, pp. 5-7.

16. documentos oficiales impresos:

United States Congress. Senate. *Hearings Before the Committee on Pacific Islands and Puerto Rico in Senate Bill 2264, to Provide a Government for the Island of Puerto Rico, and other Purposes.* 56th Congress, 1st Section, Senate Document 147, Washington, Government Printing Office, 1900, p. 96.

17. colección documental:

El proceso abolicionista en Puerto Rico. Documentos para su estudio. San Juan de Puerto Rico, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico e Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974-1978, 2 vols.: vol. 1, *La institución de la esclavitud y su crisis 1823-1873;* vol. 2, *Procesos y efectos de la abolición 1866-1896.* I, p. 74.

"Puertorriqueños ilustres", en Cayetano Coll y Toste (ed.), *Boletín Histórico de Puerto Rico.* San Juan, Tip. Cantero Fernández y Cía., 1941-1927, 14 vols., VIII, pp. 131-135.

El *Boletín Histórico de Puerto Rico,* editado por Cayetano Coll y Toste, apareció originalmente como una publicación periódica, semejante a las revistas, pero es esencialmente una colección documental.

18. informe oficial:

Junta de Planificación, Urbanización y Zonificación de Puerto Rico, *Quinto informe anual: año fiscal 1946-47.* San Juan, Administración General y Suministros, 1948, p. 4.

19. tesis inédita:

María de Fátima Barceló Miller, "Un capítulo de historia municipal: Isabela, 1873-1886". Tesis de Maestría, Río Piedras, Universidad de Puerto Rico, Departamento de Historia, 1979, p. 27.

Astrid Cubano Iguina, "Trade and Politics in Nineteenth Century Puerto Rico". Ph. D. dissertation, Princeton University, Department of History, 1988. Reproducida por University Microfilms International, Ann Arbor, Michigan, p. 63.

Periódicos

Al citar información de noticias periodísticas no es necesario incluir el nombre del corresponsal ni el título de la noticia. Pero si se trata de un artículo explicativo o de un análisis de noticias entonces se anotan.

1) *La Democracia,* 10 de abril de 1904, p. 2.
2) Georg Fromm, "Historia-ficción de Benjamín Torres", *Claridad,* 27 de mayo-3 de junio de 1977, pp. 4-5.

Revistas

Los títulos de los artículos de revistas se citan entre comillas. Al igual que los libros, en español van en minúsculas y los títulos en inglés

en mayúsculas. El nombre de la revista —como el de los periódicos— se escribe en mayúsculas.

Carmelo Delgado Cintrón, "Derecho y colonialismo. La trayectoria histórica del derecho puertorriqueño", *Revista Jurídica de la Universidad de Puerto Rico,* vol. XLIX, núms. 2-3, 1980, pp. 133-135.

B. Fuentes manuscritas

Estas suelen encontrarse en los archivos públicos y privados y en los centros de investigación del país. Si el documento está precedido de un título, éste debe anotarse primero y el resto de la información sigue de lo general a lo particular: archivo, fondo, serie, caja, registro, legajo, expediente, número del documento, año y folio. En algunos archivos los documentos se identifican y localizan por el número del legajo pero en otros por el número de la caja. En ocasiones la caja aparece antes del año porque es lo que permite encontrar el documento. En realidad, la información que aparece en las notas que remiten a documentos de archivos variará de acuerdo al sistema de catalogación implantado. Al citar protocolos notariales de pueblos en que hubo más de un notario por año debe indicarse el nombre del notario para precisar mejor su origen y facilitar su consulta ulterior.

Archivo General de Puerto Rico

"Exposición Juez Letrado de Ponce, dando parte del plan proyectado por esclavitud de aquel pueblo de acometer a gente blanca el 1 de enero de 1842", Archivo General de Puerto Rico (en adelante AGPR), Real Audiencia, Real Acuerdo, caja 10A, leg. 74, no. 136.

Archivo General de Puerto Rico, Real Audiencia, Juzgado de Ponce, Criminal, caja 1860-1870.

AGPR, Diputación Provincial, Administración Municipal, Isabela, caja 1, 1827-1872, asunto no. 1, 1841.

AGPR, Ayuntamiento de Manatí, registro 553, leg. 20.

AGPR, Protocolos Notariales, San Juan, Juan B. Núñez, 1826, folio 466.

"Sobre establecer la entrada al barrio de la Marina por la batería de San Francisco de Paula", AGPR, Obras Públicas, Obras Municipales, caja 321, leg. 62A, exp. 10.

Archivo parroquial

Archivo Parroquial de Bayamón, Libro III de bautismos, 1792-1814, fols. 90-91.

Archivo Parroquial de San Lorenzo, Libro de defunciones, 1816-1829, fols. 10-10v.

Archivo municipal

Algunos archivos municipales no tienen inventariados los documentos y a veces carecen de identificaciones sistemáticas. Para facilitar su localización el investigador puede darles una numeración u otra identificación provisional siempre que lo advierta en la nota. En éste, como en otros casos, también debe respetar el título, la nomenclatura y la ortografía original del documento. El título se transcribe entre comillas.

Archivos de agencias oficiales

1. *Registro Demográfico*

Departamento de Salud Pública, Registro Demográfico de Utuado, Defunciones, tomo 21, partidas 423-429.

2. *Registro de la Propiedad*

Departamento de Justicia, Registro de la Propiedad de Utuado, tomo 55, finca núm. 3209, inscripción 1, folios 238r-240r.

3. *Junta de Planificación*

"Memorando de Rafael Durand Manzanal a Rafael Picó", 16 de enero de 1952, Archivo de la Junta de Planificación, Correspondencia General 1950-52.

Archivos extranjeros

Archivo General de la Nación (México), Ramo de Guerra, estante 48, tomo 174, 1870.

Archivo Histórico Nacional (Madrid), Ultramar, leg. 5091, exp. 20, doc. 1.

Public Record Office (Londres), Foreign Office, Series 84, Vol. 1353, pp. 498-501.

Ministère des Affaires Etrangères (Paris), Archives Diplomatiques, Correspondance Consulaire Commerciale, Porto Rico, Vol. I (1824-1836), folio 106-106v. (micropelícula en el Centro de Investigaciones Históricas, carrete 60).

Cuando los documentos no se han consultado en el propio archivo sino en colecciones de micropelículas de algún repositorio particular, se indica así al final de la referencia.

Biblioteca

Carta de José Julio Henna a Ramón Emeterio Betances, 28 de enero de 1897, Biblioteca y Hemeroteca Puertorriqueña (Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras), Colección Carlos Yagüe.

C. Fuentes audiovisuales

Entrevista con Tadeo Rodríguez, Caguas, Puerto Rico, 12 de enero de 1971.

Entrevista a Richard Levis en "Ante la Prensa", 18 de octubre de 1965, Puerto Rico, Videoteca WIPR, Canal 6.

El Once en las Noticias, 23 de septiembre de 1988, Puerto Rico, Videoteca WLII T.V., Canal 11.

"La historia de todos nosotros", documental preparado por CEREP, San Juan de Puerto Rico, 1986.

D. Abreviaturas

Las abreviaturas de palabras en latín se subrayan pero no las de origen español. Así se distinguen los términos redactados en una lengua distinta a la del cuerpo del trabajo. Se escriben en minúsculas a menos que precedan la nota al calce (*e.g. Ibid.*, p. 74.) o se refieran a una institución. Las abreviaturas más utilizadas son las siguientes:

AGPR	Archivo General de Puerto Rico
c.	caja
ca.	aproximadamente en, alrededor de (se usa cuando el documento no precisa el año del acontecimiento; por ejemplo, *ca.* 1868)
cap.	capítulo
cf.	confróntese con, compárese con
comp.	compilador
e.	entrada
ed.	edición; cuando remite al editor aparece entre paréntesis
eds.	editores
et al.	y otros
e.g.	por ejemplo
exp.	expediente
f.	folio
ff.	folios
Ibid.	mismo autor o fuente de la nota anterior

leg.	legajo
loc. cit.	fuente idéntica a la anterior
mic.	micropelícula
mss.	manuscritos
núm., no.	número
op. cit.	obra citada
p., pág.	página
passim	a través de, a lo largo de
pp., págs.	páginas
r.	reverso
reg.	registro
rev.	revisada
sec.	sección
sic.	así (se coloca entre paréntesis después de la palabra citada e indica que "cierta palabra o expresión que puede parecer equivocada está así en el original")
ss.	y páginas siguientes
supra	mencionado anteriormente (por lo general remite a una nota al calce específica: *supra*, n. 30)
trad.	traductor; traducción de
v.	vuelto (reverso de un folio)

Algunos autores incluyen en la página anterior al índice la lista de abreviaturas utilizadas a lo largo del trabajo con el propósito de facilitar la lectura.

E. El uso de las notas al calce

El uso de las notas al calce es un ejercicio mecánico que se olvida casi tan rápidamente como nuestros errores. En consecuencia, cada ensayo suscita la inescapable y repetida búsqueda de modelos en las páginas de historias meticulosas, preferiblemente positivistas, quizás porque los ejercicios que las guían no son evidentes. Al respecto, es útil recordar algunas normas básicas:

a. al citar un libro por segunda vez se omite el nombre del autor y se incluyen sólo el o los apellidos;
b. los títulos citados más de una vez se abrevian;
c. en una tesis o en un libro dividido en capítulos, la numeración de las notas se interrumpe al final de cada uno y recomienza con el número uno en el siguiente;
d. *op. cit.* se usa cuando se cita una sola obra del autor; si se cita más de una obra del mismo autor los títulos aparecen abreviados. De lo contrario, el lector no sabrá de cuál de las obras estamos citando.

Las notas siguientes ilustran lo anterior:

1 Luis M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*. 2da ed., Río Piedras, Editorial Universitaria, 1965, p. 30.

2 Gilberto Freyre, *Casa-grande y senzala*. Trad. de Benjamín De Garay y Lucrecia Manduca, Venezuela, Editorial Ayacucho, 1977, pp. 105-106.

3 Díaz Soler, *op. cit.*, p. 234.

4 Raúl Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición*. 3ra ed., Barcelona, Editorial Crítica, 1976, p. 95.

5 Manuel Alvarez Nazario, "Incorporación del negro en el entretejido social y cultural de Puerto Rico", *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, núm. 58, enero-marzo 1973, pp. 1-6.

6 Freyre, *op. cit.*, p. 46.

7 *Ibid.*, p. 70.

8 *Loc. cit.*

9 Archivo General de Puerto Rico (en adelante AGPR), Fondo Gobernadores españoles de Puerto Rico, Esclavos, entrada 23, caja 69, 1873.

V. La bibliografía final

A primera vista parece redundante volver a indicar al final del texto las fuentes citadas en las páginas anteriores. Pero no lo es porque cumple la función de ordenar por naturaleza, archivo, biblioteca y apellidos la materia prima heterogénea de la investigación. Así se aprecia mejor el conjunto y el alcance de la base documental que es, a la vez, punto de referencia para futuros trabajos. Al igual que las notas al calce, la bibliografía final no suele aparecer en los libros de algunas editoriales empeñadas en reducir los costos de producción. Es, sin

embargo, una buena costumbre didáctica que no debe caer en desuso.

En los cursos sobre la teoría de la historia los profesores diferencian las fuentes primarias —las más cercanas al acontecimiento, las que chisporrotean— de las secundarias (versiones de terceras personas o reflexiones posteriores). En la bibliografía final de un libro o una tesis se conserva la misma clasificación. Las manuscritas aparecen en orden alfabético por archivos, bibliotecas y colecciones privadas; las impresas por libros y artículos de revistas, folletos y hojas sueltas y periódicos.

Bibliografía

I. Fuentes primarias (manuscritas e impresas)
   A. Archivos
   B. Bibliotecas
   C. Colecciones privadas
   D. Impresos y periódicos
II. Fuentes secundarias
   A. Libros y artículos
   B. Folletos y hojas sueltas
   C. Periódicos
III. Fuentes audiovisuales
   A. Entrevistas
   B. Material fílmico (*e.g.* documentales, noticieros...)
   C. Fotografías y obras de arte

En el caso de las fuentes manuscritas depositadas en archivos se incluye el nombre del archivo, el fondo y el año; algunos autores añaden el número del legajo pero cuando éstos son cuantiosos recargan la bibliografía. De todas maneras, el lector interesado encontrará mayores precisiones en los ejemplos anteriores de notas al calce.

e.g. Archivo General de Puerto Rico,
Fondo Gobernadores españoles de Puerto Rico,
Esclavos, 1873.

Contrario a las notas al calce, en la bibliografía final los autores de libros, artículos de revistas y folletos se ordenan a partir de sus apellidos y en orden alfabético. Tampoco incluyen las páginas citadas en el cuerpo del ensayo.

e.g. Luque de Sánchez, María Dolores. *La ocupación norteamericana y la ley Foraker. (La opinión pública puertorriqueña: 1898-1904).* Río Piedras, Editorial Universitaria, 1980.

Los periódicos y revistas pueden clasificarse como fuentes primarias o secundarias. Por ejemplo, *El Mundo* o *El Nuevo Día* figurarán como fuentes secundarias cuando filtran las acciones ajenas a través de los partes noticiosos. Pero cuando son objetos de estudio, como en una tesis sobre los medios de comunicación o se consultan como fuentes de visiones de mundo, entonces son fuentes primarias. A veces son testimonios tan frescos como las fuentes primarias tradicionales, sobre todo cuando están poblados de artículos originales, de noticias comentadas, o cuando van dirigidos a un sector particular (la mujer, los obreros, los católicos, etc.). A la hora de organizar la bibliografía, el investigador ubicará las publicaciones periódicas bajo la clasificación más apropiada.

Los periódicos también se detallan en orden alfabético pero sólo se incluye el año de los números consultados.

e.g. *El Aguila de Puerto Rico*, 1902.
El Artesano, 1874.
La Democracia, 1895-1898.

BIBLIOGRAFIA MINIMA

El armazón y el sentido de la tesis son explicados con fuerza por Umberto Eco, *Cómo se hace una tesis. Técnicas y procedimientos de investigación, estudio y escritura.* Trad. de Lucía Baranda y Alberto Clavería Ibáñez, 6ta ed., México, Gedisa, 1984. Las notas al calce y las diversas maneras de citar, que no siempre coinciden con los modelos que sugiero en este manual, pueden consultarse en Kate L. Turabian, *A Manual for Writers of Term Papers, Theses and Dissertations.* 3ra ed. rev., Chicago and London, The University of Chicago Press, 1967 y en Irma García de Serrano, *Manual para la preparación de informes y tesis.* 5ta ed., Universidad de Puerto Rico, Editorial Universitaria, 1971.

segunda parte

DOS ENSAYOS SOBRE LA HISTORIA OBRERA Y POLITICA DE PUERTO RICO*

* Los ensayos que siguen no pertenecieron al proyecto original del manual de tesis. Pero posteriormente decidí que lo acompañaran para mostrar varios aspectos del análisis histórico, particularmente el uso de conceptos y enfoques en la investigación de algunas coyunturas y procesos pasados, y los modos de manejar diferentes fuentes útiles al estudiante de historia. Espero que el estudio de cuestiones más concretas haga menos vagos los planteamientos teóricos de la primera parte.

La historia de los trabajadores en la sociedad pre-industrial: el caso de Puerto Rico (1870-1900)*

—¿Qué investigas?
—Los orígenes del movimiento obrero en Puerto Rico.
—¿Marcha bien?
—¡Qué va! Me he topado con grandes dificultades.
—Imagino que la principal debe ser que no había obreros.

Así, más o menos, transcurrió el inicio de una conversación con un condiscípulo francés cuando comencé a investigar la historia del movimiento obrero puertorriqueño. Desde la óptica europea, hablar de "obreros" en el contexto de una sociedad pre-industrial era arriesgado porque quizás estiraba el término más allá de su contenido tradicional. Recuerdo el diálogo porque me obligó a definir el concepto y demostró la necesidad de aclarar las premisas que soportarían la estrategia de la investigación futura.

Si nos atenemos a la definición más precisa de la palabra, un obrero es el que vende su fuerza de trabajo por un salario. En ese sentido existían muy pocos habitantes dignos de ese nombre en el Puerto Rico décimonónico. Sin embargo, cualquier plan de investigación sobre los orígenes del movimiento obrero exige demostrar cómo se adquiere esa categoría, descubrir el proceso en el que esclavos, jornaleros, artesanos —y hasta propietarios— se transforman en proletarios modernos. No se trata de una elucubración semántica sino de la elucidación de unos términos que orientarán la búsqueda de unas fuentes particulares y determinarán en gran medida las conclusiones del trabajo.

En ese plan el investigador en vez de perseguir obreros puros buscará en los libertos que viven la transición de la esclavitud al

* Este artículo fue originalmente una ponencia presentada en el Foro "Masses and Minorities Through Time", SALALM XXX, Princeton University, 21 de julio de 1985. Aparece sin notas al calce porque así lo exigieron los auspiciadores de la actividad pero al final se incluye un resumen de las fuentes más relevantes. Posteriormente se publicó en *Op. Cit., Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, Universidad de Puerto Rico, núm. 1, 1985-986, pp. 15-26.

trabajo libre o en los agregados expulsados de las haciendas por el avance incontenible del cultivo azucarero los primeros gérmenes de la proletarización de los trabajadores de la tierra. Estos procesos no son rectilíneos y es probable que en sus primeras etapas tropecemos con casi-proletarios. Un buen ejemplo es el del cortador de caña durante las primeras etapas de la revolución técnica en el azúcar. Este trabajaba nominalmente por un salario pero raras veces lo tocaba en moneda sonante sino en vales, fichas o en mercancías de la tienda del hacendado. Divorciado de la tierra e instalado fuera del perímetro de la propiedad productiva, parecía transformarse en un trabajador libre dependiente exclusivamente de un salario. Pero su libertad de movimiento y contratación se diluyó a la hora de gastar el sueldo y en el endeudamiento sempiterno que lo ató a los hacendados.

Otra diferencia significativa existe entre movimiento obrero y clase obrera. En más de un texto los autores los dan equivocadamente como idénticos pero en la práctica suelen marchar a pasos diferentes. Mas no son cuerpos distintos: el movimiento es parte de la clase y si no se comprende la segunda el primero resulta inescrutable. Es decir, son inseparables y el estudio de uno lleva al otro. Hablar de la respuesta obrera —del sector organizado de la clase— a los alegatos burgueses esconde el hecho de que muchos trabajadores son apáticos o suscriben los valores de las capas dominantes. Es tarea del historiador mostrar cuán representativo es el movimiento de la clase entera o de sus sectores y hasta dónde llega el apoyo callado de los obreros a los grupos más conscientes enfrascados en acciones deliberadas. En última instancia será el conocimiento de la vida cotidiana del trabajador —salario, costo de la vida, tamaño de la familia, esparcimiento social, etc.— lo que dará la clave para explicar el origen y el desarrollo de los movimientos obreros modernos.

El esclarecimiento de esos y otros supuestos teóricos resuelve parcialmente el complejo problema de "reconstruir las experiencias individuales y colectivas" de las masas y las minorías. Al principio, la consulta de los ficheros de las bibliotecas y los catálogos de los archivos es descorazonante si buscamos únicamente testimonios de proletarios conscientes. En esa primera etapa de la investigación no pretendamos encontrar actas de reuniones, discursos impresos, pliegos de demandas, tratados teóricos y mucho menos libros de extracción obrera. En realidad, se trata de descubrir una "literatura sin lectores" dirigida a una minoría alfabetizada y divulgada casi siempre en periódicos y no en volúmenes encuadernados. Sus primeras huellas

aparecen, por lo general, en la prensa comercial (noticias sobre la inauguración de un casino de artesanos, la fundación de una sociedad de socorros mutuos, etc.) y luego en periódicos obreros de vida breve. Estos seguramente son brazos de un cuerpo obrero débil que a duras penas publica un solo número y expira pronto. Para el historiador la consulta de estos periódicos natimuertos es útil porque en el primer número suelen justificar su existencia y proclamar sus anhelos. Respecto al siglo XIX no siempre se conoce el alcance de la agrupación ni la ideología del grupo editorial que desaparece sin dejar otro rastro.

Es también en la prensa comercial donde aparecen las primeras noticias de actos masivos espontáneos como las protestas contra el alza de los impuestos y las huelgas por aumentos súbitos de los precios. Sus móviles son claros pero no es evidente el tejido organizado ni es fácil detectar un liderato que parece anónimo e invisible. Más adelante, en el siglo XX, éstas y otras actividades obreras son precedidas de volantes y hojas sueltas que las anuncian. Por lo general, estos materiales no atraen la atención de los archiveros, los bibliotecarios y de muchos historiadores pero en el Archivo General de Puerto Rico se encuentra una rara colección de ellos que datan de los primeros años del presente siglo.

En el caso de Puerto Rico no es hasta después de 1898 que encontramos documentos internos del movimiento obrero tales como las actas de reuniones. Estas no aparecieron en el baúl abandonado de un líder fallecido o desterrado ni entre los documentos confiscados por la policía durante una redada sino en la prensa obrera de la época. En vista de las comunicaciones difíciles, los escasos recursos económicos y propagandísticos y los deseos de la organización obrera de divulgar sus trabajos a un amplio público, el periódico obrero sirvió como una carta informativa y publicó las actas de las reuniones de la Federación Libre en las que aparecieron acuerdos importantes y debates reveladores de corrientes encontradas. Con su ayuda los historiadores han calibrado la amplia democracia que reinó en el seno de la directiva obrera durantes sus primeros años.

Ahora bien, las huelgas, los periódicos y las discusiones ideológicas de las organizaciones obreras son manifestaciones de acciones intencionadas, fácilmente identificadas por los investigadores. Es, sin lugar a dudas, una búsqueda necesaria pero insuficiente porque no siempre contiene los mecanismos que las enmarcan ni los resortes lejanos que las detonan. Por eso no hay historia obrera sin contexto económico, social y político. Es decir, las actividades obreras son el encuentro de

decisiones, de actos controlables, con procesos independientes y ajenos a la voluntad de los trabajadores. Sería exagerado decir que la historia obrera es tres cuartas partes economía y una cuarta parte movimiento obrero. Pero igualmente desenfocado sería hacer la historia de los trabajadores al margen del desarrollo económico. La meta del historiador es establecer los vínculos entre ambos, las correlaciones imprescindibles entre lo que hacemos y los complejos factores, frecuentemente imperceptibles, que nos provocan a actuar.

Por ejemplo, las uniones y los sindicatos obreros surgen con el fin primordial, pero no siempre exclusivo, de proteger y aumentar el poder adquisitivo de los salarios y mejorar las condiciones de trabajo. Estos propósitos se expresan en proclamas y programas, mítines y marchas, huelgas e insurrecciones. Pero si una biblioteca o un archivo desea facilitar la investigación de estos acontecimientos, además de capturar los documentos de estos chispazos deben trascenderlos y recoger el resto del todo. Así, las huelgas se comprenden adecuadamente si contamos con información sobre la tensión entre los salarios y el costo de la vida cotidiana. La fuerza y la debilidad de las uniones de cortadores de caña partirá de la naturaleza estacional del cultivo. El desarrollo desigual del movimiento obrero y el surgimiento de las "aristocracias" proletarias las explican sus posiciones privilegiadas en el proceso productivo y su poder de regateo como trabajadores especializados. La disposición a una lucha organizada y el desarrollo de unos valores y una "moral" obrera se nutren de una larga tradición de gestiones y de vida como proletarios. La fácil o difícil organización de los trabajadores dependerá del tamaño del grupo en los centros de trabajo o de la concentración o dispersión geográfica.

Es decir, las listas de precios y salarios, las descripciones y los estudios de los cultivos, las estadísticas industriales, los censos que revelan las edades y los oficios así como el tránsito del campo a la ciudad del trabajador y su familia no son el decorado de la vida obrera sino la vida misma, tan importantes como los actos luminosos y oficiales. Alguien objetará que las estadísticas y los informes los emiten los gobiernos o las clases propietarias, prejuiciando así la materia prima del historiador. A ellos les recuerdo que el oficio del historiador consiste en darle sentido a una información fragmentada y "cargada", de origen proletario o propietario. Además, los documentos de procedencia obrera no son más confiables que los de los patronos: las fuentes que emiten los trabajadores también magnifican o esconden matices importantes de la realidad.

En verdad, los testimonios de los obreros y los propietarios son parte de una sola realidad: la sociedad dividida en clases que pugnan por defender sus ideales y sus intereses. La conducta de una clase ayuda a explicar los proyectos de la otra. Por tal razón no es contradictorio ni repugnante sino imprescindible conocer la historia de los trabajadores y sus organizaciones a través de los documentos emitidos por los dueños del poder y la riqueza. Van de la mano el periódico de la Federación Libre y la revista de la Asociación de Agricultores, las luchas legislativas del Partido Socialista y los discursos de José de Diego y otros líderes del Partido Unionista, los fiestones de los obreros y los bailes formales del Casino de Puerto Rico. Del estudio de los contrastes, las imitaciones y los préstamos ideológicos y culturales saldrá una realidad menos sencilla pero más rica y menos monótona.

Si lo que preocupa es ser fiel a los hechos, la preferencia de las estadísticas y los métodos cuantitativos no resolverá el falso problema de la amenazada "objetividad" tan anhelada por los redactores de manuales de investigación. A veces se privilegian los fríos números como antídoto del subjetivismo escondido en la prosa de otras fuentes. A estas alturas no vale la pena resucitar el debate superado sobre el choque entre lo cuantitativo y lo cualitativo porque sabemos de sobra cuán subjetivas y deformadas pueden ser las estadísticas. Basta recordar que en nuestro país las estadísticas son del color del partido oficial o de los tonos de la oposición. La solución no está en ser un historiador daltoniano sino en descubrir los principios ideológicos, cualitativos, que llevan a celebrar o a deplorar las circunstancias inmediatas con el apoyo de unas estadísticas convenientes.

Por otra parte, al enfrentar las dificultades que surgen en la reconstrucción de las vidas individuales y colectivas de los trabajadores una de las más formidables es la validez de la muestra estudiada. En este caso la fuerza del número, la frecuencia de unas conductas y la repetición de unos patrones ayuda a reducir el margen de error de los juicios cualitativos. De la misma manera, los errores que siempre se cuelan en las estadísticas se diluyen cuando se proyectan en largas series indicadoras de tendencias más que de precisiones matemáticas.

En el caso de Puerto Rico es igualmente importante incorporar al análisis las fuentes emanadas en las metrópolis. El historiador encerrado exclusivamente en los archivos nacionales no podrá precisar siempre el origen de las iniciativas internas. Es incongruente afirmar que Puerto Rico fue y es una colonia —una de las pocas cosas en que la mayoría de los puertorriqueños está de acuerdo— y a la vez pasar por

alto el peso metropolitano en la sociedad puertorriqueña. Sería igualmente chocante concluir que toda nuestra historia ha sido determinada únicamente desde afuera.

Otro problema no menos complejo lo plantea el aparente divorcio entre el centro y la periferia, entre el Estado y los trabajadores marginados de los suburbios. Hoy el aparato gubernamental parece omnipresente (aunque siempre se habla de economías subterráneas y de subculturas invisibles) pero la sociedad del siglo XIX da la impresión de que consiste de mundos yuxtapuestos, de anillos que nunca se tocan. Sin embargo, sospecho que los desclasados de la sociedad suburbana entran y salen del sistema mayor en la medida en que éste los necesita o desarrolla nuevos medios para incorporarlos plenamente. Sus vidas son miserables precisamente porque el Estado no puede absorberlos en pie de igualdad y los expulsa o los atrae arbitrariamente. El caso de los jornaleros de Utuado ilustra el proceso de inserción paulatina de la población trabajadora en la órbita oficial.

Los desafíos que encuentra el historiador en los ejemplos mencionados arriba no comparan con el mayúsculo problema de explicar por qué los obreros no piensan ni actúan política e ideológicamente de acuerdo a sus orígenes e intereses de clase. Los obreros crean las riquezas pero no las controlan; son la mayoría pero siguen los símbolos políticos y las metáforas culturales de la minoría propietaria. A pesar de los intentos de crear sus propios partidos militan o se alían a los partidos de la burguesía dominante. En fin, su proverbial debilidad ideológica y su dificultad para aglutinar voluntades desde una posición subordinada todavía no ha sido descifrada plenamente por los historiadores.

En conclusión, es claro que para investigar la historia obrera a partir de las preocupaciones de este seminario se imponen varios pasos importantes:

1. una colaboración más estrecha entre historiadores, bibliotecarios y archiveros. Ayudará mucho una mayor especialización en problemas históricos de la clase obrera más que en épocas y áreas geográficas.

2. recopilar fuentes que muestren los procesos de largo aliento con ayuda de estadísticas generales sin olvidar los testimonios de los trabajadores concretos. En palabras de Fernando Picó: estudiemos la tuberculosis sin olvidar a los tuberculosos.

3. aspirar a un enfoque multidimensional. Integrar al estudio de los movimientos obreros la historia política, ideológica y cultural del resto de la sociedad.

4. mostrar a los trabajadores en sus relaciones conflictivas o armoniosas con la clase propietaria.

5. sacar del anonimato a la mujer trabajadora pero en vez de confinarla a los "womens studies" urge sumarla al análisis de la red de relaciones de la sociedad y de la historia.

6. recordar, en palabras de Naomi Bliven, que "...mediante el estudio del trabajo aprendemos a respetar las capacidades del prójimo".

FUENTES

Las primeras organizaciones

La historia de los orígenes de la clase obrera y sus organizaciones apenas comienza. Hasta hoy la fuente que más información ha rendido sobre la creación de casinos de artesanos, sociedades de socorros mutuos y cooperativas son los periódicos comerciales. Entre 1870 y 1898 aparecen esporádicamente noticias de sus actividades en el *Boletín Mercantil*, *La Democracia* y *La Correspondencia*. En la Colección Puertorriqueña de la Biblioteca José M. Lázaro de la Universidad de Puerto Rico pueden consultarse los estatutos de un buen número de sociedades de socorros mutuos formadas en varios pueblos durante las últimas dos décadas del siglo XIX.

Salarios

Todavía no contamos con suficiente información sobre salarios y precios que permita elaborar largas series. Respecto a los salarios la consulta sistemática y rigurosa del Fondo de Obras Públicas (ramos de caminos, construcción y reparación de edificios, prestaciones de trabajo, etc.) del Archivo General de Puerto Rico (AGPR) seguramente arrojará frutos valiosos. Igualmente los presupuestos municipales que aparecen en los fondos de varios pueblos y en el ramo de "Municipios" del Fondo de los Gobernadores españoles del mismo Archivo.

Los libros de contabilidad como los de la Hacienda Mercedita de Ponce (localizados en la oficina matriz de las Empresas Serrallés) y los de la Hacienda Pietri de Adjuntas (algunos en el AGPR) también

ayudarán a reducir la enorme ignorancia que tenemos sobre los salarios imperantes a fines del siglo XIX.

Precios

Los precios de los productos de consumo cotidiano han corrido igual suerte. *La Gaceta de Puerto Rico*, periódico del gobierno colonial español, publicó intermitentemente durante la segunda mitad del siglo XIX los precios máximos del pan y de la carne impuestos por el Ayuntamiento de San Juan a los comerciantes de la Capital. Pero en vista de que la política de control de precios no fue aplicada constantemente la información fragmentada no permite construir una estadística sin grandes lagunas aunque sirve para comparar precios de distintas épocas. Las actas del Ayuntamiento de San Juan (depositadas en el AGPR) dan noticia de las controversias internas en torno al problema de control de los precios. Tal vez los libros de contabilidad de las empresas comerciales como Roses y Compañía, de Arecibo (custodiados en el Centro de Investigaciones Históricas de la Facultad de Humanidades de la Universidad de Puerto Rico) añadirán datos importantes. A partir de 1912 el Negociado del Trabajo incluyó en sus informes anuales abundante información de precios y salarios.

Emigración interna y proletarización

El tránsito de los trabajadores del campo a la ciudad y el surgimiento de los barrios obreros merece un estudio más intenso. Algunos censos de pueblos, como los de Ponce, dan informaciones vitales tales como oficio, edad, número de años en el vecindario, tamaño de la familia, analfabetismo, etc. A pesar de que no todos los censos municipales son tan informativos como los de Ponce, ayudarán —junto a la consulta de los libros parroquiales, planillas de riqueza rural y el catastro de fincas— a reconstruir el itinerario de los campesinos expulsados de sus tierras o seducidos por la esperanza de una vida mejor en la ciudad. Dado el volumen de los casos a estudiar se impone escoger muestras que hagan manejable la investigación con ayuda de la computadora. Por otra parte, la proletarización del campesino es mostrada por Fernando Picó, *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1979. Este proceso ocurre también en los campos de caña de azúcar. Al respecto, véase de Andrés A. Ramos Mattei, *La hacienda azucarera: su crecimiento y crisis en Puerto Rico (siglo XIX)*. San Juan, CEREP, 1981.

Prensa y literatura obreras

La mejor orientación bibliográfica de periódicos, revistas y libros de y sobre los obreros de fines del siglo XIX y comienzos del XX es de A.G. Quintero Rivera, *Lucha obrera en Puerto Rico*. San Juan, CEREP, 1971, págs. 153-161. En la Colección Junghams del AGPR aparecen hojas sueltas y periódicos obreros importantes así como en la hemeroteca de la Colección Puertorriqueña de la Biblioteca José M. Lázaro de la Universidad de Puerto Rico.

Las manifestaciones culturales de los trabajadores han sido investigadas por Ricardo Campos, "Apuntes sobre la expresión cultural obrera en Puerto Rico", City University of New York, ponencia mecanografiada presentada en la Conferencia sobre historiografía puertorriqueña, 1974. Rubén Dávila también investiga el tema en su libro *El derribo de las murallas*. Río Piedras, Editorial Cultural, 1988.

La perspectiva metropolitana

En los últimos años el Centro de Estudios Puertorriqueños de la *City University of New York* se ha destacado por su interés de añadir la perspectiva de las estrechas relaciones del movimiento obrero puertorriqueño y el norteamericano. Destacan, por ejemplo, la recopilación de la correspondencia de Samuel Gompers y William Green relacionada con el movimiento obrero puertorriqueño entre 1901 y 1925; las resoluciones sobre Puerto Rico presentadas en las asambleas anuales de la American Federation of Labor y los artículos, los editoriales e informes laborales que aluden a Puerto Rico y que aparecieron en el *American Federationist* durante las primeras dos décadas del siglo XX y una selección de documentos del *Bureau of Insular Affairs* encontrados en los *National Archives*.

El *History Task Force* del Centro de Estudios Puertorriqueños también ha contribuido mucho al conocimiento de la emigración de los trabajadores puertorriqueños a los Estados Unidos. Véase *Labor Migration under Capitalism. The Puerto Rican Experience*. Nueva York y Londres, Monthly Review Press, 1979 y *Sources for the Study of Puerto Rican Migration: 1879-1930*. Nueva York, Centro de Estudios Puertorriqueños, 1982.

Por otro lado, falta descubrir la dimensión española de la historia obrera puertorriqueña. Todavía ignoramos si existieron contactos con las distintas agrupaciones de los trabajadores de España. Al presente contamos con el diario de sesiones de las Cortes españolas y con otros

fondos procedentes del Archivo Histórico Nacional que ayudan a comprender mejor las ideologías y las decisiones de los que trazaron la política colonial. (*Cf.* María de los Angeles Castro, *Guía descriptiva de los fondos documentales existentes en el Centro de Investigaciones Históricas.* Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, Oficina de Publicaciones de la Facultad de Humanidades, 1984.)

La política de la historia de Puerto Rico*

Si les digo que los historiadores no existen, pensarán que se trata de una broma de conferenciante profesional que "quiere ganarnos con una sonrisa temprana". Pero si les añado que no es chiste sino el parecer del redactor anónimo del manual de la Universidad de Puerto Rico para llenar la solicitud de admisión, entonces tal vez algunos ceños se fruncirán. Lean la lista de ocupaciones de padres de estudiantes que solicitan ingreso, sugerida por el manual, y encontrarán 147 oficios, entre los que figuran los de sicólogo, químico, albañil, mozo, modista, soldador, ascensorista, cantinero, lavandera y otros, menos el de historiador.[1] Ignoro los criterios utilizados por el autor para diluir nuestra profesión pero sospecho que se trata de la creencia de que cualquiera es historiador si tiene buena memoria y sabe contar una "historia". Por lo tanto, no amerita un lugar propio.

Mas, si por lo común los historiadores son entes indefinibles e imprecisables, la Historia, con mayúscula, es otra cosa. Encerrada casi siempre en grises y gruesos volúmenes, suele despertar gran respeto y admiración en algunos sectores y atrae la atención —a veces hasta el delirio— de los gobiernos, interesados en recuperar el robusto pasado que valida el presente prometedor y anticipa el futuro refulgente. Así lo sugiere el debate en torno al proyecto 530 del Senado de Puerto Rico que busca imponer la enseñanza del curso de historia de Puerto Rico, de un año de duración, en los tres niveles de las escuelas públicas del país.

El proyecto en sí no suscitó oposición pues muy pocos rechazan la inyección de dosis concentradas de historia nacional a nuestros desvalidos estudiantes, herederos de un sistema educativo extraviado. Sin embargo, fue el silencio del documento —es decir, el ignorado conte-

---

* Ponencia presentada en el foro "Hacia un nuevo enfoque de la historia de Puerto Rico", celebrado en el Colegio Universitario de Cayey el 10 de abril de 1986. Publicado en *Op. Cit., Boletín del Centro de Investigaciones Históricas*, núm. 2, 1986-1987, pp. 39-50.

[1] *Manual de instrucciones para llenar la solicitud única de admisiones a la Universidad de Puerto Rico.* San Juan, Universidad de Puerto Rico, 1986, p. 34.

nido de los cursos— lo que provocó genuinos temores y bochornosas broncas que ya son parte de una polémica mayor sobre las premisas y los enfoques de la investigación y la enseñanza de la historia de Puerto Rico.

Desgraciadamente, la discusión de perspectivas dispares, ejercicio medular del progreso humano en todos los órdenes, desemboca frecuentemente en lamentables porfías entre historiadores protegidos detrás de los escudos de la "nueva" y la "vieja" historia. En una sociedad donde el adjetivo "nuevo" se le endilga por igual a la olvidada nueva tesis del Partido Popular, la nueva textura de un papel sanitario o a la nueva cocina de pocas calorías, hablar de una nueva historia de Puerto Rico despierta sospechas, a veces fundadas pero también inventadas, principalmente en algunos historiadores de generaciones anteriores que resienten, con razón, el tono desafiante y olímpico de varios trabajos innovadores, o temen, ahistóricamente, el derrumbe de versiones hasta hoy inexpugnables.

No empece la densa polvareda levantada por ese debate y los resentimientos sedimentados, es innegable que la historia escrita en los últimos tres lustros ha provocado la relectura de nuestro pasado y ha aclarado diversos problemas anteriormente intocados o estudiados con criterios toscos e insuficientes. Hoy conocemos mejor la evolución de los cultivos cafetaleros y azucareros y sus fases industriales, el desarrollo de las sociedades mercantiles, el alcance real del trabajo esclavo y servil, las incómodas relaciones entre patronos y asalariados, los orígenes de las primeras organizaciones de resistencia de los trabajadores urbanos y otros aspectos relevantes de la vida económica y social del siglo XIX, tan importantes para entender mejor nuestra historia contemporánea.

Estos grandes avances del conocimiento de la vida material contrastan con la cuota raquítica de investigaciones sobre la historia política del mismo tiempo histórico. ¿A qué razones responde ese desarrollo desigual? Obedece, primordialmente, a la decepción con la política, tal como ocurrió en Europa a raíz de la Primera Guerra Mundial. Los políticos europeos de entonces presidieron el desastre, empujaron a medio mundo al conflicto sangriento y fueron incapaces de prever y de salvar las repetidas depresiones económicas de la post-guerra. Así, la desilusión nutrió un profundo desprecio por los políticos y, de paso, de la historia política, acusada por Lucien Febvre de ocuparse sólo de "si tal Rey... había nacido en tal lugar, tal año, y en determinada región había conseguido una victoria decisiva sobre sus

vecinos".[2] En ese contexto arrancó vigorosamente la historia social y económica defendida por el mismo Febvre, Marc Bloch y otros.

En Puerto Rico, el desaliento producido en las últimas tres décadas por las campañas políticas vacuas y las decepcionantes ejecutorias de los diferentes gobiernos y de los partidos propios y ajenos, llevó a muchos a preguntarse si valía la pena hacer la historia política del país. Sobre todo, contribuyó a que algunos historiadores concluyeran que no ameritaba seguir haciéndola a la manera de Bolívar Pagán y Lidio Cruz Monclova, autores de colosales recopilaciones de nombres, fechas, proclamas y programas de partidos y de discusiones de líderes, reveladores de lo que creían los políticos pero no de los múltiples resortes que los movieron a actuar.

En contraste, los poderosos y estimulantes modelos de la escuela francesa de los *Annales* y de la historia "cuantitativa" norteamericana —así como el renovado interés por el marxismo— orientaron a muchos historiadores del patio hacia la historia económica y social. Afortunadamente, la práctica de esta última preparó el camino de la historia política para su desarrollo ulterior sobre soportes más duraderos.

Al respecto, sugiero algunos criterios generales que pueden servir de punto de partida para comenzar a explorar la historia política de Puerto Rico.

1. La precisión de las buenas intenciones

Es claro que las buenas intenciones sólo sirven, como decía Gide, para escribir malas novelas. Analizar a los partidos únicamente por sus programas o por las colecciones completas de los discursos dorados de sus tribunos es tan desenfocado como juzgar al prójimo por lo que dice y no por lo que hace. Es cierto que las metas personales y los postulados políticos no se cumplen siempre al pie de la letra y que ello no es, necesariamente, señal de duplicidad o deshonestidad porque partimos siempre del conocimiento insuficente de la realidad e intervienen factores imprevistos fuera del control del personaje histórico. Pero no es menos válido concluir que la tarea del historiador es contrastar el discurso y la acción para hacer el imprescindible balance de cuentas.

---

[2] Citado por Josep Fontana. *Historia. Análisis del pasado y proyecto social.* Barcelona. Editorial Crítica, 1982, p. 203.

En ese ejercicio, cuando constatamos la repetida correspondencia entre la letra y el acto, estamos frente a un organismo y un proceso que no son fortuitos. Así lo demuestra, por ejemplo, la fidelidad del autonomismo puertorriqueño, desde el 1887 hasta el 1986, a sus primeras bases. En el programa que marcó la fundación del Partido Autonomista en marzo de 1887 se expresó su hilo conductor: descentralización administrativa y control de las "cuestiones locales" por los habitantes del país y delegación en la metrópoli del "goce supremo de la soberanía", "entendiendo exclusivamente en todo lo relativo al ejército, marina y tribunales de justicia, representación diplomática y administración general del país..."[3] La independencia de la metrópoli sólo estuvo en la agenda imaginaria que le adosaron los opositores de entonces y de hoy. El infundio de que el Partido Autonomista "...combatía la integridad nacional, aspirando a establecer un Gobierno independiente del Gobierno central..." fue tildado por los autonomistas décimonónicos de "acusación injuriosa y gratuita", adjetivos que el autonomismo actual repite cuando lo acusan de jugar a la república y de colar la independencia por la cocina.[4]

En el proceso de tallar su personalidad política el autonomismo, y posteriormente el anexionismo, alimentaron la poderosa imagen de dos antagonistas atrincherados en polos opuestos, sin afinidades ideológicas ni virtudes compartidas. Sin embargo, la práctica ha demostrado que el granito de la dicotomía ideológica es cutáneo y agrietable pues a partir de sus comienzos han pisado el terreno común de la lealtad y la unión estrecha con las metrópolis.

Hoy el autonomismo y el anexionismo son inexplicables sin su relación con los Estados Unidos, que se mide por grados de aproximación y no por años-luz. Sin embargo, en sus refriegas diarias les importa mucho destacar más lo que los separa, subir los tonos del maquillaje, desleer los rasgos semejantes y pasar por alto lo que los une. Por eso, cuando a los anexionistas les preguntan por qué optarían si la estadidad es rechazada por el Congreso norteamericano, contestan invariablemente que prefieren la independencia. Y no porque sean cripto-independentistas sino porque creen que tanto la estadidad como la independencia son soluciones anti-coloniales, y, sobre todo,

[3] Reece B. Bothwell González, *Puerto Rico: 100 años de lucha política*. Río Piedras, Editorial Universitaria, 1979, 3 vols., I, p. 173.
[4] *Ibid.*, p. 184.

porque no están dispuestos a concederle a los autonomistas ni la hipotética posibilidad de coincidir con ellos en un futuro nebuloso.

De ahí también la reciente crítica de un legislador popular a los compañeros de partido que apoyaron el voto presidencial para los puertorriqueños con el argumento de que Luis Muñoz Marín y el Partido Popular Democrático lo suscribieron también en 1960. En sus propias palabras "...incluir el tema del voto presidencial pudiera provocar la división y eventual desaparición del Partido Popular Democrático como partido autonomista, pues quedaría tácitamente fusionado con el Partido Nuevo Progresista".[5]

Sin embargo, el temor a la fusión no lo suscita el uso compartido de la moneda, el pasaporte y la bandera, la militancia en el mismo ejército y la muerte en idénticas guerras, la supeditación a un solo mercado ni la dependencia de los fondos federales. A estas alturas es evidente que los autonomistas y los anexionistas están más cerca de lo que imaginan aunque ostentan con orgullo y con indómita insistencia sus distintas pigmentaciones políticas. Carecemos de estudios profundos de la composición social de ambos partidos pero no es apresurado adelantar la conclusión de que en ellos impera la heterogeneidad social y convergen los banqueros y los endeudados, los capitalistas y los asalariados, los comerciantes grandes y pequeños y las capas medias casadas involuntariamente con la crisis urbana.

2. No hay política sin contexto

Según Witold Kula "...la historia política se halla determinada por una inmensa mayoría de fenómenos extra-políticos con un predominio por parte de los fenómenos económicos".[6] En otras palabras, no hay política sin contexto económico, social y cultural. A primera vista parece chocante rematar el problema con la idea de que para llegar a la explicación política tenemos que remitirnos a las realidades no políticas. Mas es necesario ubicar a los partidos en relación a la tradición y los marcos mentales, las clases sociales y la existencia material para precisar qué intereses representan. Y no para concluir cínicamente que la política es un juego interesado sino para dar con las raíces que alimentan los diferentes proyectos políticos.

[5] Severo Colberg, "Contra el voto presidencial", *El Nuevo Día*, 31 de marzo de 1986, p. 45.
[6] Witold Kula, *Problemas y métodos de la historia económica*. Trad. de Melitón Bustamante, Barcelona, Ediciones Península, 1973, p. 57.

Los seres humanos no satisfacen sus necesidades de manera caprichosa sino a través de unas relaciones de producción con perfiles propios como los de la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo. Pero la organización del trabajo humano está marcada por la desigualdad pues mientras unos producen, otros (dueños de las fuentes de riqueza), reciben, cuentan y disfrutan la mayor parte de los frutos. En los procesos productivos las clases se ubican en niveles dispares y desarrollan estilos de vida y metas contrastantes. Por ejemplo, dado que la visión de mundo de los esclavos y los esclavistas, de los cortadores de caña y los centralistas no caben en el mismo molde, toca al historiador definir sus compases disímiles y precisar la bifurcación de sus rutas.

En el caso de Puerto Rico la tarea no ha sido fácil porque coexistieron diversas clases sociales correspondientes a distintas estructuras de producción. Algunos historiadores, carentes de estudios profundos de sus mecanismos económicos y sociales, se aventuraron a definirlas con criterios zigzagueantes. Así, los criollos hacendados del momento de la invasión norteamericana del 98, han sido tildados de "burgueses" que "no habían cuajado aún una burguesía", sin preguntarse si es posible formar burguesías con otros que no sean burgueses.[7]

Es precisamente este juicio vacilante, que oscila entre la debilidad y la inexistencia de la burguesía criolla, lo que lleva a otro politólogo a concluir que cuarenta años después esa burguesía fantasma todavía no había nacido en el momento de fundarse el Partido Popular Democrático. Al hablar de los padres del partido y de su programa de reivindicaciones señala que "...se trata de un proyecto que contaba con una clase que no existía o era muy débil: la burguesía nacional, es decir, con intereses propios y en conflicto con el capital extranjero". Y añade: "El tempranero abandono de estos proyectos gubernamentales implica, más que el fracaso económico de las empresas, el reconocimiento de que la "burguesía nacional", o bien no existía, o bien no hacía suyo el proyecto del PPD". Sin embargo, en otra parte del ensayo afirma que en torno al PPD se aglutinó "...una clase en formación —proveniente principalmente de la *pequeña burguesía no tradicional*..." Pero concluye, para añadir a la confusión, que "...la fuerza social que dirigió el PPD no era una *clase* en sentido estricto: carecía de una relación clara

[7] A.G. Quintero Rivera, "La clase obrera y el proceso político en Puerto Rico", *Revista de Ciencias Sociales*, vol. XVIII, núms. 1-2, marzo-junio, 1974, p. 183.

y relativamente homogénea con los medios de producción".[8]

Detrás de este enredo hay una definición extraña de clase social, problema que no es exclusivo de Puerto Rico, pues si aquí hablan de "burgueses sin burguesía", el escritor español Enrique Ruiz García ha proclamado que en gran parte de los países subdesarrollados existe una "burguesía sin burgueses".[9] Es obvio que para los tres autores citados los propietarios tropicales autóctonos de fines del XIX y del corriente siglo no cumplen todos los requisitos del término burguesía. La clasificación les resulta incómoda porque no es idéntica a la burguesía de los países desarrollados, en vista de su debilidad y su vulnerabilidad a las decisiones y las presiones de la primera.

Ahora bien, en la historia, como en las demás ciencias, no comparamos únicamente realidades idénticas, conforme a definiciones rígidas de fenómenos homogéneos. Por el contrario, perseguimos y contrastamos acciones, sistemas y estructuras semejantes y contradictorias. Por ejemplo, todos los matices de la economía norteamericana no encajan en la definición clásica de capitalismo acuñada por Adam Smith en el siglo XVIII pero no por eso es menos capitalista. De la misma forma, las clases propietarias puertorriqueñas y latinoamericanas no tienen la fuerza económica y política para resistir los dictados de los productores y compradores extranjeros pero aun inermes y plegadizas no dejan de ser clases propietarias criollas (esclavistas, feudales o burguesas). Es decir, su nacionalismo flaco y su estrecho radio de acción no les niega su existencia real.

Por lo tanto, la definición tradicional de clase social que sitúa a los individuos en relación a los medios de producción (tierras e industrias) y a esferas afines (comercio y banca) es un provechoso punto de partida. No es suficiente pero sirve para emprender la designación inicial del perfil de los grupos sociales.

Estas sugerencias son unos tímidos pasos iniciales de un largo trecho que exigirá además, entre otras cosas:

a. el estudio de las mentalidades colectivas;
b. la definición del pueblo: sus ocupaciones, aspiraciones y angustias;

[8] Emilio González, "Muñoz, el populismo y el ELA", *Claridad*, Suplemento En Rojo, 25-31 de julio de 1980, pp. 2-3.
[9] Enrique Ruiz García, *Subdesarrollo y liberación*, Madrid, Alianza Editorial, 1973, pp. 42-43.

c. mostrar cómo se politizan las clases y los individuos;
d. precisar cómo se traducen los descontentos comunes en programas políticos y en acciones concretas;
e. rastrear el papel del Estado y sus instituciones.[10]

En el pasado, la intención de estudiar éstos y otros aspectos de la historia política ha detonado el temor de que el resultado sea una historia distorsionada, cargada de prejuicios y pasiones turbias. En consecuencia, se esquiva la historia política o se hace neutra, gélida, desteñida. Ahora bien, la historia no puede regirse por los cánones de las barberías antiguas que pedían a los parroquianos no hablar de religión y de política para evitar discordias exaltadas.

Tampoco podemos seguir alimentando el mito del historiador imparcial porque sería asignarle a la historia un papel decorativo y al historiador el de un indiferente ilustrado. El oficio de historiador no conlleva la renuncia de la pasión y el compromiso con lo que considera justo y humano. Por ejemplo, el historiador no puede ser ecuánime ante el genocidio de los indígenas perpetrado por los conquistadores españoles en Puerto Rico. Por eso es inaceptable el juicio de la Sociedad de Historia de Puerto Rico que en 1913 concluyó que: "En la conquista no se registran hechos de crueldad. Por el contrario, son los colonizadores las primeras víctimas... No obstante, la guerra no toma carácter de represalias. Se vence, se subyuga a los rebeldes y se les da la vida. No se les persigue..."[11] Estas palabras son un pobre consuelo para los centenares de miles de taínos muertos en la colonización del país y además falsean la realidad revelada por los documentos.

Las simpatías del historiador por los esclavos del siglo XIX y su desprecio de la esclavitud no son incompatibles con la historia auténtica y veraz. Lo que garantiza la versión certera del pasado no es la imparcialidad sino la actitud crítica ante los hechos y los procesos. A veces la admiración por una causa o una clase torna al historiador más sensible a sus extravíos e injusticias y lo menos que puede hacer es señalarlo y desmontar los mecanismos que los producen. Al efecto, sugiero la lectura de la biografía de León Trotsky escrita por Isaac Deutscher. Nadie simpatizó más con Trotsky que Deutscher y sin embargo fue su crítico más exigente al mostrar que el ilustre revolucio-

[10] Este programa es sugerido por Josep Fontana en *Cambio económico y actitudes políticas en la España del siglo XIX*. 2da ed. revisada, Barcelona, Editorial Ariel, 1975, pp. 6-7.

[11] Citado por Vicente Murga Sanz, *Juan Ponce de León. Fundador y primer gobernador del pueblo puertorriqueño, descubridor de la Florida y del Estrecho de Bahamas*. San Juan, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1959, p. 16.

nario cavó su propia tumba en la lucha con José Stalin.[12] La recomiendo con insistencia porque estamos acostumbrados a las biografías incondicionales de los grandes personajes, muy parecidas a vidas de santos, pero sus autores olvidan que, por lo general, antes de ser santos fueron grandes pecadores. De ahí el mérito de su santidad; de lo contrario no tiene gracia ser héroe o patriota desde el instante de la gestación, sin vacilaciones hasta la muerte en aras del ideal.

Por otra parte, es común también el miedo a que la historia se desnaturaliza cuando se escribe en función de preocupaciones presentes y futuras. Así, un prominente historiador puertorriqueño, el más fértil y sobresaliente de su generación, al reseñar el libro que escribí junto a Angel Quintero Rivera sobre la historia del movimiento obrero puertorriqueño, reprocha nuestro deseo de que "...a partir del conocimiento de la mejor tradición de lucha del proletariado puertorriqueño...", el libro ayude a "...replantear las actuales premisas sindicales y las perspectivas futuras de nuestra clase trabajadora". Y como si las intenciones declaradas de los autores no fueran suficientes, el distinguido profesor le advierte al lector desprevenido que "...recuerde que este pequeño libro está escrito para adelantar esa causa" [de la independencia y el socialismo].[13] Este no es el lugar para defender la legitimidad del libro ni para reconocer sus insuficiencias reales pero destaco la advertencia del conocido historiador como ejemplo del recelo que despierta la historia precedida de intenciones explícitas en sintonía con la ideología y la cosmovisión del autor y, sobre todo, con la esperanza de una sociedad más solidaria y racional.

En primer lugar, la historia responde a necesidades y anhelos presentes. Cumple una función útil y vital, pero no ornamental, en la medida en que ayuda a conocer mejor a los seres humanos actuales, a detectar y desenterrar los móviles conscientes o inconscientes de sus acciones y a prever el rumbo futuro de la sociedad. Esta tarea no la puede hacer cabalmente el que no escucha los ruidos de la calle ni siente responsabilidad hacia los demás. Volver la vista al pasado para recrearnos y entretenernos puede dar placer íntimo e individual pero no contesta las grandes interrogantes que nos llevan a buscar explicaciones de nuestra existencia social y nuestro destino común.

Por eso, cuando Salvador Brau escribió sobre las clases jornaleras del siglo XIX no buscaba el gozo estético sino cuajar un diagnóstico de

[12] Isaac Deutscher, *Trotsky, el profeta desarmado (1921-1929)*. Trad. de José Luis González, 4ta ed., Mexico, Ediciones Era, 1976.

[13] Arturo Morales Carrión, reseña de *Desafío y solidaridad. Breve historia del movimiento obrero puertorriqueño*, en *Hispanic American Historical Review*, vol. 63, núm. 3, agosto 1983, pp. 615-16.

los males de la economía y la sociedad de la época y sugerir unas soluciones de vigencia inmediata y de largo aliento. Igualmente, dedicó a sus nietos su libro sobre la colonización española en Puerto Rico con el deseo expreso de que "...sepan de dónde vienen y no lleguen desprevenidos a donde van". Para Brau la historia no era laca cultural para revestir mentes opacas sino conocimiento imprescindible para entender y sostener la lucha por la existencia.

La juventud a quien Brau destinó su libro debía comprender que recorría

> ...el camino que comenzaron obreros que ya no existen y que habrán de continuar otros que están por nacer, cumpliéndose en ello la ley de solidaridad social que encadena todo el proceso civilizador. Será entonces, cuando las soñadoras vehemencias juveniles se transformen en descarnada realidad, que la imaginación, retrocediendo hacia el pasado, buscará en los cimientos de la obra colectiva la clave del obstáculo que contuvo o redujo la faena ulterior.[14]

A partir de inquietudes presentes —en una sociedad agobiada por el desempleo, los propietarios absentistas y la inferioridad política— Brau apeló al pasado para conjurar la visión perturbada del futuro incierto.

En conclusión, deseo recordar tres puntos mencionados antes.

1. La historia debe ser objetiva pero no imparcial. El historiador tiene que tomar partido, preferiblemente con los que sufren la injusticia y la desigualdad, en actitud crítica, sin truncar ni acomodar la evidencia a sus móviles personales. El deseo de hacer de Pedro Albizu Campos un socialista, intentado hace varios años, mediante la poda de fuentes primarias, es ajeno al oficio del historiador; tan lamentable como el empeño de transformar a Juan Ponce de León en víctima de los indios en vez de victimario.

2. La ubicación de los partidos políticos en la compleja estructura de clases es muy útil para: a) precisar las correlaciones entre las ideologías y la vida social, económica y cultural, y b) medir el alcance y la dirección de las clases en pugna. Si alguien se persigna y les advierte que eso suena a marxismo, contéstenle que Marx "...es demasiado importante para dejárselo a los marxistas".[15]

[14] Salvador Brau, *La colonización de Puerto Rico*. 4ta edición, anotada por Isabel Gutiérrez del Arroyo, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1969, p. 13.

[15] SS. Prawer, *Karl Marx and World Literature*, citado por Melvin Rader, *Marx's Interpretation of History*. New York, Oxford University Press, 1979, p. VI.

3. La tarea de la historia política es mostrar que "...en las luchas históricas hay que distinguir... entre las frases y las figuraciones de los partidos y su organismo efectivo y sus intereses efectivos, entre lo que se imaginan ser y lo que en realidad son".[16] En fin, el estudio de nuestros partidos políticos no debe fachearlos sino explicarlos, mostrar la realidad detrás de los símbolos y las metáforas que a veces adquieren vida propia y nos llevan equivocadamente al análisis de la política por lo político y no a través de un contexto complejo, más rico y provechoso.

[16] Carlos Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*. Moscú, Editorial Progreso, s.f., p. 35.

APENDICES

APENDICE I

LA GUARDIA CIVIL Y LA POLITICA REPRESIVA DEL ESTADO COLONIAL: 1870-1887

Propuesta de tesis de Maestría presentada al
Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras

María Margarita Flores Collazo

abril 1988

I. Título provisional: La Guardia Civil y la política represiva del Estado colonial 1870-1887*

II. Tema

Durante la segunda mitad del siglo XIX, los liberales españoles idearon un proyecto nacional, cuyo objetivo era la construcción de una administración civil, montada sobre un esquema centralista. Un obstáculo al proyecto era el conflicto entre el poder civil y el poder militar, que caracterizó el período de transición del absolutismo al liberalismo en España.

González Bravo, quien (según apunta Diego López Garrido) condujo el tránsito del absolutismo al liberalismo, concibió la idea de crear una "fuerza especial" civil al servicio de la administración del Estado liberal, que pudiera entrar en competencia con el Ejército. Durante el gobierno de aquél se aprobó, el 28 de marzo de 1844, el decreto fundacional de la Guardia Civil, constituida como un cuerpo armado para la defensa del orden público, deslindado del Ejército.

En los últimos días del Gobierno de González Bravo, el proceso fundacional de la Guardia Civil ya había comenzado a tomar un nuevo giro. El 3 de marzo de 1844 el General Ramón Narváez inició su mandato como presidente del Consejo de Ministros. El día 12 de abril este Consejo expidió una resolución por la cual se ordenaba la instauración de aquel cuerpo por conducto del Ministerio de la Guerra, centralizando su reclutamiento en Madrid. El 15 del mismo mes se confió al duque de Ahumada la organización del sistema de funcionamiento de la Guardia Civil, con la ayuda de los directores e inspectores de Armas y los capitanes generales. Aunque aquélla continuaba como un ente distinto al del Ejército (hasta el 1878, año en que pasó a formar parte de éste), se configuró como un cuerpo militarizado; lo que, de acuerdo con López Garrido, patentizaba el conflicto entre el poder civil y el poder militar inserto en la maquinaria del Estado liberal español.

En el proceso de expansión de la administración civil, la Benemérita española jugó un papel trascendental. En la medida en que se convirtió en la protagonista del afán centralista del aparato estatal, sirvió como

* Esta propuesta fue sometida en mayo de 1988 al Programa Graduado del Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras. Se publica con la autorización de la autora.

garante de primera línea de la seguridad pública. Esto produjo la desaparición de otros cuerpos de seguridad regionales; lo que muestra la capacidad expansiva que el Estado le confirió a la Guardia Civil.

La creación de esta institución en Puerto Rico fue un importante objetivo en el proyecto de centralización político-administrativa del régimen colonial décimonónico. Siendo la isla una colonia militar, la organización de dicho cuerpo quedó en manos de la Capitanía General. Esta autoridad impartió las órdenes para crear un instrumento a su servicio, que llegara a todos los rincones del país en aras de la hegemonía político-ideológica y la defensa de la integridad nacional.

En 1857, el capitán general de la isla Fernando Cotoner y Chacón propuso al Ministerio de Ultramar la creación de un tercio de la Guardia Civil para perseguir el "vicio y la vagancia". El Ministerio desestimó la propuesta, aduciendo que el presupuesto de Puerto Rico no soportaría los gastos que conllevaría la creación de tal institución.

En el transcurso de los primeros años de la década de 1860, prosiguieron las gestiones relativas al proyecto de organización del "benemérito instituto". Para ese entonces, las oficinas de Hacienda y del Consejo de Administración de la isla manifestaron su oposición al establecimiento de la institución de la Guardia Civil, por entender que el "carácter bueno y dócil de los habitantes" de Puerto Rico no justificaba la creación de aquel cuerpo armado. Por otra parte, añadían que las condiciones del Tesoro público del país no permitían sufragar los costos que ocasionaría la instalación de la Guardia Civil. En opinión de estos organismos, las instituciones de policía con las que contaba la isla, los medios preventivos que las municipalidades podían emplear para "moralizar" a los habitantes y la vigilancia ejercida por los comisarios de barrio eran garantías suficientes para desarraigar la vagancia.

En notable contraste con esta posición, se encontraba la del Gobernador Superior de Puerto Rico para el 1864, Félix María de Messina. Aducía éste, que la Guardia Civil aventajaría el servicio brindado por los cuerpos de guardias municipales, tanto urbanos como rurales. Además, argüía que su establecimiento no representaría un cargo oneroso para el Estado, porque al eliminarse los servicios prestados por aquellos guardias la partida de seguridad pública de los presupuestos municipales se engrosaría, lo que beneficiaría el sostenimiento de la Guardia Civil. Según sus cálculos, las administraciones locales tendrían mayor responsabilidad económica que la administración central, a la hora de costear la instauración de aquel cuerpo armado.

Sin embargo, la opinión prevaleciente en los centros administrativos

de la Península, la Sección de Ultramar y la oficina de Hacienda de la isla era que la fundación de la Guardia Civil era innecesaria en Puerto Rico y que su pobre riqueza pública no lo soportaría. Pero, a raíz de los sucesos de Lares y del estado de insurrección en que se encontraba Cuba, la Capitanía General de Puerto Rico puso a todo vapor los trabajos preparatorios para la organización de un tercio de Guardia Civil. Al tratarse de la conservación de la integridad nacional no hubo consideraciones económicas ni objeciones administrativas atendibles. A tal efecto, el gobernador de la isla José Laureano Sanz instaló, en 1869, el tercio de Guardia Civil con carácter provisional. Los primeros gastos de organización fueron cubiertos con donativos que los "pueblos y propietarios rurales" ofrecieron.

De acuerdo con el Ministerio de Ultramar la constitución orgánica estable y definitiva de la institución militar debía ocurrir una vez se diera nuevo ordenamiento a la administración provincial y municipal de Puerto Rico. A partir de esto, podía fijarse la extensión territorial del cuerpo, a fin de que cumpliera con sus "deberes de seguridad del Estado y garantía de las propiedades".

Con la Ley Municipal de 1873 y las Leyes Provincial y Municipal de 1878 el Estado colonial configuró un sistema político tendente a la centralización. Dentro del contexto centralizador de la colonia, la Guardia Civil constituyó un objetivo político primordial. El proyecto de una administración centralista debía tener como resorte un sistema de seguridad coactivo capaz de ocupar un espacio significativo en el interior del Estado, que garantizara el fortalecimiento de su poder político.

La defensa del orden público y de la propiedad eran los principios rectores del instituto de la Guardia Civil. Estos fueron utilizados por el aparato estatal para imprimir carácter de legalidad a la política represiva que desató contra el autonomismo. Por otra parte, aquellos principios se ajustaban a los intereses político-sociales de las élites locales; lo que me permite afirmar que la creación de la Guardia Civil afianzó la convergencia de intereses entre los que ostentaban el poder en las administraciones municipales y la burocracia central.

El esquema centralista del gobierno español ofreció un espacio al Cuerpo de Voluntarios, organizado por José Laureano Sanz. Aun cuando la Guardia Civil se constituyó en el eje del sistema de orden público, los Voluntarios jugaron un importante papel en el afianzamiento del poder estatal, en la medida en que fungieron como un organismo coactivo al servicio del gobierno español.

En este trabajo pretendo puntualizar los sucesos del año terrible del

87 con el fin de demostrar el poder del Estado para articular un sistema de contención política, capaz de contrarrestar las ideas que consideraba amenazantes para su estabilidad en la colonia. El propósito fundamental de mi investigación es el estudio de las estructuras paramilitares y político-administrativas que operaron en ese momento al servicio de los intereses del Estado y de los que sustentaban su ideología.

III. Objetivos específicos

Este proyecto se orienta hacia la consecución de los siguientes objetivos.

1. Estudiar la expansión del centralismo político del régimen colonial español, durante los años de 1870 a 1887.
2. Analizar el papel que jugó la Guardia Civil en el proceso de solidificación del poder civil y militar del Estado colonial.
3. Explicar la política represiva que el gobierno español diseñó para aniquilar la ideología autonomista.
4. Exponer la acción coactiva de la Guardia Civil en operación conjunta con el Cuerpo de Voluntarios, durante el terrible año de 1887.
5. Investigar la composición social del Instituto de la Guardia Civil y su relación con el Cuerpo de Voluntarios.

IV. Bosquejo preliminar

I. Organización de la Guardia Civil en el contexto centralizador del régimen colonial español.

A. Propuesta de creación de un tercio de Guardia Civil en el 1857, por el capitán general Fernando Cotoner y Chacón
   1. Razones que arguyen dicho capitán general y sus sucesores a favor de la creación del cuerpo.
   2. Objeciones que presentan el Ministerio de Ultramar y la oficina de Hacienda de la isla.

B. Instalación provisional del Instituto por el capitán general José Laureano Sanz
   1. Sucesos de Lares y estado insurreccional de Cuba sirven de justificación.
   2. Establecimiento del cuerpo con carácter de interinidad.
   3. Patrocinio de los propietarios rurales.

C. Identidad de la Guardia Civil
   1. Reglamento
      a) Modelo español y referencias al caso de Cuba y las Filipinas.
      b) Naturaleza cívico-militar.
      c) Principios rectores.

D. Proyecto presupuestario para la organización del tercio
   1. Peso económico de la administración central y de los municipios para su sostenimiento.

E. Expansión territorial de la Guardia Civil
   1. Estructura orgánica
      a) Relación con el ordenamiento provincial y municipal de la isla durante los años de 1870 a 1887.

II. Alcance político de la Guardia Civil

A. Composición social del cuerpo
   1. Orígenes sociales.
   2. Intereses económicos.
   3. Relación con las élites que ostentaban el poder político y económico en los municipios.

B. Movilización de la Benemérita y la legitimación de la política represiva del Estado
   1. Año de 1887. La Guardia Civil como cuerpo de seguridad coactivo capaz de garantizar la estabilidad política e ideológica del aparato estatal.
      a) Ideología autonomista es considerada una amenaza para la ideología conservadora del gobierno colonial.
      b) Justificación de la violencia estatal.
         1) Estado vincula al autonomismo con sociedades secretas y conspiraciones separatistas.
         2) Apoyo de los conservadores.
      c) Características de la represión.
      d) Puntos geográficos de mayor acción represiva.

e) Grupos sociales más afectados por el componte.

III. Colaboración del Cuerpo de Voluntarios y la Guardia Civil

A. Papel que juega el Cuerpo de Voluntarios dentro del esquema centralista

1. Organización del cuerpo.
2. Distribución territorial del Cuerpo en comparación con el de la Guardia Civil.
3. Composición social.
   a) Intereses económicos.
   b) Relación con las élites locales.

VI. Bibliografía

A. Fuentes primarias

1. Manuscritas

Archivo General de Puerto Rico

a) Fondo Diputación Provincial. Series: Administración Municipal y Presupuestos Generales.

b) Fondo Gobernadores Españoles. Serie: Guardia Civil. 1870-1897.

c) Fondo Judicial. Serie: Criminal.

Archivo Histórico Nacional (Madrid)

"Expediente General de la Guardia Civil" (Micropelículas depositadas en el Centro de Investigaciones Históricas, procedentes del Archivo Histórico Nacional.)

Consejo de Estado (Madrid)

Documentos relativos a la organización de la Guardia Civil en Cuba, Filipinas y Puerto Rico (Fotocopias archivadas en el C.I.H., procedentes de los archivos del Consejo de Estado, Servicio Histórico Militar y Ministerio de Asuntos Exteriores de Madrid.)

2. Impresas

Colección Legislativa de España. Madrid, Imprenta del Ministerio de Gracia y Justicia, 1877.

Guía General de la isla de Puerto Rico con el almanaque correspondiente al año de 1879. Puerto Rico, Establecimiento tipográfico del Boletín, 1879.

Rodríguez Fleites, José, *Manual de procedimiento en materia criminal para los funcionarios y agentes de policía, guardia civil, jueces, fiscales municipales y juzgados de instrucción con apéndices de distintas leyes y disposiciones vigentes.* San Juan, Imprenta del Boletín Mercantil, 1896.

Rodríguez San Pedro, Joaquín, *Legislación ultramarina.* Madrid, Imprenta Manuel Minuesa, 1868, 16 vols.

B. Fuentes secundarias

Barbosa de Rosario, Pilar, *De Baldorioty a Barbosa. Historia del autonomismo puertorriqueño.* 2da ed., San Juan, Imprenta Venezuela, 1974.

Barceló Miller, María de F., *Política ultramarina y gobierno municipal: Isabela 1873-1887.* Río Piedras, Ediciones Huracán, 1984.

Cruz Monclova, Lidio, *Historia de Puerto Rico (siglo XIX).* 6ta ed., Río Piedras, Editorial Universitaria, 1973, 3 tomos, 6 vols.

____________, *Historia del año de 1887.* Río Piedras, Editorial Universitaria, 1970.

Flory, Thomas, *El juez de paz y el jurado en el Brasil imperial.* México, Fondo de Cultura Económica, 1986.

Konetzke, Richard, *América Latina. La época colonial.* México, Historia Universal Siglo XXI, 1981.

López Garrido, Diego, *La Guardia Civil y los orígenes del Estado centralista.* Barcelona, Editorial Crítica, 1982.

Mejías, Félix, *De la crisis económica del 86 al año terrible del 87.* España, Ediciones Puerto, 1972.

Pedreira, Antonio S., *El año terrible del 87. Sus antecedentes y sus consecuencias.* 3ra ed. México, Biblioteca de Autores Puertorriqueños, 1948.

____________, *Un hombre del pueblo. José Celso Barbosa.* San Juan, Imprenta Venezuela, 1937.

Picó, Fernando, *Historia general de Puerto Rico.* 3ra ed., Río

Piedras, Ediciones Huracán, 1986.

___________, *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1981.

Peters, Edward, *La tortura*. Madrid, Alianza Editorial, 1987.

Quiñones, José Marcial, *Un poco de historia colonial (de 1850 a 1890)*. San Juan, Publicación de la Academia Puertorriqueña de la Historia con el coauspicio del Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1978.

"Reglamento del Cuerpo de Voluntarios", en Rosado y Brincau, Rafael D., *Bosquejo histórico de la Institución de Voluntarios de Puerto Rico*. Habana, Imprenta de la Capitanía General, 1891.

Stein, Stanley J. y Barbara H., *La herencia colonial de América Latina*. México, Siglo XXI, 1981.

Trías Monge, José, *Historia constitucional de Puerto Rico*. Río Piedras, Editorial Universitaria, 1980-1983, 4 vols.

C. Periódicos de Puerto Rico, Cuba y España

Revista de Puerto Rico
Boletín Mercantil

Clamor del País

El País (Cuba)

El Imparcial (España)

V. Justificación y significado del proyecto

En la historiografía puertorriqueña hacen falta más estudios que pongan en perspectiva la política de centralización del gobierno colonial español durante el siglo XIX. Hasta el presente, sólo tres libros analizan el ejercicio del poder centralista del Estado y su impacto sobre la sociedad decimonónica puertorriqueña. Me refiero a *Libertad y servidumbre en el Puerto Rico del siglo XIX* de Fernando Picó, *Política ultramarina y gobierno municipal: Isabela. 1873-1887* de María de F. Barceló Miller e *Historia constitucional de Puerto Rico* de José Trías Monge.

En el capítulo quinto de *Libertad y servidumbre...*, Fernando Picó demuestra la notable ingerencia que tuvo el estado colonial sobre la vida de los jornaleros utuadeños del siglo XIX. El autor logra desenmarañar los mecanismos de control que el gobierno español utilizaba

para regular la vida del campesino. Además, puntualiza la forma en que la política estatal daba libre paso a la élite del poder local, para manipular al jíbaro utuadeño. Por otra parte, Picó no pierde de vista la capacidad del Estado para afianzar entre las masas el sentimiento de lealtad a la corona española.

El libro de Barceló Miller constituye un estudio de la legislación municipal implantada en Puerto Rico, durante los años de 1870 a 1887, y el alcance que tuvo en el municipio liberal de Isabela. A través del análisis de dicha legislación, la autora pone de relieve el sistema de contención política forjado por la metrópoli española y sus efectos sobre la acción política de los liberales criollos en los municipios.

Para Trías Monge, el ordenamiento político-administrativo del Puerto Rico decimonónico estuvo orientado hacia la centralización más efectiva posible. En el primer volumen de su libro *Historia constitucional de Puerto Rico* destaca el sistema de pesos y contrapesos que ideó la política metropolitana para afianzar su dominio en la colonia. La fuerza creciente del poder real y la organización de autoridades centrales que respondieran a los intereses de ese poder constituían (según demuestra Trías Monge) la norma del gobierno de España.

Mi proyecto de investigación está dirigido a explicar el crecimiento del centralismo político del régimen español, para los años de 1870 a 1887, en relación con la organización de ciertas estructuras paramilitares. Con esto como norte, me interesa puntualizar la manera en que el Estado ejerció su poder centralista y represivo a través de la Guardia Civil y el Cuerpo de Voluntarios.

Otra dimensión de este trabajo es la que se refiere a los orígenes sociales de los organismos paramilitares objeto de estudio. Intereso ofrecer una perspectiva social al análisis de las fuerzas que sirvieron de entes de seguridad coactivos del aparato estatal.

VII. Plan de trabajo

A. Procedimiento

Para efectos de esta investigación partiré del análisis de la documentación relativa a la creación del cuerpo de la Guardia Civil en Puerto Rico. Dicha documentación comprende el reglamento de la institución, el plan financiero diseñado para su organización, y el cuadro descriptivo de la distribución territorial del cuerpo, entre otros.

Para analizar el ordenamiento provincial y municipal de Puerto Rico durante los años de 1870 a 1887, me remitiré a la Ley Municipal

de 1870 y a las Leyes Provincial y Municipal de 1878. Esto me permitirá obtener una idea concreta sobre los elementos constitutivos del esquema centralista del régimen colonial. De igual manera, del estudio de los presupuestos generales pretendo extraer datos materiales concretos sobre los que descansaba la política de centralización civil y militar. La reconstrucción de aquel esquema me servirá para enmarcar y explicar el alcance político de la Guardia Civil y su acción represiva en el año de 1887. Del análisis de varios periódicos de la época, tanto de Puerto Rico como de España y Cuba, espero desprender las opiniones que versaban respecto a la política de gobierno.

Esta investigación integra el estudio del Cuerpo de Voluntarios como fuerza coactiva que opera en conjunto con la Guardia Civil en el terrible año del 87. A la luz del Reglamento de Voluntarios expondré su estructura orgánica. La distribución territorial de este cuerpo será comparada con la de la Guardia Civil.

Finalmente, me interesa investigar la composición social de ambos cuerpos. El primer paso para la realización de este objetivo consiste en levantar una relación de los miembros que la documentación primaria señala. Luego a través del análisis de fuentes, tales como Protocolos Notariales, Censos de Riqueza, Registro de la Propiedad, entre otras, detectaré el origen social, los intereses económicos y políticos de sus integrantes.

B. Tiempo aproximado

1. Recopilación e interpretación de documentos: 6 meses
2. Redacción: 6 meses

VIII. Director de tesis

APENDICE II

CREDITO Y AZUCAR: LOS HACENDADOS DE HUMACAO ANTE LA CRISIS DEL DULCE, 1865-1900

Tesis

Sometida al Departamento de Historia
Facultad de Humanidades
Universidad de Puerto Rico
Recinto de Río Piedras
para optar al grado de Maestría en Artes
con especialidad en Historia

por

Cruz M. Ortiz Cuadra

1985

APENDICE III

Para reseñar un libro*

La lectura crítica es difícil. Conlleva algo más que pasar las páginas o recordar las palabras impresas, ingredientes de un proceso de consumo pasivo. Por el contrario, requiere comprender el material e interrogarlo, partes de un proceso de participación activa y creadora. Uno no absorbe simplemente la información sino que le da sentido.

La lectura crítica es difícil porque pensar es difícil. Pero no es un talento mágico... Se puede aprender a leer críticamente.

Peter T. Johnson

Muchos estudiantes sienten —con razón— que basta que el profesor asigne un libro para agriar y dificultar su lectura. De lo que se infiere que las lecturas espontáneas son más fáciles y placenteras. Es verdad que la elección libre siempre es más gustosa y que también algunos profesores asignan lecturas plúmbeas, indigeribles. Pero no es menos cierto que los sudores provocados por los libros asignados surgen también de la falta de criterios para entenderlos, aprovecharlos y disfrutarlos. No nos engañemos: leer exige más disciplina y esfuerzos que los gastados en informarnos a través de la televisión y el cine o en escuchar los libros clásicos en *cassettes* mientras guiamos hasta la universidad o hacia el crepúsculo.

Por desgracia, en nuestra sociedad, trabajo y placer no son sinónimos por lo que la tarea de leer está lastrada de antemano. Esta no es la ocasión para convencerlos de que ambos no se niegan necesariamente sino para sugerir pasos que faciliten la lectura crítica.

---

* Estas consideraciones descansan sobre los trabajos de Peter T. Johnson, "On Reading (and Thinking)" y de María de los Angeles Castro, "Guía para preparar reseñas", circulados sin fecha de impresión en hojas mimeografiadas en las universidades de Princeton y de Puerto Rico (Recinto de Río Piedras) respectivamente.

I. Aspectos mecánicos de la lectura

a. No tomes notas mientras lees.

Lee de corrido y marca al margen las oraciones y los párrafos más importantes (siempre que el libro no pertenezca a un amigo o a la biblioteca). Así no cortas el hilo de la lectura. Luego, al volver sobre lo señalado, reevalúas con ayuda de la perspectiva que da la lectura del libro entero y decides si vale la pena fichar el pasaje señalado.

b. Anota en fichas y no en libretas o páginas sueltas.

Hazle una ficha a cada tema con el fin de organizar los planteamientos del autor. Por pura conveniencia práctica, a la hora de redactar es más fácil ordenar fichas que libretas u hojas donde coexisten informaciones heterogéneas. Además se facilita la discusión y la reorganización de las ideas en un orden que no es el del índice del libro. De lo contrario, es grande la tentación de describir capítulos en ristra.

c. Bosqueja tus ideas antes de redactarlas.

Algunos novelistas dicen que una vez comienzan a redactar no saben siempre cómo terminará la novela porque los personajes se les van de las manos y se independizan. Aún así preparan y siguen bosquejos pensados que como todas las guías de creación se modifican sobre la marcha. Nunca escriben a lo que salga, ni están orientados únicamente por el olfato de la intuición y la imaginación puras. El bosquejo es una estructura útil para organizar las ideas coherente y lógicamente.

II. Las claves

Para descifrar las claves del texto no es necesario ser testigo secreto de su alumbramiento ni escuchar los murmullos interiores del autor o las sonoras celebraciones o maldiciones cuando comprueba sus intuiciones o cae en callejones sin salida. La mayor parte de las veces el libro publicado desvela los aspectos importantes de la intimidad vedada que permiten darle sentido a sus partes.

Con ayuda de los antecedentes del historiador (formación intelectual, naturaleza de sus obras anteriores, protagonismo social, político, cultural y religioso) y de la coyuntura histórica en que surge el libro, podemos dar con su propósito. A veces el autor lo declara abiertamente (lo que no nos exime de ir más allá de sus palabras) pero otros no lo revelan como demuestra Arcadio Díaz Quiñones en el caso de Tomás Blanco en *El prejuicio racial en Puerto Rico*. Lo importante es

establecer las intenciones del escrito, tales como enderezar visiones descentradas, justificar crítica o incondicionalmente un sistema social o político, ensalzar o cuestionar una figura, recordar con nostalgia un estilo de vida superado, renovar el pasado para aspirar a un futuro más prometedor, etc. Es decir, no hay hisoriadores inocentes sino historiadores intencionados, con razón o sin ella.

III. El balance crítico

Hay libros que son simplemente malos y merecen ser reseñados en una oración: "El papel está caro, ¿por qué desperdiciarlo?" Mas puede darse el caso de un libro penosamente pobre y pernicioso (por la confusión que siembra) que es indispensable aplicarle una operación profiláctica. Otros libros hacen aportaciones que ameritan destacarse y discutirse aunque no compartamos sus planteamientos. El reseñista elogia las contribuciones frescas y critica las limitaciones o las distorsiones sin caer en la mezquindad de echar en cara una cifra o una fecha inexactas, o peor aún de exigirle al autor que lo diga todo y agote el tema planteado. Esto hay que tomarlo en cuenta particularmente cuando se trata de textos polémicos porque en ellos suele predominar el interés de refutar las ideas del adversario a expensas de una presentación integral y balanceada de la realidad. Por ello, como advierte Georg Fromm, hay textos polémicos en los que "los temas y los problemas que no se abordan explícitamente no constituyen necesariamente indicios fidedignos de verdaderas lagunas o limitaciones de la concepción del autor; pueden responder muy bien a que dichas cuestiones no son estrictamente pertinentes para los efectos de la particular disputa".*

Un libro puede ser original en su idea central y pálido en sus partes secundarias o desenfocado en su estructura pero sugerente en la información exhumada. Hay libros que maduran en otros libros porque tienen la virtud de plantar ideas que otros aprovecharán y llevarán hasta sus últimas consecuencias. El lector detecta las ideas toscas pero precursoras y a la vez que critica propone nuevas contestaciones y evidencias o sugiere posibles rutas de búsquedas futuras.

* Esta reseña fue publicada en *Caribe*, año IV-V, núms. 5-6, 1983-1984, pp. 227-230.

IV. Guía para preparar reseñas

A. Propósito del autor

1. Destaca la idea central y por lo menos dos planteamientos secundarios pero importantes.
2. Precisa si sus consideraciones confirman las de otros autores o confligen y dan pie a una polémica.
3. Muestra el fundamento de sus argumentos y su fuerza de convicción.
4. ¿Corresponde el título al contenido?
5. Ubica el libro en la coyuntura histórica en que se publica.

B. Metodología

1. Señala el manejo de las fuentes.
   a. ¿Son las más apropiadas para investigar el tema central; son las más cercanas al acontecimiento?
   b. ¿Prefiere el autor las fuentes secundarias o se reclina de un puñado de ellas sin explorar un conjunto documental variado y heterogéneo?
2. Analiza la manera de estructurar el material y su coherencia.
3. Establece los instrumentos analíticos utilizados por el autor:

   e.g. la cuantificación con ayuda de computadoras, estadísticas y gráficas; el desglose de periódicos; la lectura de discursos y documentos oficiales, etc.

4. Calibra la integración de los elementos narrativos (descriptivos) y explicativos.

C. Juicio crítico del libro

1. Coloca en la balanza las aportaciones factuales y las metodológicas.
2. ¿De qué pierna cojea el autor: cuál es su visión de mundo y a qué corriente historiográfica pertenece?
3. Muestra el por qué de los énfasis (*e.g.* por qué se privilegian los factores religiosos en desmedro de los económicos y los políticos).
4. Enjuicia el uso del lenguaje, la claridad de la exposición y el manejo de los conceptos (*e.g.* clase, nación, ideología, etc.).
5. Especifica las nuevas investigaciones que sugiere y qué falta por hacer.

V. Ejemplo de reseña

La siguiente reseña ilustra una de las muchas maneras de comentar un libro.

Scarano, Francisco A., *Sugar and Slavery in Puerto Rico: the Plantation Economy of Ponce, 1800-1850.* Madison WI and London, The University of Wisconsin Press, 1984.*

Es difícil imaginar que un país que a mediados del siglo XIX era el segundo exportador de azúcar del Caribe y el segundo proveedor de azúcar al mercado norteamericano no figurara prominentemente en la geografía del azúcar antillana. Pero así le ocurrió a Puerto Rico. En la mayor parte de las historias, Cuba, Jamaica y el resto de las "Indias Occidentales" británicas acapararon el espacio y la atención y Puerto Rico sólo provocó menciones obligadas pero breves. Sin embargo, a partir de los trabajos innovadores de Andrés A. Ramos Mattei, principalmente de *La hacienda azucarera* (1981), Puerto Rico ocupó un lugar propio e importante.

En un plano inferior permaneció también la esclavitud puertorriqueña aunque, por lo menos, suscitó la obra abarcadora de Luis M. Díaz Soler (1953) y *El proceso abolicionista* (1974), una rica colección de documentos que muestra su largo y complejo alcance. Mas, por lo general, se habló de la esclavitud como un aspecto significativo pero secundario de la historia de Puerto Rico, de menor peso del que tuvo en otras sociedades caribeñas. Esa y otras hipótesis porosas son superadas por el admirable trabajo de Francisco A. Scarano que muestra el desarrollo azucarero y esclavista de una pequeña región anillada por el colonialismo español, los tenaces intereses del mercado internacional y las tecnologías cambiantes.

Ahora bien, el libro de Scarano no es un estudio más de átomos o partículas azucaradas o esclavizadas. Es, en verdad, el análisis de un caso particular visto a través del contexto antillano y enriquecido por las grandes preguntas de las investigaciones más fértiles. Es un libro que a la vez que se nutre de las visiones de Manuel Moreno Fraginals, Herbert S. Klein y otros prominentes historiadores, las trasciende al descubrir y redefinir una realidad insospechada y original.

A diferencia de otros investigadores de la esclavitud, Scarano no pudo consultar libros de contabilidad ni la correspondencia personal de los propietarios más prominentes porque estos documentos no existen en los archivos públicos puertorriqueños. En vista de que algunos de sus estimados descansan sobre listas del subsidio, libros notariales, censos poblacionales, etc., tal vez varios de sus juicios podrían afinarse si se consultaran otras fuentes más cercanas a los acontecimientos. Por ejemplo, el estudio de los *slave trade reports* sometidos al gobierno de Inglaterra durante el siglo XIX seguramente añadirán nuevos matices a sus conclusiones sobre la esclavitud en el Caribe. Sin embargo, estoy seguro de que no invalidarán sus nociones fundamentales.

* Esta reseña fue publicada en *Caribe*, año IV-V, núms. 5-6, 1983-1984, pp. 227-230.

Entre las aportaciones de Scarano destacan en primer lugar sus conclusiones de que los esclavos de Puerto Rico fueron:

1. el sostén de la industria azucarera (el sector más dinámico de la agricultura durante la primera mitad del siglo XIX);
2. el grupo que creció más rápidamente que el resto de la población del país y cuya tasa de fertilidad superó la de Jamaica y tal vez las de otras regiones esclavistas por excelencia, a pesar de no tener las condiciones más propicias de estas últimas;
3. un contingente de mano de obra formado principalmente por africanos (53.4%), superiores en número a los esclavos criollos y a grupos similares en otras colonias del Caribe.

Por vía del contraste, Scarano muestra también varias peculiaridades de la historia de Puerto Rico y Cuba que ayudan a ver las disparidades detrás de una fachada común. En particular, sugiere varias pistas para comenzar a explicar el temprano desarrollo de la economía cubana y de su vigorosa clase dirigente a diferencia de la evolución tardía de la agricultura puertorriqueña y de su débil élite antes del 1800. Según Scarano, la superioridad cubana obedeció a "...la tasa de acumulación previa de capital y a la existencia (o la ausencia) de una reserva de capital para invertir en el azúcar al surgir la demanda". Esta acumulación de capital fue lograda gracias a la participación destacada de los propietarios criollos cubanos en el comercio y la agricultura —lo que evitó la fuga al exterior de parte de las riquezas—, la actividad económica generada por las flotas que recalaban en La Habana antes de regresar a la metrópoli y el incremento del cultivo del tabaco. Así, se desvanece la corazonada de que quizás la rapidez del desarrollo cubano se debió a su superioridad tecnológica. Al respecto, Scarano señala que tanto en Cuba como en Puerto Rico los préstamos tecnológicos no fueron decisivos durante la primera mitad del siglo XIX y que la transferencia de innovaciones agrícolas de los países de clima templado fue insignificante, como ocurrió en el resto del mundo subdesarrollado. Aun así, Scarano concluye que la productividad de los esclavos y de la tierra ponceña superó las de Cuba, lo que ayuda a comprender mejor su capacidad para sobrevivir las crisis más severas.

Por otra parte, al demostrar que los inmigrantes ocuparon los altos rangos del comercio y la agricultura de Ponce —la más importante zona azucarera del país—, Scarano ayuda a reorientar la discusión sobre los orígenes de la conciencia nacional puertorriqueña en el siglo XIX. Sugiere, sobre todo, la necesidad de re-examinar la tesis que insiste en que los hacendados criollos eran la clase dominante en vísperas del siglo XX pero que no explica cómo y en qué momento llegaron a desplazar la élite de origen foráneo. Aun cuando la investigación de Scarano se detiene en 1850, otros trabajos indican que los extranjeros y sus descendientes inmediatos perpetuaron su dominio del comercio y la agricultura hasta la invasión norteamericana de 1898. De todos modos, los hallazgos de Scarano son el primer paso para explicar el trabajoso y cauteloso desarrollo de la conciencia nacional puertorriqueña decimonónica.

En conclusión, *Sugar and Slavery in Puerto Rico*, no es un título más de la extensa bibliografía del azúcar y la esclavitud en las Antillas sino un modelo

excepcional de historia económica ágil que no nos enreda en la terminología hermética y las fórmulas oscuras de la econometría, y sienta las bases para una historia social y política de Puerto Rico más sólida y estimulante.

Referencias

Luis M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*. Madrid, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico y Revista de Occidente, 1953.

El proceso abolicionista en Puerto Rico. Documentos para su estudio. San Juan de Puerto Rico, Centro de Investigaciones Históricas de la Universidad de Puerto Rico e Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1974 y 1978, 2 vols.

Andrés A. Ramos Mattei, *La hacienda azucarera. Su crecimiento y crisis en Puerto Rico (Siglo XIX)*. San Juan de Puerto Rico, CEREP, 1981.

La composición tipográfica
de este volumen se realizó en
Ediciones Huracán, Inc.
Ave. González 1002
Río Piedras, Puerto Rico.
Se terminó de imprimir
en junio de 1989 en
George Banta Co.
Virginia, U.S.A.

La edición consta de
3.000 ejemplares.

Admitámoslo: "este gran país de los viceversas y las contradicciones monstruosas", como lo pintó un testigo del siglo XIX, no es fácil de descifrar. Tal vez porque ignoramos u olvidamos las raíces lejanas de los problemas actuales. Para llegar a ellas Gervasio García insiste, con ironía y humor, en que es necesario quitarle la autonomía a nuestra realidad inmediata y verla como la imagen incompleta de un proceso con ayer y mañana. Orientado y apremiado por esa meta, este manual de tesis (y otras cosas más) sugiere un punto de partida para recobrar la memoria histórica y una estructura para armar las partes oscuras y fragmentadas del pasado vivo.

$11.95

